



DESDE MI PIEL

MARÍA MORENO

Desde mi piel Desde mi piel

MARÍA MORENO

Desde mi piel
de María Moreno
1ª Edición – Febrero 2016 © María Moreno Villén
Dibujo cubierta: Luis J. Tejada
Diseño cubierta y maquetación: Miguel Ant. Carmona Rogel Todos los derechos reservados. All rights reserved.

A todas las rehenes de su propio miedo, soledad y vergüenza, que han abandonado sus cuerpos, cual marionetas, a la voluntad de su verdugo.

Cuando me desperté me dolía terriblemente la cabeza y quise llevarme las manos a las sienas. Entonces me di cuenta de que estaba atada a la cama. Abrí los ojos y miré a mi alrededor prestando toda la atención que era capaz de prestar. Estaba aturdida y no veía con claridad, mi alrededor se presentaba borroso ante mí. Todo parecía muy blanco, muy limpio, y percibí el olor aséptico de los hospitales. No sabía qué había pasado o qué estaba haciendo en este lugar. Entre imágenes que mi memoria se empeñaba en traer a mi mente, olores que no podía identificar y un miedo atroz que no sabía de dónde procedía, mi nombre apareció de repente: “Miriam. Soy Miriam”, me repetí mentalmente como si el mero hecho de recordar cómo me llamo fuera un triunfo

Me llamo Miriam Santa Cruz y hoy he recibido un regalo que he estado pidiendo desde el mismo día en que abrí los ojos en este lugar: un cuaderno y un bolígrafo. Parece ser que la doctora C ya no considera un peligro un simple bolígrafo. En realidad nunca lo ha sido. Lo único que quería era ordenar todo lo que va apareciendo en mi mente. Al principio eran imágenes sueltas que no significaban nada para mí, pero ahora son piezas del puzle que es mi vida que me quieren contar la historia de cómo he llegado hasta aquí.

Cuando abrí los ojos en un entorno tan blanco y tan limpio sentí el inmenso alivio de haber conseguido lo que quería: por fin había muerto. Eso era lo que pretendía aquella tarde en que me corté las venas y me metí en la bañera para entregarme lentamente a mi destino. Y fue tan dulce el vaivén del agua carmesí contra mi frágil cuerpo, proporcionándome la paz que tanto había ansiado, que este lugar immaculado no podía ser otra cosa sino el final del camino. Por unos instantes pensé que mis hijos aparecerían en algún rincón y los busqué...los busqué con los ojos y con el corazón, pero no estaban. Y me invadió una tristeza de otro mundo al recordar que ya había despertado en lugares similares en otras muchas ocasiones, entumecida, dolorida, sedienta, con los ojos cerrados por la hinchazón de tal forma que no podía ver con claridad dónde estaba y presa de un dolor físico que se me antoja ahora más leve que este sentimiento tan profundo que se ha adueñado de mí. El dolor físico puede paliarse. El dolor del alma no.

Me volví a dormir sin querer. No podía mantenerme despierta, casi no podía ni fijar la vista. Además, durmiendo recuperaba la fantasía de que estaba muerta porque era un sueño sin sueños, un sueño en paz provocado por la medicación, la misma medicación que callaba las voces de mi cabeza que me decían

que mis hijos me esperaban en algún lugar.

La siguiente vez que recuerdo haber despertado vi a una mujer vestida con una bata blanca que me miraba. No la distinguía muy bien porque no podía enfocarla, pero recuerdo que me dijo:

-No te preocupes. La visión borrosa y la somnolencia son efectos secundarios de la medicación que irán desapareciendo poco a poco.

Su voz también desapareció lentamente en mis oídos, como en tantas ocasiones en que no pude despertar del todo. Hasta que un día o una noche, por fin logré mantenerme despierta. Recuerdo que entró una mujer con una bata blanca que no reconocí como la que había hablado conmigo en otras ocasiones hasta que oí su voz al preguntarme:

-¿Cómo te encuentras?

Entonces me di cuenta de que jamás olvidaría esa voz porque me recordaba a la de mi madre. Hay voces que son eternas, que sobreviven más allá del tiempo y la muerte y en aquel momento llegué a pensar que era a mi madre a la que estaba escuchando. La miré fijamente unos instantes. Era alta, de complexión media y con el pelo rizado por encima del hombro. Debía tener unos cincuenta. Esta vez se acercó a mí y me tocó suavemente el brazo donde tenía las vías para el suero y la medicación, en un intento de transmitirme su apoyo. Por fin me volvió a hablar y yo pude comprobar que esta voz que me era tan familiar iba acompañada de un rostro que no recordaba haber visto en mi vida.

-¿Cómo te encuentras? ¿Puedes verme bien? ¿Sabes dónde estás?

Y juro por lo más sagrado que quería hablar aunque sólo fuera para decirle que la razón por la que estoy aquí es porque fui lo bastante idiota como para no cerrar con pestillo la puerta del cuarto de baño cuando decidí que no podía aguantar tanto dolor. Sin embargo, las palabras se perdían en el camino a mis labios, agolpándose en mi garganta luchando por salir. Aquella vez no lo consiguieron. Lo que sí salió fueron mis lágrimas a borbotones, que quemaban al recorrer mi rostro. Me dolían los ojos y cuando el líquido salado alcanzó mis labios, me escocieron terriblemente.

Pasado un tiempo descubrí que llevaba sedada dos semanas seguidas desde el día en que, antes de que me ataran a la cama, intenté saltar por la ventana una vez y acabar con mi vida a golpes contra la pared en otra ocasión, llegando incluso a mancharla de sangre.

No fue mi único intento de acabar lo que había empezado aquella tarde en mi bañera, al parecer tenía una gran habilidad para darme cabezazos con las paredes o usar cualquier instrumento que las enfermeras trajeran a mi habitación para autolesionarme, nunca a los demás, sólo a mí. Yo sólo quería morir... y no me dejaban.

Y por eso seguía atada. La doctora C creía que había que esperar a que dejara de autolesionarme antes de pensar en soltarme las manos. También los pies los tenía atados por seguridad.

Una enfermera salió al pasillo a avisar al médico mientras yo descubría que en esta habitación no había ventanas. Por eso había perdido por completo la noción del tiempo. Por eso este cuarto era tan horriblemente blanco y brillante de día y tan descorazonadoramente negro por la noche. Por eso y por los sedantes, supongo. Por desgracia, a partir de aquel momento empecé a pasar más tiempo despierta que dormida. No me gustaba la habitación. Me recordaba a una despensa o al temido cuarto de las ratas donde las monjas del colegio amenazaban con encerrarnos si nos portábamos mal. A lo mejor era el infierno... o el purgatorio. Miré a mi alrededor. Nada. Ni cuadros, ni sillas. Nada. Sólo la cama en que permanecía postrada y el suero que me mantenía con vida.

En algún momento, supongo que por la mañana o a medio día, apareció una enfermera en la habitación y me dijo que me iba a liberar de algunas cosas entre las que no se encontraban mis ataduras. Era una mujer ya mayor, muy delgada, pequeña y arrugada como una pasa. Recuerdo que tenía los ojos y los dientes pequeños. Nunca me gustaron las personas con ojos y dientes pequeños. De pequeña se me antojaban duendes malos y supongo que nunca lo superé. Me quitó la aguja que llevaba el suero a mis venas y luego la sonda. Casi me regañó cuando me dijo:

-Ya está bien, bella durmiente. Si quieres hacer pis tendrás que levantarte.

Tuve la impresión de que estaba enfadada conmigo, pero no se me ocurría por qué pues no recordaba ni haberla visto antes.

-Quiero que quede clara una cosa- me dijo mientras enredaba alrededor de la cama- Te vamos a dar manzanilla y yogur para ver cómo toleras las alimentación. ¿Puedes negarte? Puedes. Entonces volveré con una sonda naso-gástrica y a eso sí que no te podrás negar. ¿Está claro?

La presencia de esta mujer pequeña y chillona me intimidaba enormemente.

Salió de la habitación y unos minutos después apareció la doctora que me era familiar. Traía consigo una silla plegable que abrió y colocó junto a mi cama antes de sentarse.

-Hola – me dijo intentando aparentar indiferencia – Me alegra verte despierta. Quiero hablar contigo sobre algo muy importante. Quiero quitarte las ligaduras que te tienen sujeta a la cama, pero para eso necesito tu colaboración.

Mi mirada bajó instintivamente hasta las ligaduras de mis manos y subió para volver a encontrarse con los ojos de la doctora:

-Necesito saber que no te vas a intentar hacer daño. ¿Puedo confiar en ti?

Parpadeé. No sabía qué decir. No sabía que quería decir con aquello. Imaginé que debía haber hecho

algo terrible para que todos en este lugar estuvieran enfadados conmigo y no confiaran en mí, pero no lo recordaba.

-Fíjate en tus muñecas.

Bajé de nuevo los ojos hasta ellas.

-Después de tres semanas aún están vendadas. ¿Te digo por qué? Porque la primera vez que te liberé las manos, apenas salí por la puerta, te quitaste las vendas y te arrancaste los puntos a bocados.

Una vaga imagen de sangre corriendo por mis brazos parecía querer confirmar que lo que esta mujer estaba diciendo era cierto. No dije nada. Simplemente seguí mirándola a los ojos esperando más instrucciones, o algún otro comentario. La doctora se acercó a mí y empezó a desatarme la mano derecha, que era la que le quedaba más cerca. No parecía tener miedo de que la atacara, porque en lugar de rodear la cama para soltarme la otra mano, lo hizo desde donde estaba, colocando su cuerpo muy cerca del mío.

Se retiró un poco, pero no volvió a sentarse. Supongo que quería observar mi reacción. No hice nada extraordinario, con una mano me cogí una muñeca y luego repetí el mismo gesto con la otra. Hice el ademán de apartarme el pelo del hombro, por pura costumbre y descubrí que mi melena rojiza no caía sobre mis hombros. Mi mirada interrogante se clavó en los ojos de mi interlocutora:

-Lo siento. No nos quedó más remedio que cortarte el pelo. Has estado demasiado tiempo en la cama. Es una medida puramente higiénica.

Volví a mirarme las manos, esta vez los dedos y las uñas. Estaban inmaculadas, blancas y aterciopeladas. Mientras tanto, la doctora liberaba también mis pies.

-Ya está. Si todo sigue bien hoy tomarás algo suave y te sentarás un rato en la cama. No quiero que te marees cuando te levantes.

Yo seguía mirándome las manos. Tenía la extraña sensación de que eran de otra persona, como si no las recordara así.

-Miriam.

Mi estómago dio un vuelco y se me erizó todo el vello del cuerpo empezando por el de la nuca. Hasta ese momento sólo esa pequeña voz de mi cabeza sabía mi nombre, el miedo que tenía y la certeza de no merecer seguir respirando. Ahora ya no. Levanté la vista y salí de mi ensimismamiento para escuchar lo que la doctora tuviera que decirme.

-¿Tenemos un trato? ¿Puedo confiar en ti?

Supongo que mi mirada debió transmitirle la respuesta que necesitaba porque cogió su silla plegable, me dio la espalda y se marchó sin más. Cuando llegó a la puerta se dio la vuelta y me dijo:

-Vendrá alguien a ayudarte a ducharte. Pórtate bien. No quiero dar ni un paso atrás.

En la puerta se cruzó con la enfermera duende que traía una pequeña bandeja con una taza y un yogur. La dejó en una mesita que desplegó de alguna parte y me ofreció la taza.

-Bebe unos sorbos. Despacio.

Ahora parecía menos enfadada. La obedecí porque no quería contrariarla.

-Muy bien. Me voy a quedar aquí hasta que te tomes la infusión y el yogur. Luego te dejaré descansar.

“Sí, por favor”, pensé. Estaba aturdida, tenía ganas de reclinar me en la almohada y dormir. No quería estar despierta, me pesaban tanto los párpados...

No me lo tomé todo, pero la enfermera duende sonrió satisfecha, así que había cubierto sus expectativas. Por fin me dejó dormir un rato. Antes de echarme hacia atrás en la cama volví a mirarme las manos. Eran mis manos. Debí quedarme dormida porque lo siguiente que recuerdo fue a otra mujer vestida de blanco que venía a incorporarme un rato y traía un sillón para que me sentara después.

Tuve la trágica sensación de que nada iba a cambiar, de que aquí es donde pertenezco y donde debo estar, sola, en silencio, a ser posible a oscuras. En el purgatorio. Nadie sabrá a estas alturas qué ha sido de mí, y tampoco creo que le importe a nadie. Está bien...está bien. Es lo que merezco, no morir, no descansar para pagar por lo que hice. Lo acepto. Purgaré mi pecado hasta mi último aliento.

La misma señora que había traído el sillón apareció en otro momento no sé si del día o de la noche, puede incluso que de otro día y me acompañó al baño para que me duchara. Tenía que quedarse conmigo, me dijo, para evitar que hiciera alguna tontería. Me dio un pequeño neceser con artículos de aseo y con el nombre de la clínica, “La Salud”. Me resultó irónico teniendo en cuenta el estado en que me encontraba. La mujer fue educada y tenía un aire distinto a las demás que había conocido hasta ahora. Al menos parecía no estar enfadada conmigo.

Cuando los primeros chorros de agua empaparon mi rostro me sentí...viva. Me sentí tan bien que me invadió una pena tremenda por ser capaz de disfrutar de este regalo cotidiano, sin importancia para aquellos que lo repiten monótonamente cada día, sin embargo, todo un redescubrimiento para mí. No sentí el impulso de otras veces, no me lancé contra nada, no me arranqué las vendas, no me mordí los puntos. Algo en mi interior estaba cambiando. Estaba aceptando. ¿Qué? No lo sé. ¿Hasta qué punto? Tampoco. Sólo puedo decir que me sentí limpia, me lavé los dientes, me perfumé con el pequeño spray de agua de colonia que venía en el neceser y me miré al espejo. Un espejo que no me devolvía una imagen nítida de mí misma, como esos espejos que vienen en los juguetes de las niñas, que son como de cartón. Imaginé que no habían querido poner a mi alcance nada que pudiera convertir en herramienta mortal. “Soy yo. Soy yo. Soy yo”, me repetía a mí misma mientras me pasaba los dedos por las enormes bolsas moradas debajo de mis ojos y me tocaba los labios. “Mi pelo”, pensé apenada echando de menos mis rizos cobrizos aunque satisfecha porque algunos amenazaban ya tímidamente con crecer. “Mi pelo”, volví a pensar. Tal vez si me preocupaba por cosas mundanas, la verdad no volvería a asaltarme.

La enfermera había permanecido en el cuarto de baño durante todo el proceso, aunque sólo me percaté cuando el espejo me devolvió su imagen. Llevaba algo en la mano que me ofreció. Era un pijama rosa claro y blanco, un pantalón de algodón y una camiseta a juego con escote en V. También me ofreció unas bragas y unas zapatillas de casa blancas. Me fui poniendo todo poco a poco según ella me lo iba dando, para finalmente salir del baño y volver a sentarme en el sillón completamente exhausta. La mujer desapareció no sé en qué momento y yo apagué la luz, pero la puerta no tardó en volver a abrirse y alguien volvió a encenderla. Era la mujer que yo siempre había identificado con mi doctora. Parecía algo menos enfadada aunque sería mucho decir que estaba contenta.

-Buenos días, Miriam. – oír mi nombre de sus labios volvió a provocarme una extraña sensación. No contesté. No creo que tuviera la capacidad de hablar. – Pareces otra persona. Una ducha hace milagros. Apuesto a que te sientes mejor.

Se trataba de eso, de que me sintiera mejor. Yo lo había intuido, pero su mirada triunfal de “ya lo sabía” no dejaba lugar a dudas. Se sentó frente a mí y sonrió tímidamente, casi dulcemente.

-Te vamos a cambiar de habitación. ¿Qué te parece?

La miré fijamente pero no contesté, ya había desistido de cualquier intento de hablar porque nunca me salían las palabras de la boca. La voz que vive dentro de mi cabeza sabe perfectamente lo que tiene que susurrarme pero mi garganta no puede decirlo en alto. Ella continuó:

-Por fin tendrás una ventana para que puedas ver la luz del día, podrás poner tus cosas y tendrás cajones para guardar lo que necesitas. Debió darse cuenta de que no tenía nada que guardar porque tosió falsamente aclarándose la garganta.

-Inma me ha dicho que has tolerado muy bien la alimentación.

Supongo que se refería a la “enfermera duende”. El nombre con el que yo la había bautizado le quedaba mucho mejor.

-Se acabó la oscuridad. Vamos, te acompañaré.

Me levanté del sillón casi por impulso, como todo lo que hago últimamente, igual que un perrito obediente que por nada del mundo quisiera contrariar a su amo. Después de todo soy dócil, siempre lo fui. Ese es uno de los motivos por los que he acabado en este lugar, mi docilidad. No sé qué me ha impulsado a hacer todas las cosas que dicen que he hecho. Seguí a la enfermera. Por primera vez

abandoné la habitación en la que había permanecido al menos desde que yo recuerdo. Es difícil saber cuánto tiempo ha transcurrido. Ni siquiera cuando recuperé la noción del tiempo y por fin empecé distinguir los días de las noches pude averiguar desde cuándo estaba en este lugar. Me coloqué a su altura y caminamos por lo que supuse que sería el pasillo de un hospital. No era muy distinto a otros hospitales, sólo estaba más vacío. La doctora, un enfermero de cuya presencia me percaté al entrar en el ascensor, y yo, bajamos a la planta número dos, según se leía en el indicador.

El pasillo estaba mucho más transitado: enfermeros, médicos, un mostrador a mi derecha donde una enfermera hablaba por teléfono con alguien, personas vestidas igual que yo que paseaban por el pasillo, algunos incluso sonriendo. El enfermero que nos acompañaba abrió la puerta de la habitación 212 y me animó a entrar. No parecía una habitación de hospital sino más bien la de algún tipo de residencia o de hotel de un nivel más que aceptable. Las paredes eran de color melocotón y los muebles eran de madera. Además de la cama, que no era pequeña y estaba cubierta con una colcha de estilo campestre, con florecitas diminutas en tonos marrón y naranja, había una mesilla con una lamparita y una cómoda con un espejo. La puerta de la derecha supuse que era la del baño, y acerté. También había un sillón donde la doctora me animó a sentarme, pero esta vez no le hice caso. La sospecha de una ventana detrás de la cortina me había hipnotizado. La sola posibilidad de volver a ver el sol, o la luna, me había casi cortado la respiración. Llegué a tener incluso miedo de que si descorría las cortinas, me diera de bruces contra otro trozo de pared. Me dirigí lentamente hacia ella, las abrí y allí estaba... la luz del día. El cristal estaba empapado por la lluvia, que caía con mucha fuerza, pero aun así puse las manos sobre él y creí escuchar la voz de mi madre diciendo que eso no se hace. Para eso sirven los consejos de las madres, para escucharlos cada vez que no los sigues, como si ella estuviera detrás de ti, reprimiéndote con la mirada. Bueno, sólo ha sido una pequeña rebeldía. Clavé mis ojos en el exterior. Llovía a mares. El pequeño estanque del jardín al que daba la ventana de mi nuevo cuarto estaba a punto de desbordarse, la tierra salía a borbotones de las macetas y los arriates sin poder soportar la fuerza del agua. Pegué mi frente al cristal y cerré los ojos para escuchar la lluvia. Dejó de llover tan fuerte en unos instantes y al abrir los ojos observé un chorro de agua sobre el cristal que iba a encontrarse con otro, y luego con otro... Tracé su camino con mi dedo índice. La doctora se colocó silenciosamente a mi lado, como si no quisiera sacarme de este trance, y simplemente me dijo:

-Parece mentira que sea primavera.

Primavera...Recordé las ramas de unos árboles que se balanceaban sutilmente. Primavera... Mi mente evocó el canto de unos pájaros revoloteando sobre mi cabeza y una brisa fresca pero agradable que me envolvía.

-Lo sé – dijo la doctora – parece otoño, incluso invierno.

-No me gusta la primavera. – dije. El sonido de mi propia voz pareció rebotar en las paredes de la habitación, como si de una pelota de goma se tratase. La doctora me miró perpleja, como si acabara de ver un fantasma. Dijo algo, pero no le prestaba atención, absorta como estaba en el pensamiento de lo ajeno que me había resultado el sonido de mi voz.

-No me gusta la primavera. – repetí antes de tumbarme en la cama en posición fetal y volver a quedarme dormida.

A la hora de comer entró una enfermera con una bandeja que esta vez traía algo más que manzanilla y yogur. No era la enfermera duende, imaginé que estaría asignada a la planta de la que yo procedía. Más que imaginarlo, lo deseé. No quería volver a ver a esa mujer. Pero a mi mente acudió su discurso sobre comer o no comer, sobre la sonda naso-gástrica, y su mirada encerrada en aquellos ojos tan pequeños. Me dio un escalofrío. Ésta no se quedó a ver si comía. No era demasiado, un cuenco con un puré de verduras y otro con puré de frutas. Una cuchara de plástico, una servilleta de papel. Salió y regresó a los pocos segundos con una botella de agua y un vaso también de plástico. Me senté en la cama mirándome los pies. Mientras movía los dedos pensé en lo fácil que sería tirar todo por el retrete y decir que me lo

había comido, pero en cuestión de días lo descubrirían, me harían analíticas al primer desmayo y todo volvería a empezar. Me daba un miedo atroz mirar hacia adelante por lo desconocido, pero sabía el camino que había recorrido hasta llegar aquí y, sorprendentemente, no quería retroceder, estaba tan cansada de nadar contra corriente, de que todos se empeñaran en mantenerme viva... Dicen que sólo el que nada en contra de la corriente sabe la fuerza que tiene el agua. Cogí el cuenco que olía a verdura y por primera vez me encontré con mis muñecas vendadas. Las vendas se habían mojado en la ducha pero nadie parecía haberse percatado y ahora estaban húmedas y algo pegajosas. Solté el cuenco y empecé a quitarme el vendaje de la mano izquierda. La herida estaba limpia, suturada con puntos negros anudados, pero iba a dejar una cicatriz muy fea porque era ancha y desigual, probablemente producto de aquel día en que me arranqué los primeros puntos, aunque no lo recordaba. Repetí el proceso con la otra mano para descubrir una herida similar. No sé cómo hice lo que dicen que hice si ni siquiera soy capaz de pasar la yema de mis dedos por la herida.

Tomé la mitad del contenido de cada cuenco y al cabo de un rato volvió la misma mujer a retirar la bandeja. Era rubia, de piel clara y ojos claros. Salió y volvió sólo para mirarme. Volvió a salir y luego entró otra enfermera con unos apósitos largos y blancos que me colocó en cada muñeca sin decir una palabra. Me dejó unas pastillas en un vasito y no tardé mucho en quedarme dormida después de tomármelas.

La primera información de que dispuse respecto a la fecha en la que estábamos vino de labios de la doctora C a la mañana siguiente. Yo ya estaba despierta cuando ella entró, pero aún estaba en la cama, mirando hacia la ventana. Era un día muy oscuro porque parecía que acababa de amanecer. Se colocó a los pies de la cama y me dijo:

-Veo que vas progresando. Hoy es lunes, 14 de junio de 2007. Se acabaron las vacaciones. Tienes que bajar al gimnasio donde harás ejercicio con otros pacientes y un monitor. Subirás de nuevo, te ducharás y desayunarás. A eso de las once volveré y hablaremos. ¿Quieres preguntarme algo?

Guardé silencio. Tenía tantas preguntas en la cabeza que no hubiera sabido por dónde empezar y tenía la certeza de que mi voz no iba a abandonar mi garganta.

-Muy bien. Te espero aquí a las once. Y aunque no pareces tener ningún interés en saber mi nombre, me llamo Carmen Lázaro.

No hubiera hecho falta que me lo dijera, lo llevaba escrito en una pequeña tarjeta que colgaba de una pinza en el bolsillo derecho de su bata: Dra. C. Lázaro. Para mí siempre fue la doctora C.

Cuando la doctora C salió de la habitación, la enfermera rubia volvió con ropa de deporte para mí. Dejó sobre la cama un chándal negro, calcetines, zapatillas, una camiseta y hasta ropa interior. La enfermera rubia no me mira directamente, siempre entra simulando que está distraída o mirando al suelo. Cuando se disponía a salir de la habitación, una vez me hubo dado la espalda, me dijo:

-Le traerán más ropa a medida que la vaya necesitando. Volveré para acompañarla al gimnasio.

Abrí los ojos de golpe, ante la primera sospecha de un recuerdo, y me encontré frente al espejo de la cómoda. Era un espejo de verdad. Ya no debían considerarme peligrosa si me había dejado un espejo en la habitación. La Miriam de la habitación sin ventana lo hubiera roto y se hubiera vuelto a cortar las venas. Pero esta Miriam es más dócil, la otra, la valiente, la que fue capaz de intentar acabar con su vida, esa ya no está. A ésta no la conozco mucho. No sé lo que quiere o hasta dónde es capaz de llegar. Sé que no es muy habladora, que no le gusta la primavera y que los espejos la hacen pensar, así que tampoco le gustan demasiado.

Empecé a vestirme para espantar las imágenes de un coche que estaba siendo sacado del agua por una grúa. Parecía un pantano, o un río, desde luego no era el mar. Esta Miriam conoce bien el mar. Cuando sentí como si un agujero enorme se estuviera abriendo en mi estómago, como si un peligro inminente amenazara con hacerme añicos, salí disparada del baño y acabé de vestirme. Me senté en la cama esperando que mi corazón dejara de latir como si quisiera abandonar mi pecho de un golpe. Esperaba a

la enfermera rubia, pero cuando se abrió la puerta, en su lugar apareció un hombre alto, de piel clara y pelo rubio oscuro, bien peinado con la raya a un lado. Fruncí el ceño en señal de contrariedad y me levanté para retirarme instintivamente hacia atrás. A esta Miriam no parecen gustarle los hombres. Este chico me gusta menos aún que la enfermera duende. Cuando notó mi reacción, no se acercó más. Sus ojos, de un extraño color entre verde y miel, se disculparon antes que sus labios por haberme asustado.

-Siento haberla asustado. Soy Javier. – dijo señalando su identificación en el bolsillo de su traje de enfermero. – Vengo a acompañarla al gimnasio.

Quería preguntarle qué había pasado con la enfermera rubia que nunca me miraba a los ojos, pero la voz no me obedecía. Me acerqué tímidamente y él abrió la puerta y me cedió el paso. Se colocó a mi lado y juntos caminamos pasillo adelante hasta el ascensor. Conozco este pasillo y este ascensor. Me gusta tener la sensación de que conozco a las personas y las cosas que me rodean. A él no le conozco, no me inspira demasiada confianza. El silencio en el ascensor casi hubiera podido tocarse. Me he dado cuenta de que me ha mirado con disimulo porque lo he visto reflejado en el cuadro de mandos del ascensor.

La sesión de ejercicio ha sido agradable, más de lo que yo hubiera podido imaginar. El monitor del gimnasio me ha dejado escoger lo que quería hacer y me he pasado una hora caminando en la cinta. He descubierto que a esta Miriam le encanta caminar. Cuando terminé, Javier me estaba esperando para acompañarme a la habitación. Al abrir la puerta me quedé clavada bajo el umbral hasta tal punto que él casi tropieza conmigo. La doctora C, tal y como ya me había anunciado, estaba al lado de la ventana con un cuaderno de notas y un artilugio que resultó ser una grabadora.

-Pasa, por favor, te estaba esperando.

No podía moverme. Mi estómago me estaba enviando señales que no era capaz de interpretar. La doctora C miró al enfermero y éste me puso una mano en el hombro, supongo que con el único propósito de animarme a entrar, lo que hizo que me colocara en medio de la habitación casi de un salto. Él salió de la habitación después de mirarme totalmente consternado por el efecto que su roce había tenido en mí, y cerró la puerta mientras la doctora C se sentaba en el sillón y me indicaba educadamente con la mano que me sentara en la cama. Obedecí. Ésta es la Miriam que siempre obedece.

-¿Hay algo de lo que te gustaría que habláramos?

No contesté.

-Miriam – todo el vello se me erizó de nuevo. A esta Miriam no le gusta que las frases empiecen por su nombre, porque no suelen ser portadoras de buenas noticias cuando esto sucede. – Lo que te ha ocurrido es muy duro, pocas personas podrían empezar a imaginar lo que estás pasando, lo que estás sintiendo, pero ahora estás aquí, no puedes escapar, ya no quieres escapar. Lo sé. Cuanto antes empieces a hablar de ello, cuanto antes te enfrentes a ello, antes podrás marcharte de aquí.

La sola posibilidad de pensar en abandonar este lugar me puso tensa. ¿A dónde iba a ir? ¿Quién se iba a preocupar por mí? ¿Quién me iba a ayudar? Estaba sola, completamente sola.

Por primera vez desde que recuerdo, la doctora C me miró con compasión. Yo quería hablar, pero la voz que vive dentro de mí no quería salir, no podía o no quería verbalizar lo que sentía, quizás intentando protegerme, quizás intentando no hacerme pasar por aquel infierno de nuevo. “Sólo si lo pronuncias será cierto.”, me susurraba una voz en mi interior.

-No puedo obligarte a hablar. Al menos, sabe que tu tratamiento parece estar dando resultado y que me considero responsable de ti. Volveré mañana, a la misma hora, después de tus ejercicios.

Se marchó sin añadir nada más. Mi silencio ya le había dicho que hoy, al menos hoy, esta conversación no iba a tener lugar.

Me quedé dormida hasta que la puerta se abrió de nuevo. Era Javier, el enfermero, con la comida. Otra vez los dos cuencos de puré.

-Lo dejaré sobre la mesita. Luego pasaré a retirarla. ¿Se encuentra bien?

Le miré aturdida, sin acabar de despertarme, y no pude contestarle. Asentí con la mirada y él sonrió antes

de volver a salir. Comí algo más que la otra vez porque, sinceramente, tenía hambre, y luego fui a darme una ducha pues no sabía si tendría algo que hacer el resto del día. Si pudiera soltar todas las lágrimas que no consiguen salir, las derramaría de golpe ahora mismo, como penitencia por sentirme tan bien bajo el chorro del agua templada.

El enfermero volvió con una bandeja y cosas para hacer las curas.

-¿Le importa si le miro los puntos? Deben estar listos para ser retirados.

Instintivamente me miré las muñecas y las extendí. Atrajo hacia mí el sillón de la habitación y se colocó mi mano en la rodilla.

-Así dolerá menos, créame.

Me quitó el vendaje y me miró a los ojos:

-Vaya. Alguien ha querido hacerse mucho daño.

En aquel momento, con mi mano apoyada en su rodilla, y viéndole trabajar escrupulosamente en mis heridas, sentí una especie de conexión con él, la que se siente justo cuando te acaban de presentar a alguien y piensas que te cae bien. No habíamos tenido muy buen comienzo, pero presentí que eso iba a cambiar. Olía muy bien, con ese aroma abstracto que se identifica con la limpieza, y tenía aspecto de ser muy pulcro.

Con pulso firme fue cortando los hilos y luego tirando de cada uno con una pinza. La verdad es que no sentí nada, era como si la piel no fuera mía. Permanecí inmóvil, observándole trabajar. Tenía un pulso firme y unas manos preciosas. Dedos largos, blancos, uñas cortas e impecables. Miré un poco de reojo para fijarme en su rostro, igualmente limpio y aseado. No sé a qué olía, si era un perfume o una crema, pero desde entonces, cuando pienso en Javier, ese olor acude a mi memoria. Dicen que cuando uno cualquiera de los sentidos se debilita, otro inmediatamente aumenta para intentar igualar la batalla. Quizás por eso los olores empezaron a ser tan importantes para mí. Nadie se había acercado tanto hasta ahora como para que pudiera apreciar su aroma. Levantó la vista y yo volví a mirarme la muñeca.

-Esto ya está – dijo sonriendo cálidamente

– Retiraré todo y no la molestaré más.

Bien entrada la tarde apareció una mujer con uniforme de limpiadora y me saludó como si fuéramos viejas amigas.

-Así que aquí estás Me dijeron que te habían trasladado a otra planta – dijo mientras me miraba desde los pies de la cama – Lo que no imaginé es que te hubieran bajado tan pronto aquí. En fin, normalmente cuando se sale del aislamiento, dejan a los internos en aquella planta un tiempo.

Me miró con un poco más de detenimiento, entornando los ojos:

-Así que aún no te has decidido a hablar...No importa. Tengo lo que te gusta.

Se metió la mano en el bolsillo y sonrió de nuevo con esa mirada cómplice. Colocó sobre la mesita un iPod. Lo encendió y empezó a sonar música de Queen. Mi corazón se disparó. Hacía siglos que no oía música, o eso creía yo, porque luego descubrí que no era así.

-Los boleros también te gustan, pero lo que más te gusta es Queen y Bon Jovi. – Me miró como por fin dándose cuenta de que no la recordaba – Así que no te acuerdas de mí...

La limpiadora “Así que” había entrado en mi vida. Me contó que solía limpiar la habitación donde estuve antes y que durante días notó que le miraba fijamente los auriculares que salían del bolsillo de su uniforme. Un día, aprovechando que estaba despierta, quitó el auricular y dejó que escuchara la música. Era Queen y, según ella, los ojos se me iluminaron y hasta le pareció que tenía mejor color. “No es que tengas muy buen aspecto, la verdad. Meses casi sin comer, y luego, bueno...a base de sueros”, añadió.

-Desde entonces entraba de vez en cuando y si estabas sola y despierta, enredaba en la habitación para que pudieras escuchar música. ¿Sabes? Te he echado de menos. Me preguntaba si estabas mejor.

La limpiadora “Así que” no paraba de hablar y sólo pude deleitarme con la música el rato que estuvo limpiando el baño. Era bajita y regordeta y tenía cara de bonachona. Cuando salió del baño, cogió su

IPod y se marchó fregando el suelo hasta la puerta:

-Ya he acabado, reina. Me tengo que llevar el cacharro, no os dejan tener aparatos. Pero mañana vengo otra vez, así que ya sabes...- dijo señalando el artilugio.

Nadie entró ni salió después en todo el día. La siguiente persona que apareció lo hizo con una bandeja con la cena y la correspondiente medicación. No era Javier, ni la enfermera rubia. Tendría que prestar atención a los turnos para predecir quién iba a estar por aquí cada día.

La mañana siguiente también amaneció bastante oscura, el viento se oía ulular entre los árboles y al colarse por las pequeñas rendijas de las ventanas. ¿Cómo es posible que sea Junio? Parece más bien Diciembre. La enfermera nueva, la misma que estuvo la noche anterior, vino para acompañarme al gimnasio donde volví a caminar por la cinta. Poco después de desayunar y ducharme, exactamente a las once supongo, entró la doctora C dispuesta a hablar conmigo de nuevo y volviendo a advertirme de que cuanto antes empezara a hablar, mejor.

-Eres una mujer muy joven, Miriam. – Le encanta poner mi nombre en casi todas las frases, no sé si eso tendrá algún propósito – Eres culta, inteligente, guapa...Tienes que romper ese silencio para recuperarte. Sabes que puedes hablar, sólo tienes que querer comunicarte conmigo.

Me miró esperando una respuesta que yo no podía darle, anotó algo en el montón de papeles que traía y se levantó colocándose frente a la ventana, de espaldas a mí. La doctora C confiaba en mí, de lo contrario no me hubiera dado la espalda. Ella me sacó de la otra planta y me trajo aquí...y es la única que me da la espalda.

-Sé quién eres, Miriam. Sé lo que vales y lo que eres...

-¿De verdad quiere saber quién soy? – mi voz retumbó entre las cuatro paredes de la habitación y me devolvió un extraño eco que no reconocí. La doctora C no contestó, supongo que por miedo a que dejara de hablar, pero se puso tensa como una estatua.

-Soy una madre. Soy una madre desde que tengo uso de razón. Desde que jugaba con mis muñecas bebé y las acunaba para luego acostarlas en sus cunitas. Para mí eran bebés de verdad. Desde que nací fui una madre sin hijos, siempre soñando con serlo de verdad y arrullar a un bebé y cantarle nanas...Eso es lo que fui y eso es lo que soy, una madre sin sus hijos.

Yo no me había dado cuenta de que le estaba gritando a la doctora C ni de que me estaba paseando como una pantera enjaulada por toda la habitación. Pero ella es médico e intuía lo que vendría después. Sin darme cuenta había apretado el botón para que viniera la enfermera, que sabía lo que tenía que hacer cuando la luz se iluminara en su mostrador. Por lo que la doctora C me contó en su siguiente visita, para cuando la enfermera entró yo ya me había dado un par de golpes contra una esquina de la habitación. Me inyectaron un sedante y estuve sedada más de doce horas.

De madrugada me desperté aterrada y encendí la luz para encontrarme con una mancha de sangre en mi almohada. Tenía mucho miedo y la sangre me paralizó por completo. Supongo que grité porque Javier entró enseguida y me alegré tanto de verle...Por un momento tuve esa sensación de seguridad que se tiene cuando eres pequeña y has sufrido una horrible pesadilla y entonces, se abre la puerta y aparece la figura heroica de papá, dispuesto a acabar con cuantos monstruos y zombis hubieran osado interrumpir mi sueño. Sólo por unos segundos me sentí segura.

El enfermero se acercó y me tocó la cabeza.

-Shhhh, está bien. Sólo se te ha despegado uno de los puntos. Ya está. Iré a por una gasa para limpiarte.

Pero le sujeté fuertemente del brazo y pronuncié un tímido:

-No, por favor.

Se quedó helado. Hasta ahora no me había oído hablar, quizás pensaba que no volvería a hacerlo nunca. Sacó un pañuelo de papel de un paquete que llevaba en el bolsillo y me limpió, pero la sangre no dejaba de brotar:

-Hay que curarte Miriam. Sólo tardaré un minuto.

Mientras se alejaba, tuve la sensación de que la cosa era más seria de lo que me había dicho. Lo peor fue el sentimiento de abandono que me acompañó en esos escasos minutos, como si volviera a estar sola, como si esta vez fuera para siempre.

Al volver, mientras me limpiaba la herida y me colocaba otro de esos puntos que parecen tiritas, me dijo: -Deberías dejar de hacer esto. Un día lo vas a conseguir.

Una sonrisa irónica apareció en mis labios. No. Ya no lo conseguiría nunca. Debieron dejarme en mi bañera...debí cerrar bien la puerta...Esta Miriam ya no supone un peligro para los demás ni para sí misma, al menos no un peligro físico.

Me miró a los ojos con una ternura infinita y entonces fue cuando me di cuenta de que ésta era la mirada que hacía a la doctora C, a Javier, a la enfermera rubia y a la limpiadora “Así que” diferentes a los demás.

-No querrás volver arriba, ¿verdad? – me dijo con esa voz suave y algo ronca y me recordó al ronroneo de los gatos - Esto no es gran cosa, pero es mejor que estar atada a una cama.

Lo que de verdad me aterró fue la idea de volver con la enfermera duende. Negué con la cabeza y bajé la mirada completamente avergonzada. Después de todo ese sentimiento me era tan familiar. He pasado avergonzada los últimos años de mi vida.

-Muy bien. Pues entonces tendrás que hablar con la doctora Lázaro.

Cuando se dispuso a marcharse, le tomé de la muñeca y le pregunté:

-¿Le he pegado? ¿Le he hecho daño?

-Afortunadamente para nosotros, Miriam, tu blanco eres tú misma.

No pude hablar con la doctora hasta al menos dos semanas después porque había solicitado un permiso por asuntos propios. Cuando por fin volvió, la enfermera rubia me dijo que me atendería en su consulta en lugar de venir a mi cuarto y que ella me acompañaría. No sé a qué se debió el cambio y tampoco lo pregunté. Estaba decidida a hablar con ella si la Miriam nueva que hay en mi interior me lo permitía. Mientras caminaba por el pasillo hacia el ascensor, tuve tiempo de observar a mi alrededor. Aún no me habían dejado deambular por los pasillos sola, como veía que hacían otros pacientes. Supongo que no se fiarían demasiado de mí, o puede que el motivo fuera otro. Lo cierto es que yo siempre iba escoltada por uno de los enfermeros que ya conocía: al gimnasio, al jardín, y pronto al comedor. Al parecer se había acabado también lo de comer en mi habitación.

La doctora C me estaba esperando en la planta sótano, que es donde están las consultas de este lugar. Estaba sentada muy profesionalmente detrás de la mesa del despacho. No era una consulta típica. Los muebles eran de madera oscura y tenía una librería enorme en la pared del fondo. Las ventanas estaban cubiertas por unas cortinas de flores pequeñas que le daban al lugar un aspecto muy acogedor. Tenía una pequeña mesita con una de esas cafeteras modernas de cápsulas y un depósito de agua fría y caliente. Nada personal. No había fotos, algún cuadro para adornar el despacho, y un diván. Era la primera vez que veía uno. También era la primera vez que había ido a la consulta de un psiquiatra.

Se levantó para saludarme tendiéndome la mano y yo le correspondí.

-Tienes muy buen aspecto, Miriam. ¿Te encuentras mejor?

Ahí estaba de nuevo mi nombre en su frase, aunque esta vez no se me erizó el vello ni me produjo una sensación extraña. Supongo que me había acostumbrado. Claro, se trataba de eso, ahora me doy cuenta.

Asentí y, siguiendo su indicación me senté en el diván. Ella rodeó la mesa y se colocó a mi lado, en un sillón.

-Creo que ha llegado el momento de que empieces a moverte sola por aquí. Bajarás al comedor a las distintas comidas, al gimnasio, y ya encontraremos alguna actividad que puedas hacer por las tardes si te interesa. Tumbate por favor, y relájate. Cierra los ojos y piensa de qué te gustaría hablarme.

Pensé que si esta mujer se había tomado tantas molestias para sacarme adelante al menos se merecía la verdad. ¿Qué verdad? ¿Por dónde empezar? Lo recordaba todo con una nitidez que me daba miedo, como

si los últimos años de mi vida hubieran sucedido de golpe la noche anterior y cada detalle se me hubiera quedado grabado en la memoria.

-¿Es usted de por aquí? – le pregunté sin saber por qué.

-No. Soy manchega. – me contestó dejando entrever en el tono de su voz que no entendía el motivo de mi pregunta.

“Entonces no sabe lo que es la magia de la noche de San Juan en la ciudades costeras. Durante todo el año se hacen propósitos para esta noche. Los estudiantes queman sus apuntes en las hogueras cuando acaban el curso pidiendo suerte para al curso siguiente, las personas que han tenido algún problema de salud queman vendas, bastones, o cualquier otra cosa que hay significado algo a lo largo del año y piden mejor salud para el futuro. Las personas que han tenido problemas personales queman cosas que han tenido que ver con ellos para pedir otro amor, otra amistad, otro hijo...Es la noche mágica del año en la que se queman los viejos males y se pide todo lo que se desea. La gente confía de verdad en la magia de esta noche, antaño noche de brujas y aquelarres. La playa se llena de hogueras donde igual se cocina que se piden deseos. Huele a mar y a sal, a sardinas asadas y a pinchos, a sangría y cerveza, a carbón y ascuas. Pero sobre todo huele a esperanza. Una especie de fe ciega en que todo lo que ha salido mal no se va a volver a repetir. La gente bebe y ríe como si se tratara de una fiesta veraniega de Año Nuevo. Los críos juegan en la arena de la playa, las parejas se besan y yo siempre me he imaginado que desde arriba, la playa debería verse como una inmensa guirnalda de fuego.

Aquel año yo había terminado mis estudios de música y por una parte me sentía feliz, relajada ante la perspectiva de nuevos proyectos que se abrían ante mí. Estaba un poco triste porque recordaba a mis padres, que no estaban conmigo para compartir esta noche tan especial. Murieron un par de años antes en un accidente de tráfico volviendo de la boda de unos amigos. Se encontraron con un coche que venía de frente por la autovía, uno de esos kamikazes que hacen apuestas sobre locuras que son capaces de hacer sin pensar en las consecuencias. Bueno, éste al menos no haría más carreras porque también falleció en el accidente. Así fue como me quedé completamente sola. Hija única de padres también hijos únicos, ni abuelos, ni tíos, ni ningún tipo de familia. Con lo que me quedó de mis padres, poco más que una casa, me alquilé un apartamento y me aferré a mi piano como única tabla de salvación para la situación en que me encontraba. Al principio los amigos de mis padres me llamaban o pasaban por casa, me ofrecían su apoyo, pero con el tiempo eso también se fue desvaneciendo. Para aquella noche yo ya me había reconciliado con mi pasado y estaba dispuesta a empezar de nuevo, costase lo que costase, y lo primero que quería hacer era pedir un deseo y meterme en el agua para asegurarme de que se cumplía. ¿No es ridículo?

Nunca he tenido fe en nada. No sé lo que se siente cuando crees que una fuerza superior maneja tu destino a su antojo encargándose de que te sucedan cosas buenas o malas sin ningún motivo. No sé lo que se siente cuando crees que puedes pedir algo al aire y que alguien se va a encargar de hacerlo realidad para ti. Pero era la noche de San Juan, había bebido un poco con mis amigos, estábamos tumbados en la arena esperando que empezaran los fuegos artificiales y hablando de tonterías...todo se prestaba a esa mezcla de irrealidad, brujería...qué sé yo... Cuando el espectáculo de fuegos acabó la orilla se llenó de gente que se bañaba como si así recibieran una garantía de que su deseo se haría realidad a lo largo de este año. Entre ellas, yo. Sólo me sumergí un momento, el agua estaba aún un poco fría pues aún no había empezado a hacer calor, de hecho había sido una sorpresa poder bañarse pues hasta hacía unos días había hecho incluso frío. Al contrario de lo que esperaba, la temperatura de mi cuerpo no se adaptó a la del agua, y tras unos instantes salí disparada del mar en busca de mi toalla y me envolví en ella intentando entrar en calor. Mientras tiritaba junto a nuestra hoguera, alguien me ofreció ponche y me lo bebí de un trago. Al devolverle el vaso, una mano masculina, fuerte, de dedos largos morenos, apareció en el otro extremo. Enseguida mi amigo Antonio me tendió la mano

para que me levantara. La otra mano en cuestión era de un amigo suyo al que había invitado a pasar la noche con nosotros.

-Miriam, éste es Luis. Luis, Miriam.

Luis me dio dos besos con una sonrisa de las que son capaces de hacer cometer locuras a cualquier mujer. Era guapísimo, alto, moreno, de enormes ojos negros. Vestía un pantalón y una camisa blancos de lino y estaba descalzo. Creo que nunca había conocido a nadie tan guapo, era como uno de esos actores o modelos que salen en las revistas y en televisión, de esos que una se pregunta si de verdad existen hombres así andando por la calle o sólo son producto del Photoshop. Antonio se fue a buscar algo para beber para los tres y nos quedamos solos por un instante.

-Así que tú eres Miriam.

-Eso creo, dije yo. ¿Te han hablado de mí?

-Antonio no para de hablar de ti. Si no fuera porque sé cuánto quiere a su novia, hubiera pensado que está enamorado de ti.

-¿Antonio? – me eché a reír a carcajadas – Esa es la tontería más grande que he oído nunca. Se pasa el día poniéndome motes y sacándome defectos. Elena es mi mejor amiga.

-Lo sé. Él me lo ha contado. Lo cierto es que ya empezaba a tener curiosidad por esa pelirroja guapísima y divertidísima de la que habla cuando no habla de Elena. Me dijo que estaríais aquí esta noche y he decidido pasarme.

-¿Por mí?- pregunté sonriendo pícaramente.

-Por ti. – me contestó firmemente.

-Eso es todo un halago.

Para cuando Antonio volvió con las bebidas ya estábamos charlando sentados en la arena como si nos conociéramos de toda la vida. Él y su novia, Elena, se sentaron con nosotros y la noche se me pasó en un suspiro. Sin darnos a penas cuenta estaba amaneciendo. Todos estábamos apilados junto a la hoguera, que ya a penas ardía, medio dormidos, cuando el cielo empezó a pasar de negro a azul oscuro, luego a violeta, y finalmente el sol apareció en el horizonte. Empezamos a aplaudir y luego recogimos antes de que la patrulla de limpieza de la playa nos sorprendiera aún aquí, aunque no éramos los únicos, se veían hogueras apagadas por todas partes, gente durmiendo y alguna que otra tienda de campaña.

Acabamos desayunando chocolate con churros por el centro y si no hubiera estado tan cansada me habría quedado el resto del día con él. Todos se fueron y al final sólo quedamos nosotros, charlando de nuestras respectivas vidas antes de conocernos, como si quisiéramos poner al otro al día sobre nosotros mismos. Me fui a casa no sin la promesa por parte de Luis de que me llamaría al día siguiente para salir y seguir hablando. A lo largo de la velada no sé cuántas veces me dijo lo impresionado que estaba por mi belleza tan genuina y natural, sin disfraces, sin maquillajes, auténtica. Para mí, una pelirroja pecosa, aquello resultó una auténtica novedad. Estaba más acostumbrada a otro tipo de motes. Nunca antes me habían visto así, o no habían sabido expresarlo, o no lo habían sentido, no sé qué decir, pero la que de verdad se quedó impresionada fui yo.

Mientras daba vueltas en mi cama intentando dormir hice acopio de toda la información que me había dado sobre sí mismo. Luis Calderón León, médico, 30 años, hijo de un ilustre médico del mismo nombre, muy conocido en la ciudad por ser una de esas familias que llevan generaciones y generaciones ejerciendo ilustres profesiones entre nosotros. Una calle bastante céntrica con su nombre les reconoce como tal. Hijo único. Actualmente acabando el MIR en el hospital de la ciudad y planeando su vida alrededor de ésta y su profesión, como buen heredero de su apellido. Guapo, con unos dientes tan blancos y perfectos que llegué a pensar si serían prótesis, moreno, de piel y pelo, y unos ojos tan negros como la noche. Mi primer pensamiento al verle fue: “¿Cómo se puede ser tan guapo?” Yo nunca he sido superficial, pero tampoco antes había conocido a alguien así, y con ese

encanto y esa forma de expresarse tan poco habitual en los chicos de mi entorno. Hablaba cuatro idiomas perfectamente, le encantaban el deporte y los ordenadores, y era un genio en lo suyo hasta el punto de que sabía que no se movería del hospital donde estaba porque se lo rifaban en toda la zona. Nada de esto era realmente importante para mí, yo siempre he mirado el fondo de las personas, pero ya que el exterior y el aura que le envolvían me habían cautivado de aquel modo, no estaría de más conocer el interior.

-¿Por qué has empezado hablando de él?

-Supongo que porque todo comenzó y acabó con él.

-¿Te gustaría contarme algo sobre tus padres?

-Mis padres eran una pareja encantadora, sobre todo mi madre. Siempre sonreía, odiaba estar enfadada mucho rato, y siempre tenía proyectos en la cabeza. Los dos eran profesores y trabajaban cada uno en un instituto diferente de la provincia. Mi madre decía que quería demasiado a mi padre como para tenerle que aguantar también en el trabajo. Tenía un sentido del humor un poco peculiar. ¡Cómo la echo de menos! Nadie debería perder a su madre tan pronto. La he necesitado tanto todo este tiempo, la necesito tanto ahora mismo...

-Tengo entendido que no tienes hermanos.

-No. Fui hija única por decisión de ellos. Querían poder ofrecerme todo sin que tuviera que compartirlo con nadie, o eso creo yo. La verdad es que sólo sé que mi madre siempre decía que entre unas cosas y otras yo había crecido muy rápido y no tenía ganas de volver a empezar.

-¿Te hubiera gustado tener hermanos?

-No lo sé. Nunca los he tenido así que no puedo juzgar. Siempre he tenido esa mejor amiga y ese mejor amigo que suplen su ausencia, siempre me he sentido querida. Lo que sí es cierto, es que solía pensar que éramos una familia demasiado pequeña. Todo el mundo tenía primos y tíos, abuelos, hermanos, sobrinos...yo tenía a papá y a mamá. Cuando murieron mi mundo se derrumbó.

-¿Recuerdas algo que te ayudara a superarlo, algo concreto?

-Les lloré tanto cuando murieron que creía sinceramente que ya no me quedaban lágrimas. Empecé a pensar en lo que ellos querrían para mí, en lo que siempre habían tratado de inculcarme. Me centré en acabar los estudios del conservatorio y la universidad, me esforcé por conseguir las mejores notas para poder quedarme en el departamento de inglés con una beca, y lo conseguí. Pero es muy difícil luchar con las imágenes, con las voces, con las risas y los llantos, tarde o temprano aparecían y me hacían sentir tan sola...Por las noches al acostarme, o cuando veía alguna de las películas favoritas de mi madre, o pasaba por las tiendas de ropa que le gustaban, me dolían las manos por no poder tocarla, por no poder pasear con ella del brazo por la calle...A mi padre le recuerdo jugando conmigo en la piscina, en la playa, llevándome a pasear y sobre todo recuerdo las bromas que me gastaba sobre el momento en que los chicos empezaran a aparecer por mi casa. Siempre me decía que les haría firmar un documento para asegurarse de que me querían y me respetaban.

-¿Habías salido con alguien antes de Luis?

-Sí, pero nada serio. Tenía veintidós años cuando le conocí y toda mi vida la había pasado estudiando y con mis amigas. Un par de años antes había sucedido lo de mis padres, así que tampoco había tenido demasiado tiempo para los chicos. Como ve nunca he sido demasiado fuerte, pasé una horrible depresión cuando ellos desaparecieron. Quizás por eso Luis significó tanto para mí. Era esa persona que te quiere por lo que eres y que te lo demuestra a cada paso, creo que perdí un poco la noción de la realidad con él. Él suplía con creces todas las necesidades generadas por mi soledad.

La doctora C se levantó del lugar que había ocupado durante todo ese tiempo y se colocó detrás de su mesa.

-Muy bien, Miriam. Lo has hecho genial. Ya puedes levantarte. ¿Cómo te sientes?

-Extraña. Hace mucho tiempo que no he hablado tanto con nadie. De hecho no hablo demasiado.

-De eso doy fe – sonrió la doctora.

-Incluso antes de... de todo esto. Siempre me han aturrido las personas habladoras, me producen dolor de cabeza.

-Ahora podrás volver a tu cuarto sola. ¿Sabrías llegar?

-Claro.

-Pues nos veremos la semana que viene de nuevo, aquí. ¿De acuerdo? Si necesitas algo antes, házselo saber a alguno de los enfermeros.

Abandoné la consulta tan confundida como había entrado. Caminé sobre mis pasos mientras pensaba que había estado hablando con una extraña de la parte de mi vida que quería olvidar, y que no había roto a llorar, ni me había enfadado. Más bien tenía la sensación de que había estado hablando de la vida de otra persona. No sé si sería alguna extraña estrategia de mi cerebro para poder soportar lo inevitable o un hechizo provocado por los ansiolíticos y los antidepresivos que me daban aquí.

Cuando salí del ascensor y giré la esquina, Javier sonrió de oreja a oreja:

-¡Mira quién viene sola por aquí! – y empezó a aplaudir.

Nunca me había fijado en lo guapo que era. Su encanto se veía acentuado por su voz, algo ronca, pero preciosa y por un halo de ingenuidad que no había visto antes en ningún hombre.

La enfermera rubia salió de una de las habitaciones con una bandeja y se acercó. No sabía qué quería hasta que de repente me dio un abrazo con el brazo que le quedaba libre.

-¡Enhorabuena, Miriam!

No sabía que fuera tan importante que me hubieran dejado deambular sola por el edificio. Total, no podría ir a ningún otro lugar, sin ropa, sin dinero, sin documentación, no me quedaba más remedio que estar aquí hasta que la doctora C decidiera que me había recuperado. Javier salió de detrás del mostrador y se colocó a mi lado.

-¿Te gustaría hacer una visita?

-¿Visita? ¿A quién? No conozco a nadie aquí.

-Ven, te acompañaré.

Y juntos caminamos de nuevo hacia el ascensor, que esta vez nos llevó a la tercera planta. A medida que el número de planta avanzaba, yo me ponía cada vez más nerviosa. No me gustaba este recorrido, hacia abajo sí, pero hacia arriba no. Era como volver atrás. Las manos me empezaron a temblar y Javier se percató.

-No te pongas nerviosa, Miriam. Podemos irnos, si quieres, aunque no te lo aconsejo.

Al salir del ascensor había un silencio casi sepulcral. El pasillo sólo estaba iluminado por la luz del día que entraba por las ventanas. Olía a alguna especie de ambientador que por desgracia me era terriblemente familiar. Sin esperarlo, de detrás del mostrador apareció la enfermera duende. Di un pequeño respingo, aunque creo que ella no se percató. A medida que se acercaba a mí, más tensa me ponía hasta que por un momento tuve la sensación de que no iba a poder mover ni un dedo. Entonces ella me abrazó, igual que había hecho la enfermera rubia antes. No supe qué decir, así que no dije nada. Cuando ella se retiró fue la primera en hablar:

-Maldita pelirroja de los cojones.

Me quedé estupefacta. La misma persona que me había abrazado hacía unos instantes ahora me insultaba.

-¡Tres meses! ¡Tres meses! – repitió. – Casi creí que te íbamos a perder, maldita cabezota.

La pequeña mujer se limpiaba las lágrimas con la manga de su bata mientras me miraba. Ahora no parecía la pequeña bruja que yo siempre había odiado, sus ojos, aunque pequeños y ahora mismo llenos de lágrimas, me transmitían un cariño que yo no esperaba de ella. Javier me acompañó a la parte de detrás del mostrador y nos sentamos un poco.

-Sé que te acuerdas de mí. ¿Ya hablas, no? O eso he oído.

-Sí...es que no sé qué decir.

-No importa Miriam, no importa. Hace tres meses, cuando entraste en aquella habitación por primera vez – dijo señalando hacia el fondo del pasillo – me juré a mí misma que saldrías de allí viva y dispuesta a luchar. Créeme, verte aquí, caminando, hablando, es todo un regalo para mí.

En el bolsillo de su bata se podía leer I. Iglesias. ¿La enfermera I? Creo que ya no me gustaría seguir llamándola enfermera duende.

-Inma, cariño. Me llamo Inma. ¿No te acuerdas? – dijo como si me hubiera leído el pensamiento. - ¡Cuántas veces te he recogido del suelo ensangrentada, cuántas veces he sentido la necesidad de soltarte de esa cama y dejarte hacer lo que querías hacer, sólo por verte descansar! – añadió con una compasión infinita en la mirada.

Al fin las lágrimas asomaron también a mis ojos. Los mismos ojos que se negaban a llorar mi terrible desgracia, sin embargo, se apiadaban de esta mujer que un día me pareció casi un monstruo por amenazarme con ponerme una sonda cada vez que no comía. Me pasó la mano por la mejilla y sonrió:

-No hay nada más que un camino, hija, hacia adelante. Cuando quieras visitar a esta enfermera chocha a punto de jubilarse, ya sabes dónde estoy.

Cuando Javier y yo nos dimos la vuelta para volver al ascensor, de repente sentí la necesidad de seguir hablando con ella. Me volví y vi que me miraba fijamente, con una media sonrisa en la cara. Caminé hacia ella y la abracé. Y lloré como había deseado llorar desde que entré aquí mientras la pobre mujer permanecía abrazada a mí, dando palmadas a la parte baja de mi espalda, pues era el único sitio de mi cuerpo que alcanzaba. Cuando la solté, me dio un pañuelo y volvió a sonreír. Desde su posición en el pasillo, Javier miraba atentamente la escena, sin pestañear. Tampoco me dijo nada de regreso a nuestra planta. Cuando llegué, entré a mi habitación y seguí llorando como si hiciera años que no había derramado una lágrima. No sé por qué, pero sé que cuando por fin pude parar, me sentí como si alguien me hubiera quitado de encima una gigantesca losa de mármol.

Entre las ventajas de poder pasear sola por este edificio, la más grande fue salir al exterior y respirar aire puro. Una mañana al acabar mis ejercicios en el gimnasio, decidí abrir la puerta que quedaba a mi derecha cuando subía las escaleras y la respiración se me cortó, casi creo que mi corazón se saltó uno o dos latidos ante la visión de aquel cielo por fin azul perdiéndose en el también azul del mar. Una franja de nubes blancas, como en hilera, ponía el tono dulce a la imagen. Me recordó de repente a las nubes de algodón de azúcar que tanto me gustaban de niña. “Así que aquí estás, truhan”, pensé refiriéndome al mar “sigues aquí después de tanto invierno. Te he oído rugir pero no sabía cómo localizarte. No sabes cuánto te he echado de menos, amigo”. Cuando por fin pude apartar la vista del horizonte, miré a mi alrededor. Me encontraba en un precioso y enorme mirador que estaba diseñado con varios arcos desde donde uno se podía asomar y ver el mar. Hacía una mañana preciosa de principios de verano, pero no hacía calor. Una enfermera empujaba la silla de ruedas que transportaba a una mujer anciana, con el pelo blanco recogido en un moño. La anciana tenía la vista perdida, como si no supiera y además no le importara dónde estaba y cuál iba a ser su destino. Un hombre de mediana edad, calvo y con gafas de concha negras leía sentado en uno de los bancos del mirador. Al mirar hacia atrás pude ver el resto de arcadas de mármol que dejaban pasar la luz al pasillo que conducía a lo que parecía la puerta del edificio. Sentí que se me helaba la sangre en las venas. La puerta. Jamás iba a atravesar esa puerta. Sentí como si un enorme imán tirara de mi cuerpo hacia el interior del edificio y entré tan rápidamente como pude. Y al encontrarme por fin dentro recuperé el aliento. Casi me empezaban a dar vueltas las cosas cuando me apresuré a entrar. Hacía meses que no sentía tanto miedo. Subí las escaleras que conducían a mi habitación y vi que no estaba Javier en la mesa del pasillo, si no otra enfermera más joven que no recordaba o no conocía. Al pasar a su lado me detuve a preguntar:

-¿No ha venido hoy Javier?

-No, señora. Estará unos días de permiso. Su mujer acaba de tener un bebé.

En aquel momento fui consciente de que estas personas que me acompañaban, que me atendían y me

cuidaban tenían sus vidas fuera de aquí. Yo no había hablado mucho con ellos, algo más con Javier y con la enfermera rubia porque eran los que casi siempre andaban por aquí. Ni siquiera se me había ocurrido pensar que Javier estuviera casado. Para mí estas personas aparecían por la mañana de la nada y desaparecían cuando les correspondía, sin que jamás me hubiera planteado nada sobre sus vidas. Pensé que me hubiera gustado saber que Javier iba a ser padre, quizás habría hablado del tema con él, o quizás él me lo había ocultado por alguna razón. Seguramente no quería remover ningún recuerdo que me atormentara, pero esta pequeña e insignificante conversación había sido suficiente para traer a mi mente imágenes de un bebé ensangrentado que acababa de nacer, y una delicada toquilla blanca con cintas rosa, y unos zapatos granate de charol con lazos. Una niña preciosa me sonreía desde un lugar que parecía un parque y me daba una enorme flor roja, con el pelo como el mío, algo más oscuro y unos enormes ojos azules... “Sé quién eres, sé quién eres...” Resultó que estaba gritando esa frase mientras intentaba esconderme debajo de la mesa donde estaba la enfermera. Ésta llamó a seguridad, ellos a mi médico y en cuestión de minutos estaba fuera de combate gracias a un sedante.

La doctora Lázaro, mi buena doctora C, se encontraba a mi lado cuando desperté. Supongo que alguien la habría llamado para avisarla. Era ya la mañana de otro día, eso me dijo ella.

-¿Cómo te encuentras? – me preguntó sinceramente preocupada.

-Bien. ¿Qué ha pasado?

-Tuviste una crisis ayer. ¿Recuerdas algo?

-Estaba hablando con la chica nueva del pasillo... Me dijo que el enfermero había tenido un bebé y que no vendría en unos días.

-¿Eso provocó el ataque?

-No...no lo sé. La vi, vi a mi hija, me sonreía... ¿Dónde está, doctora? ¿Dónde está mi hija? Estaba aquí, yo la vi.

Quería levantarme pero no tenía fuerzas y desde mi posición pude ver con claridad la mirada de compasión en los ojos de la mujer y casi podía percibir el nudo de su garganta. De sobras sabíamos las dos que mi niña no había estado en este lugar.

-Tranquila, Miriam. Tranquila. Hablaremos de eso. Ahora prepárate para ir al gimnasio si te encuentras mejor. Es muy importante que nada cambie.

A la doctora C le encantan las rutinas. No sé muy bien por qué, pero le encanta que mis días transcurran perfectamente diseñados. De mi cuarto al gimnasio, del gimnasio a la ducha, de la ducha al comedor para desayunar...y un largo etcétera perfectamente calculado con algún fin que prefería no conocer. Hoy, aunque no me tocaba, tendría consulta con ella después del desayuno.

Cuando entré me tumbé en el diván y ella se colocó a mi lado, con su cuaderno de notas y sus gafas en la punta de la nariz sujetas por una cadena.

-La primera vez que hablamos me dijiste que Luis, tu marido, se convirtió en alguien muy importante para ti. ¿Quieres explicarme cómo fue el principio de vuestra relación?

“Luis resultó ser un chico genial, guapo, inteligente, paciente, en fin, creo que reunía todas las cualidades que cualquier mujer buscaría en un hombre, o puede que yo sólo viera lo que quería ver. Yo estaba cansada de estar sola. Y no me refiero a no tener pareja, que es de lo que se quejan todos los que dicen estar hartos de estar solos. Yo estaba sola literalmente. Mis amigas tenían sus parejas y mi tiempo se llenaba con libros y música, pero anhelaba conocer a alguien especial. Siempre fui una romántica empedernida en el más puro sentido de la palabra. No en vano los poetas románticos ingleses fueron el tema de mi tesis. Cuando él entró en mi vida fue como si todos mis sueños de adolescente se convirtieran en realidad. Era muy educado, y hablábamos de cualquier cosa. Era tan inteligente...Eso y su sentido del humor fueron las cosas que más me llamaron la atención y las que me hicieron enamorarme de él perdidamente. Yo nunca había estado con ningún hombre, y él fue tan dulce, tan comprensivo, tan romántico...Tuvo una paciencia infinita conmigo porque parecía que

nunca iba a ser capaz de estar con él, supongo que también soy muy tímida. Pero sucedió y fue fantástico, en mi recuerdo es casi irreal.

Pronto me presentó a sus padres, que eran unas personas cultas y educadas, él médico de prestigio y ella ama de casa, pero ¡qué casa! En realidad ella más bien organizaba las tareas que debía llevar a cabo una sirvienta que vivía con ellos, Matilde. A mí me pareció que no era muy normal. No hablaba mucho y no miraba a nadie a los ojos. Estaba un poco dejada, con el pelo excesivamente largo y sin arreglar, y con una sonrisa que casi nunca desaparecía de su cara. Aún la recuerdo trayendo y llevando cosas durante la cena o durante la comida, con una expresión de complacencia que nunca supe a qué se debía y que atribuí a su ignorancia. Las primeras impresiones no son lo mío, y Matilde me lo volvió a confirmar. Con el tiempo Luis me contó que era hija de la sirvienta que habían tenido sus abuelos siempre en casa y que prácticamente la habían adoptado porque la pobre no era muy espabilada y no tenía a dónde ir cuando su madre murió. Siempre había trabajado para ellos y aunque la trataban con mucho respeto, también la sobrecargaban de tareas, o eso me pareció. La verdad es que yo nunca he tenido servicio ni he conocido a nadie que lo tuviera, así que no soy quién para juzgar. Pero enseguida me identifiqué con ella por lo sola que estaba en el mundo y siempre que iba por la casa le regalaba algo y procuraba hablar con ella.

La madre de Luis era muy elegante, alta, delgada, con el pelo rubio recogido en un precioso moño italiano la mayor parte del tiempo. Parecía una modelo retirada más que un ama de casa. Siempre estaba impecablemente vestida con una falda, zapatos de tacón medio y alguna camisa o jersey. También solía llevar maquillaje pero no en exceso, lo suficiente como para resaltar sus rasgos. Se cuidaba mucho. Le gustaba ir al gimnasio, a la sauna, a la piscina o salir con sus amigas. Al principio me pareció excesivamente sobria, pero con el tiempo casi llegó a caerme bien. Su principal anhelo era tener una hija y en su lugar apareció Luis, y después de varios abortos dio por sentado que su niña nunca iba a llegar. Tal vez ese fue el motivo por el que me acogió tan bien. Solía decirme lo guapa que era, lo importante que era para ella y para su hijo que fuera una chica tan inteligente y tan preparada. Incluso compró un piano para ponerlo en el salón y escucharme tocar cada vez que iba por su casa, cosa que sucedía bastante a menudo, pues ella se encargaba de invitarnos cada vez que podía.

-¿Echas mucho de menos a tus padres, Miriam? – me preguntó una vez.

-No se imagina cuánto. Intento no pensar en ello pero...es muy duro. A veces me gustaría hablar con mi madre, preguntarle cosas, abrazarla...usted se hubiera llevado muy bien con ella. Lo cierto es que todo el mundo se llevaba bien con ella, era una mujer muy dulce.

-Si necesitas algo, si quieres pedirme algún consejo, quiero que sepas que puedes contar conmigo para lo que quieras. Luis es un gran chico, seréis muy felices. No sabes cómo me alegro de que os hayáis encontrado.

Estoy segura de que lo decía de corazón. Con su padre no tuve mucha relación. Estaba siempre ocupado entre su consulta en la sanidad pública y su consulta privada que atendía por las tardes, así que apenas le veía, pero cuando estaba por casa era muy atento y educado conmigo.

Nuestros primeros meses fueron de cuento de hadas. Luis siempre estaba pendiente de mí, incluso me pidió que me fuera a vivir con ellos para que no estuviera sola, pero yo no me atreví. Lo cierto es que necesitaba mi pequeño espacio para sentirme persona a parte de novia de Luis. Supongo que ese es uno de los efectos secundarios de la soledad, que al final te acabas acostumbrando tanto a ella, que de vez en cuando necesitas descansar de los demás. Y me daba mucha pena abandonar mi piso donde había logrado crear un hogar bastante acogedor. Siempre me gustaron las velas y los inciensos, los tapices y las figuras exóticas, las lámparas de colores, los edredones mullidos y los detalles en la cocina y en los baños. Todas mis amigas estaban enamoradas de mi piso y no me extraña porque yo también lo estaba. Y en el fondo era lo único que me quedaba de mis padres pues lo compré con lo que

me dieron por la venta de su casa.

Sobre Luis, ahora desde la distancia debo decir que había cosas que no me gustaban demasiado, creo que esa es la expresión más correcta. Tenía un carácter fuerte y una gran determinación en todo lo que hacía, a veces rozando lo obsesivo, pero eso lo trasladó a mí y llegó a tratarme como a una muñeca de porcelana de esas que vienen en cajas forradas de terciopelo. Debí darme cuenta de que eso tampoco era normal, los extremos nunca lo son, pero era tan agradable sentirse así de querida y de protegida que olvidé que a menudo destruimos las cosas que queremos tanto. En unos meses él fue toda mi vida, además de mis estudios. Su madre me animaba mucho con la tesina y presumía con todos sus amigos de la novia tan linda e inteligente de su hijo. Él era un poco cabezota y estaba empeñado en que las cosas, y cuando decía cosas creo que se refería al mundo, debían funcionar como estaban programadas para funcionar. De manera que si cenábamos en un restaurante y el servicio o la comida no le parecían correctos, ponía una reclamación al salir. Lo mismo sucedía en hoteles, aeropuertos y hasta gasolineras. Al principio casi le daba la razón, me parecía que sabía lo que quería y que no le gustaba que le tomaran el pelo, pero después de unos meses me exasperaba bastante, hasta el punto que prefería quedarme en mi casa o en la suya para no acabar discutiendo con el maître de turno.

Cuando nuestra relación ya estaba establecida, después de un par de años o así, yo había aprendido a entenderle y nos llevábamos muy bien. Sabía que era un hombre difícil, pero no me importaba. Nadie es perfecto y mucho menos yo. Tuvimos alguna discusión, como todas las parejas, pero nada importante, nada que no se arreglara con unas carantoñas y un regalo.

Así que finalmente nos casamos. Yo no necesitaba casarme para ir a vivir con él pero él sí. A pesar de las veces que hablamos sobre la escasa importancia de un documento que podía simplemente romperse cuando uno de los dos lo decidiera, siempre dejaba caer que para él sí era importante, y para sus padres. Respetó mi decisión de una boda civil pues yo nunca he sido creyente y así fue como nos convertimos en marido y mujer y, después de una preciosa luna de miel recorriendo las principales capitales europeas, regalo de sus padres, nos mudamos juntos a un piso cerca de la casa de su familia. Yo dejé mi piso tal y como estaba. En parte porque me recordaba a mis padres y a una parte de mí que había aprendido a ser adulta sin haber dejado de ser adolescente y a veces yo diría que sin haber dejado de ser niña. La pérdida de los padres a una edad tan temprana te marca para siempre, es como si de golpe te tuvieras que enfrentar a una vida que hasta ese momento habían gestionado ellos, encargándose de que tú sólo te dedicaras a vivir. De vez en cuando, si no tenía nada que hacer o si sentía añoranza o tristeza, me iba allí un rato y simplemente me tumbaba en el sofá y ponía la tele, o leía algún libro, repasaba mis fotos, u ordenaba y limpiaba todo, como si aún viviera allí. Luis intentó convencerme en varias ocasiones para que lo vendiera o al menos lo alquilara, le parecía un desperdicio de dinero tener cerrado un piso tan bonito y tan bien situado. Yo simplemente le fui dando largas, y como el dinero no era un problema para nosotros, al final la cosa no llegó a nada.

Vivíamos a un par de manzanas de la casa de sus padres, en un edificio antiguo delicadamente reformado para mantener su estilo Art Decó pero para que ofreciera el aspecto de acabar de ser construido. Un enorme piso de cuatro dormitorios, dos baños y un aseo y una enorme cocina que conducía a unas escaleras que llevaban a una amplia terraza diáfana que se convirtió en mi rincón favorito cuando hacía buen tiempo. Allí leía, tomaba el sol, estudiaba, escuchaba música... Mientras Luis trabajaba en la clínica de su padre mi vida giraba en torno a aquel pequeño espacio donde encontraba paz y tranquilidad para desconectar de las tareas de casa. Empecé a trabajar en la universidad con una pequeña beca de colaboración y así al menos llenaba mis mañanas.

-¿Dirías que eras feliz? – me preguntó la doctora sacándome de mi trance.

-Sin dudarle un instante.”

Tras acabar la consulta con la doctora C, me marché a mi cuarto a leer. No llevaría allí más de quince minutos cuando la limpiadora “Así que” llamó a mi puerta y entró antes de que pudiera contestar dejando

el cubo y la fregona apoyados junto a la pared.

-Hola, bonita – me dijo alegremente - ¿Ponemos algo de musiquita? Hoy te he traído a Michael Jackson, que sé que te gusta.

De nuevo sin darme tiempo a contestar dejó su IPod encima de la mesilla y los primeros acordes de Billy Jean, de Michael Jackson, me pusieron la carne de gallina. ¡Qué recuerdos! El instituto, la primera pandilla, los primeros enamoramientos...

-Nena – me dijo sin pestañear – Yo te veo mucho mejor. Me habían dicho que se te había ido otra vez la olla o algo así.

No pude evitar sonreír no sólo ante la expresión sino también ante la sinceridad tan absoluta con que esta mujer decía lo que probablemente todos pensaban. Se rio también y me ofreció esconder el artilugio en algún lugar de la habitación para que yo pudiera escucharlo cuando quisiera. Al final quedamos en que lo dejaría allí mientras hacía su ronda y lo retiraría cuando se marchara. Así iría añadiendo la música que yo le pidiera.

-¿Cómo te llamas? – le pregunté.

-Bárbara. Nunca me has preguntado mi nombre.

Podía haberle dicho que ya tenía uno en mi cabeza, pero no me pareció muy educado reconocer que andaba poniendo motes a la gente en lugar de preguntarles sus nombres. Definitivamente Bárbara no era un nombre para ella. Hubiera esperado que se llamara Juana o Pepa o Lola, pero ¿Bárbara? Cuando pienso en alguien que se llama así me viene a la mente una mujer más joven, con mejor aspecto, cuidada, tal vez funcionaria o maestra (“señorita Bárbara” no me sonaba nada mal, la verdad), pero la limpiadora Bárbara...y más aún, si se abreviaba a Barby...Una cantante puede llamarse Bárbara, o una actriz, incluso una prostituta, pero una limpiadora...

Mientras ella limpiaba y ordenaba lo poco que había en la habitación yo simplemente escuchaba música mientras seguía todos y cada uno de sus movimientos, muy ágiles si tenemos en cuenta su tamaño.

De pronto salió del baño y me preguntó:

-¿Te gusta cocinar?

Pensé: “¿Me gusta cocinar?” Y recordé que sí, que no se me daba mal preparar cenas para mis amigos y mezclar ingredientes de una forma poco convencional consiguiendo resultados más que aceptables.

-Sí – me limité a responder.

-Pues he leído algo sobre un taller de cocina abajo, te puedes apuntar. Digo yo. Estarás más entretenida que aquí sola todo el día leyendo... ¡Ay si yo le hubiera sacado algo a leer!

De nuevo me provocó una sonrisa.

-No te rías... A mí no me gustaba estudiar. Saqué el graduado y de milagro. De qué si no iba yo a estar fregando suelos. Mira que mi madre me lo decía: “Bárbara estudia, que sin estudios no se va a ninguna parte”, pero es que yo no podía, yo me sentaba delante del libro y empezaba a mirar las musarañas y a pintarrajar los cuadernos hasta que me aburría y decía que había terminado.

Lo cierto es que esta mujer es una especie en sí misma. Mientras limpiaba el baño no paraba de hablar de esto y de lo otro, y yo dejaba de prestarle atención de vez en cuando porque mi cerebro era incapaz de asimilar tanta palabrería. Una de las veces que volví a conectar con ella estaba hablando de un frigorífico.

-Mi hermano, el pequeño, ese sí que sabe...Es el único de la familia que ha estudiado una carrera. Tiene la costumbre de pegar en la puerta del frigorífico las cosas que quiere conseguir. Todavía no ha fallado ni una el tío.

Me pareció curioso. Una normalmente tiene sus metas definidas y no necesita ningún recordatorio de lo que ansía, pero tiene algo de romántico e inocente eso de recordarse a uno mismo lo que quiere hacer con su vida para no perder el paso.

-Hace un par de años – seguía hablando ella – pegó en el frigorífico una foto de Nueva York y dijo que

acabaría trabajando allí cuando menos lo esperásemos. Mi madre se reía porque sabía que era muy capaz de hacerlo. Y lo hizo, ¡vaya si lo hizo! Ya lleva tres meses en una empresa dedicada a la construcción de todo tipo de puertas y ventanas de seguridad, de esas que están blindadas y tienen alarmas por todas partes. Dichoso niño... Bueno, es el niño porque es el pequeño, pero tiene ya 32 años.

A eso lo llamo yo determinación. Seguimos charlando un rato con Michael Jackson de fondo hasta que acabó de limpiar y se marchó diciendo que volvería en una hora o así a buscar el iPod. Me tumbé en la cama a disfrutar de la maravillosa música que Bárbara había preparado para mí y pensé en lo bonito que sería tener una foto de Nueva York en alguna parte. Yo no tenía frigorífico, pero podría ponerla en el espejo, e incluso en un pequeño marco. No, pensé que un marco no iba a ser factible. Nada de objetos arrojados. Pero sentí que quería esa imagen para perderme en ella cuando no quisiera pensar. Nunca había pensado en hacer nada con mi vida que supusiera abandonar estas paredes donde me encuentro tan segura, pero por alguna razón, la idea de tener un objetivo me pareció estupenda o quizás fuera porque Nueva York era para mí tan irreal como Marte o la luna. ¿Quién no ha soñado con viajar allí? ¿Quién no lo ha visto en películas y ha pensado cómo sería perderse entre aquellas calles sin sol?

Apagué la música y salí al pasillo a ver quién había en la recepción aquel día. Era la enfermera nueva, así que no tenía mucha confianza con ella como para pedirle un favor. Regresé a mi cuarto y permanecí allí hasta la tarde, en que bajé a preguntar a la recepción del sótano por el curso de cocina.

El curso en cuestión no empezaba porque no tenían suficientes alumnos, la cocinera que se iba a encargar de llevarlo a cabo, que era una de las mejores en su campo, es decir, cocinando en guarderías, colegios y hospitales, me dijo que seguramente tardarían un tiempo en reunir gente, pero que sin duda el curso se impartiría. Yo me inscribí y esperé pacientemente a que me avisaran para ocupar mi tiempo por las tardes. Es cierto que aquí el tiempo pasaba deprisa. Cuando no era hora de desayunar, era hora del ejercicio y luego de la ducha y por fin de comer... Y a las nueve de la noche ya estaban repartiendo la medicación y preparándonos para dormir. Así que realmente no tenía tiempo de hacer demasiadas cosas. Cuando le comenté a la doctora Lázaro lo del curso unos días después le pareció una idea estupenda. Pasó por mi cuarto para informarme de que estaría fuera quince días en un simposio en Argentina y de que si necesitaba algo, un médico sustituto me atendería, pero comenzaríamos de nuevo mi terapia cuando ella regresara.

Quince días con la enfermera nueva, de la que me empeñé en no conocer su nombre para no echarla de menos cuando se marchara, sin Javier y sin la doctora C pasaron tan lentamente como yo me había imaginado. A pesar de la rapidez con que los días transcurrían aquí, los minutos se convirtieron en horas y éstas en días... el tiempo se escurría lentamente hacia el siguiente minuto sin prisa, sin ganas. Saqué de la biblioteca todos los libros que pude para mantener la mente ocupada. No pensar era un gran alivio y se estaba convirtiendo en mi estrategia habitual. Se me daba muy bien fingir que todo estaba bien y que me estaba recuperando más rápido de lo que en principio todo el mundo esperaba. Además, me había prometido a mí misma dejar de llorar y tomar una actitud más activa en mi propia recuperación.

Para mi sorpresa, una mañana al salir al pasillo Javier estaba detrás del mostrador.

-Hola – le dije alegrándome sinceramente de verle.

-Hola – contestó también con cara de alegrarse de verme a mí. - ¿Qué tal va todo, Miriam?

-Creo que bien, aunque no soy la más indicada para hablar de eso. ¿Cómo llevas la paternidad? – me atreví a preguntar entrando así en un terreno en el que no había estado antes con él. Se sorprendió y su rostro pareció preocupado por un momento. Supuse que ya le habrían contado el incidente del día que me enteré que tenía un bebé. – No me mires así. Estoy bien. Me alegro mucho por ti. Dime, ¿cuántas horas has dormido estos días?

Javier se echó a reír abiertamente con esa dentadura blanca y perfectamente alineada que era uno de sus principales atractivos. Lo mejor de este chico es que no tenía ni idea de lo atractivo que era. Sus gestos, su sonrisa, sus miradas eran un despliegue de sensualidad, pero él no era consciente de ello. Ejercía

perfectamente de marido, profesional y ahora padre del montón sin serlo en absoluto.

-A decir verdad, no muchas. Me he incorporado para poder dar una cabezadita de vez en cuando aquí.

¿Me prestarías tu cuarto? –sonrió de nuevo.

-No se hable más – le dije cruzando los brazos y apoyándome en el mostrador. – Me alegro de que estés de vuelta. Empezaba a acariciar la idea de contarle mi vida a Bárbara, la limpiadora, sólo por hablar con alguien conocido.

Javier volvió a sonreír. ¡Qué guapo era! Además parecía tan buen chico... La voz de mi cabeza me susurró que su mujer debía estar loca por él, aunque ahora, entre pañales y llantos las cosas serían muy distintas a lo que habían conocido.

Ya me iba para mi habitación cuando me di la vuelta y le pregunté:

-¿Puedo pedirte un favor?

-Claro, si está en mis manos... ¿De qué se trata?

-¿Podrías imprimirme una foto de Nueva York?

Javier me miró un poco sorprendido, pero asintió:

-Claro. ¿Algo en especial, algún edificio o parque?

-No. Nueva York es la ciudad de los rascacielos, ¿no? Pues una panorámica o un skyline estarían bien.

-No te preocupes, en cuanto tenga un rato te busco algo y te lo imprimo. ¿Puedo preguntar para qué la quieres?

-Si te digo la verdad, alguien me dio una idea...Además, desde pequeña quise estudiar inglés porque quería marcharme a vivir a Nueva York. Mi madre solía reírse de mí y me decía que ojalá lo consiguiera, pero las circunstancias me dejaron aquí. ¿No es Nueva York la ciudad donde los sueños se hacen realidad, donde triunfan bailarines y actores, donde las oportunidades están a la vuelta de la esquina?

Javier me miraba atentamente a sabiendas del sarcasmo que encerraban mis palabras. Yo era una mujer adulta y preparada, fugitiva de mi propia vida. Claro que no hablaba en serio. Aunque sí lo hacía cuando le dije lo fascinante que sería ser una hormiga en ese tremendo hormiguero, pasar completamente desapercibida, lamerse las heridas con total impunidad... Dejé de hablar porque me pareció que sus ojos se volvían vidriosos y lo último que yo quería era que me tuvieran lástima.

Volví a mi habitación y me puse a leer. En días de visita no se hacía nada en ese lugar. Los familiares de los internos venían a verles, les traían regalos y fotos, y pasaban el rato en el mirador que daba al mar. Nadie me preguntó nunca por qué no recibía visitas pero lo cierto es que yo no recibí nunca ninguna. Supongo que los pocos amigos que me quedaban no se atrevían a enfrentarse a mi mirada, o simplemente no sabían qué decir Aunque lo que realmente pienso hoy, desde la distancia, es que no tenía amigos de verdad porque tan sólo con que uno de ellos hubiera sujetado la fina telaraña de seda que sujetaba mi razón, me habría aferrado a él como un náufrago a una balsa, habría cogido impulso, respirado hondo y vuelto a la realidad. Pero nadie vino a rescatarme, al igual que nadie había venido antes a intentar averiguar por qué me estaba convirtiendo en una sombra de mí misma. Lo cierto es que yo prefería no ver a nadie que me recordara por qué estaba aquí. La culpa es solo mía, los demás sólo hicieron lo que hice yo: ser testigos mudos de mi vida. Y si alguien se alejó de los demás y se aseguró de que nadie volviera a aparecer más en mi vida, esa fui yo.

Después de comer alguien llamó a mi puerta. Era Javier con un pequeño rollo de papel en la mano.

-Hola. Te traigo la foto que me pediste.

-¡Gracias! ¡Qué eficaz!

-No creas – me dijo – He tenido un pequeño problema con la impresora. Ese maldito cacharro hace lo que le da la gana.

Abrió el papel y me enseñó una foto preciosa tamaño cuartilla de unos edificios de Nueva York impresa en papel fotográfico.

-¿Por qué morada? – le pregunté.

-Ese es el problema. Sólo me deja imprimirla así. Quería sacarla en blanco y negro o en sepia, pero no hay manera.

-¡Es preciosa! ¿Puedo colocarla en algún sitio?

-Supongo que sí. Pero como mucho te puedo traer algún trozo de plastilina adhesiva, no creo que te dejen usar chinchetas.

-No lo necesitaré. Voy a ponerla en el espejo, sujeta con el marco. – Cogí la foto y la coloqué donde le había dicho - ¿Ves? Así podré verla siempre.

Entonces fui consciente de que mi pelo había crecido sin darme apenas cuenta. ¿Cuánto tiempo hacía que había salido del aislamiento? ¿Un par de meses quizás? No se me daba bien contar los días, ni siquiera cuando podía disponer de un calendario y cuando por fin veía separarse el día de la noche. Me cogí uno de los rizos que me caían por la frente y ni me di cuenta de que Javier estaba aún allí y me miraba:

-Tienes un pelo precioso, Miriam. Aunque te lo habrán dicho muchas veces.

-¿Bromeas? Soy pelirroja natural, me han llamado de todo: “salmonete”, “calabaza” o “zanahoria” han sido los moteos menos ofensivos. De pequeña tenía muchas pecas, los dientes separados y gafas... la guinda del pastel era mi pelo rojo.

-Pues a mí me encanta. Eres hermosa, muy hermosa... - y era lo más sincero que nadie me había dicho desde que puedo recordar, a parte de mi padre, que siempre decía que los niños me ponían moteos porque tenían envidia de mi pelo.

Si hubiera tenido un hermano me hubiera gustado que fuera alguien como Javier.

-Me alegro de haberte ayudado. Si necesitas algo ya sabes dónde estoy.

Javier volvió a sonreír y salió de la habitación. Yo miré la foto durante un buen rato. ¿Quién pudiera irse a esa ciudad? Sería tan maravilloso convertirse en otra persona, pasar totalmente desapercibida en medio de esos edificios soberbios que parecen mirarte compadeciéndose de tu insignificancia. Cuanto más miraba la foto más bonito me parecía el color. Incluso más bonito que si hubiera sido cualquiera de los otros que Javier había mencionado. Nueva York, aquí estás.

El lunes siguiente por fin volvió la doctora Lázaro de su viaje a Argentina y volví a tener consulta con ella. Tenía muchas ganas de decirle que por fin esta tarde empezaría el curso de cocina. Como venía siendo habitual después del gimnasio y la ducha me dirigí a su consulta donde ella me esperaba con cara de satisfacción.

-Tumbate Miriam.

-La he echado de menos.

-Gracias. Yo a ti también. Me han dicho que has estado entretenida leyendo mucho. ¿Algo en especial?

-Novela negra. Me encanta.

-Eso es interesante. ¿Te gusta la novela negra?

-Nadie escribe mejor que Ruth Rendell, señora mía.

La doctora se echó a reír. Ahora que lo pienso hasta esa época nunca nadie había sonreído delante de mí, como si tuvieran la obligación de guardar una especie de luto en mi presencia. Supongo que se trataba de mí y de mis circunstancias. Yo tampoco me habría reído de estar ante alguien que hubiera pasado por lo que había pasado yo.

-La última vez que hablamos me contabas que tu matrimonio era absolutamente feliz. ¿Te acuerdas?

-Sí. Y creo que así era.

-¿Puedes recordar el momento en que eso dejó de ser así?

“Perfectamente. Las cosas no cambiaron en un día, ni en un mes...No hubo un día en el que todo empezara a ser distinto, pero recuerdo nuestra primera discusión que se le fue de las manos. Estábamos en casa de unos amigos, charlando y tomando unas copas, contando anécdotas, ya sabe, ese tipo de cosas que uno hace cuando se reúne en casa de algún amigo el fin de semana. Debo añadir que eran mis amigos, no los suyos. Él no tenía muchos y además, no vivían en la ciudad, mientras que

los míos sí. El caso es que empezamos a bromear sobre los lugares más raros en los que habíamos tenido relaciones. Uno decía que en el campo, otro que en los servicios de un pub, alguna dijo que en una piscina, nada del otro mundo. No era una conversación concreta, era más bien para reírnos un rato de nosotros mismos. Entonces yo dije bromeando que el lugar más extraño en que había tenido relaciones, a mi pesar, había sido la cama. Todos se rieron y me llamaron mojigata, para variar. Nunca he tenido aspecto de ser demasiado lanzada en estos temas, y la verdad es que no lo era. La cara de Luis se transformó. Nadie más lo notó pues no había dejado de sonreír, pero yo sí advertí la tensión en sus mandíbulas y el rechinar de sus dientes. Sin embargo, como seguimos hablando y riendo no le di más importancia. Cuando al cabo de un rato me di cuenta de que estaba como ausente, le dije que nos marcháramos y así lo hicimos. No sabía qué le sucedía, y cuando llegamos al coche, mientras me abrochaba el cinturón, le pregunté. Ya no sonreía en absoluto, al contrario, estaba más rígido si cabe que mientras estábamos en casa de aquel amigo.

-¿Tienes que preguntarlo? – me dijo muy enfadado.

-Pues sí, no sé qué te ocurre...

-¿Te parece normal ir por ahí dando detalles de tu vida íntima?

Yo me quedé un poco sorprendida. Sólo había sido un comentario inocente, ni siquiera era cierto y precisamente él lo sabía mejor que nadie. Arrancó el coche y siguió sin hablar.

-Creo que te lo estás tomando a la tremenda. Sólo estábamos bromeando, ya les conoces.

-Hay cosas con las que no se bromea, ¿te enteras? – me dijo furioso sin siquiera mirarme.

-Pero Luis...

-¡Ni Luis ni hostias! – me gritó haciendo que se me encogiera el estómago – ¡Eso son cosas de putas. Si quieres mañana llamas al periódico y lo publicas! ¡Gilipollas!

Yo no daba crédito a lo que estaba sucediendo. Sobre todo a que por una broma entre amigos estuviera en ese estado, sudando, temblando... y a que por primera vez en nuestra relación me hubiera insultado. Nunca antes me había hablado así. Entonces recordé las veces que sus insultos eran para algún camarero, o para alguien a quien se le había calado el coche en un semáforo, o para alguno de sus propios jefes en el hospital... Fue como si ante mí se abriera una ventana por donde pude ver que yo ya no era diferente para él al resto del mundo. Hasta entonces estaba convencida de que el centro de su ira, que para mí no era más que cabezonería y quizás algo de malcriadez, eran los demás. Pero en aquel momento yo ya pasé a formar parte de ese grupo. Llegamos a casa y siguió sin hablarme. No volvió a insultarme, pero durmió en el sofá. Recuerdo que me sentí tan impotente que me eché a llorar, con la secreta esperanza de que me escuchara y viniera a pedirme disculpas. Pero no fue así. Si me oyó, nunca lo supe y en cuanto a lo de las disculpas, eso tampoco sucedió jamás. Al día siguiente se levantó como si nada hubiera pasado y se fue al trabajo. Volvió y estuvimos hablando como si nada, aunque yo estaba un poco seria y dolida. No quise reavivar el fuego y, viendo que él parecía no acordarse de lo sucedido, o al menos parecía decidido a no volver a hablar de ello, le seguí la corriente. Ese fue mi primer error. Nadie, ningún hombre o mujer debe dejar que otro le insulte o le menosprecie porque es como darle una tarjeta de “todo incluido” a un turista en un hotel: lo probará todo, incluso lo que antes no le gustaba, sólo por el hecho de que puede hacerlo. A partir de ahí cada vez que nos reuníamos con mis amigos se mostraba aislado, incluso había ocasiones en las que se negaba a venir. Nunca me pidió que yo no fuera, pero con el tiempo dejé de acudir también. Todos me preguntaban por él y yo no sabía qué decirles, así que lo mejor fue no ir. Las cosas ya nunca fueron igual entre nosotros. Yo le había perdonado aunque él no me lo hubiera pedido, pero siempre estaba enfadado y por primera vez y, después de haber sido el blanco de su furia en más de una ocasión, empecé a pensar que tenía un problema de conducta. Era algo que no me había planteado nunca, pero estaba claro que no se puede estar enfadado con todos y todo y que uno no puede ser el que tiene siempre razón porque las cosas no son así.

Yo ya formaba parte del resto del mundo, así que poco a poco dejé de hacer cosas con él porque me resultaba incómodo. Por ejemplo, no me gustaba llevarle a ninguna parte en el coche porque se pasaba el rato dándome instrucciones y criticando lo mal que conducía, no invitaba a mis amigos a casa por si se ponía hecho un basilisco por algún comentario o algún gesto. Había desarrollado una especie de manía persecutoria por lo que creía que era el blanco de todas las miradas y todas las críticas. En más de una ocasión hablé con él y me atreví a preguntarle desde si estaba con otra hasta si consumía algún tipo de droga porque le estoy hablando de una serie de cambios que empezaron a suceder en meses, o quizás fuera algo que siempre estuvo ahí y yo no había visto, puede que incluso se le hubiera pasado la fase de enamoramiento en que la persona con la que vives resulta que no es tan especial como tú creías, pero eso les pasa a todas las parejas y no cambian completamente en tan poco tiempo. Mis únicos entretenimientos eran mi trabajo en la facultad y él. Pero cada vez pasábamos más tiempo sin hablar, mirando la televisión. No hacíamos cosas juntos y yo evitaba cualquier tipo de comentario que pudiera molestarle. Segundo error grave. Ante todo uno es persona y tiene derecho a ser como es. Después de todo era él quien había cambiado, no yo, no es como si yo hubiera aparentado ser alguien que no era, eso había sido cosa suya.

Me convertí en una experta en sus gestos hasta tal punto que llegué a conocerle más que él mismo. Había calibrado hasta dónde podía preguntar, sugerir o pedir, antes de que empezara a gritar o de que me llamara estúpida o algo parecido. Si la situación llegaba a ese límite era porque no había aprendido lo bastante sobre él, era por mi culpa, cuando en realidad, nadie es responsable del comportamiento de los demás. Pero en aquel momento yo me encontraba como si me estuviera despertando de un maravilloso sueño.

De las pocas personas con quien tenía relación en el trabajo, el número quedó reducido a cero. Todos eran imbéciles, todos habían llegado a donde estaban por suerte o por enchufe, ninguno servía para nada. Él tenía que hacerlo todo en el hospital, y también en la clínica de su padre. Cuando se ponía así yo procuraba mirar la tele e intentar tranquilizarle con algún comentario amable, pero tenía que tener mucho cuidado para que no pensara que le estaba ignorando o que le estaba dando la razón al resto del mundo por encima de él. Si se enfadaba, golpeaba la mesa, o la puerta. En una ocasión descolgó uno de los marcos de la puerta de un golpe.

Se acabaron nuestros viajes, nuestras visitas a la playa, y como mucho, íbamos de vez en cuando a casa de sus padres a comer. Pero también tuvo alguna que otra salida de tono provocando más de una situación incómoda, así que yo alargaba las visitas todo lo que podía para evitar que algún día las cosas fueran a peor. Me sentía tan mal bajo la mirada de su madre, como si aquel cambio hubiera sido cosa mía, como si yo fuera la culpable de que su hijo ya no fuera el que fue. ¿Dónde estaba la mujer que me había ofrecido su hombro para cuando lo necesitara?

Yo ya empezaba a pensar que sería mejor plantearse separarnos que seguir así, después de todo en poco más de un año nos habíamos convertido en dos extraños a base de ignorarnos.

En esas estaba cuando descubrí que estaba embarazada. Y en lugar de sentirme feliz, lo primero que pensé fue en cómo iba a reaccionar él y en cómo me iba a marchar ahora, con un bebé en camino. No lo habíamos buscado, pero tampoco lo habíamos evitado, supongo que como cualquier pareja de nuestra edad. Después de tres años juntos era lo más normal del mundo, sólo que “normal” era lo más alejado de la realidad que se podía decir para calificar lo nuestro. Aquel embarazo fue un verdadero milagro que debió suceder en alguna de esas ocasiones en que se dejaba seducir por mí. Yo recordaba de las novelas que había leído cómo las protagonistas, sobre todo las malas, usaban el sexo para doblegar a los hombres, y por un tiempo lo utilicé como recompensa, si estábamos más o menos tranquilos unos días, sin gritos, sin golpes en la mesa, cuando tenía oportunidad hacíamos el amor ¿por qué mentir? Yo sólo quería tener una relación de pareja normal, como la de la gente que veía paseando de lamano por la calle. Pero nada cambió. Su problema era serio, estoy segura de que

padecía algún tipo de trastorno de la personalidad. Pero él era demasiado soberbio como para reconocer algo así y yo demasiado débil como para plantearlo en serio.

Durante un tiempo todo fue así, un sinsentido, vivir con un extraño, como compartir piso con alguien que no te cae demasiado bien. Un día, al volver ambos del trabajo, mientras estábamos en la cocina preparando algo para picar, me atreví por fin a decirle que estaba embarazada. Tenía tanto miedo... creía que sería capaz de pensar incluso que el bebé no era suyo pues a veces estaba totalmente desquiciado. Por suerte esta vez me equivoqué. No saltó de alegría ni me cogió en sus brazos ni me besó la tripa como hacen los maridos de las películas, pero pareció alegrarse en serio. Me abrazó, me besó la frente y me dijo que este bebé sería un nuevo comienzo para nosotros, que cambiaría por los dos. Por primera vez le escuché reconocer que sabía que algo no iba bien en su interior. Y le creí. ¿Cómo no iba a creerle si esto era lo más cerca que había estado de mí en un año, excepto en los momentos íntimos que le he comentado?

El embarazo fue bastante tranquilo. Me di cuenta de que él sinceramente quería ser padre, de lo contrario no se habría esforzado tanto por parecer normal. Las visitas al ginecólogo se hicieron todas en el hospital, a cargo de un compañero suyo que se prestó encantado, supongo que para tener algo por lo que mi marido tuviera que estarle agradecido. Todo fue muy bien. Mi tripa crecía dentro de la normalidad más absoluta y al cabo de cuatro meses nos dijo que esperábamos una niña. Le gustó la idea más de lo que yo hubiera esperado. ¿Y si definitivamente era cierto que lo nuestro iba a volver a funcionar? ¿Y si este último año había sido producto del estrés, o simplemente era una etapa por la que pasaban todas las parejas? Yo no tenía con quién hablar, ni a quién preguntar. Eché tanto de menos a mi madre en algunos momentos. A veces me miraba al espejo y trataba de imaginar qué me diría ella, pero dejé de hacerlo porque siempre me decía cosas que no me gustaban. Al final al único que tenía a mi lado era a él. ¿Irónico, verdad?

Preparamos una habitación preciosa para el bebé...y para mí. La que un día sería la cama de mi niña, primero me acogería a mí porque yo estaría de baja maternal y él tenía que trabajar y hacer sus turnos y sus guardias y no quería que la niña le molestara. La verdad es que después de las cosas tan extrañas que le había visto hacer, tampoco me pareció pedir demasiado. Hasta me pareció que tenía bastante razón. Claro que en aquel momento aún no me había enfrentado a un posparto, a una lactancia y a dormir cuando la niña me dejara un momento libre.

Di a luz en el hospital donde él trabajaba asistida por sus compañeros y ante la mirada orgullosa de Luis, que por fin parecía tener algo realmente suyo. ¿Tiene hijos, doctora? No importa, sé que no debo hacer preguntas personales. Si los tiene sabrá la sensación de expulsar de tu cuerpo a ese pedacito de tu carne y de tu sangre que lleva horas abriéndose paso por tu interior. Has notado sus esfuerzos por salir, has sentido tu propia sangre derramarse de tus entrañas como preludio de ese momento. Sientes salir la cabeza, luego los hombros y finalmente el resto y pasas de gritar de dolor a llorar de felicidad, a reír, es como una locura momentánea. Cuando le tienes en tus brazos por fin y le miras, y el bebé intenta mirarte sin fuerzas si quiera para abrir los ojos...es el momento más primario, el que te conecta con tus ancestros, el que te recuerda lo que eres, nada más y nada menos que un animal. Un animal que en ese momento acaba de descubrir que mataría o se dejaría matar para defender a ese pequeño puñado de carne, piel y hueso al que acabas de conocer, pero que es lo único tuyo que realmente tienes. No hay nada como ser madre.

Mi niña era preciosa y bastante tranquila, principalmente porque yo no me separaba de ella ni un momento. Se me antojó que tenía frío, y eso que era primavera y el hospital estaba bien acondicionado. Supongo que la criatura tiritaba porque por primera vez estaba sola, en una cuna aparte de donde estaba yo. Así que como todo había ido bien, Luis se marchó a casa y yo...yo cogí a mi pequeña y la metí en mi cama para que estuviera calentita y no se sintiera sola. Tenía hambre y se engancho a mi pecho como si lo hubiera hecho siempre, aunque la leche tardó en acudir más de lo que

yo esperaba. Yo tenía razón, mi pequeña no quería estar sola. Y ahora no sé dónde está.”

Desperté en mi habitación. Por un momento creí que seguía en la consulta de la doctora Lázaro, pero era la enfermera rubia la que me atendía. Se llamaba Marina. Me lo había dicho hacía tiempo. Miraba el suero que entraba en mis venas cuando abrí los ojos. Me mojé los labios. Bajo mi lengua húmeda la sensación que tuve fue la de estar chupando una piedra, así de secos estaban. Tenía el contorno del labio superior hinchado y toda la mandíbula ardiendo, luego descubrí que era un herpes producto del ataque que sufrí. A penas si podía pasarme la lengua por toda la zona sin sentir un pinchazo y un dolor horribles. Casi no podía hablar.

-Tranquila, cariño. Me alegro de que estés de nuevo con nosotros.

-A...agua, ¿Puedo...?

-Enseguida te traigo un vaso. No te esfuerces demasiado, y no intentes levantarte, la medicación que te pusieron es muy fuerte y puedes caerte redonda.

Iba hablando a medida que salía de la habitación y yo sólo escuchaba el eco lejano de su voz. Volví a abrir los ojos pero Marina no estaba allí. Estaba Javier, con un vaso de agua y una pajita.

-¿Tienes sed?

Asentí porque no podía mover los labios de lo hinchada que tenía la cara. Javier incorporó la cama hasta que estuve sentada y luego me pasó la mano por detrás del cuello para ayudarme a beber de la pajita.

-Eso es...despacio, Miriam, puedes atragantarte.

Me volví a reclinar sobre la cama completamente aturdida.

-¿Tú...? ¿Marina...dónde está Marina?

-Marina acabó su turno ayer por la mañana. Sí...has dormido todo este tiempo.

-¿Cuánto tiempo llevo... así?

-Tres días. ¿Recuerdas lo que pasó?

No lo recordaba y le pedí al enfermero que por favor no me lo dijera. Fuera lo que fuera lo que había pasado había sido lo bastante fuerte como para que volvieran a sedarme. Ya sabía cómo funcionaba esto. ¿Por qué simplemente no me dejaban en paz? ¿Por qué no dejaban de revolver en mi mente? Nada desharía lo que estaba hecho, nada cambiaría, y era tan fácil ignorar... era tan doloroso, tan brutal, tener que recordar...

La doctora Lázaro, a pesar de todo seguía diciendo que cada vez estaba mejor, y que no dudaba en que conseguiría recuperarme totalmente, aunque llevaría mucho tiempo.

Agosto es un mes horrible para pasarlo en un lugar así. Al calor y la humedad de esta ciudad costera se unían la soledad por los pasillos y la ausencia de los rostros conocidos, sustituidos ahora por personal que no sólo me era extraño, si no que no tenía ningún interés en conocer, pues probablemente jamás volvería a verles.

En cuanto a los internos, en mi planta casi no había habido nadie en todo el verano. Una mujer mayor a la que nunca vi pero que gritaba por las noches pidiendo que viniera su madre, un chico joven esquizofrénico que a veces se iba con su familia y que simplemente miraba por la ventana con la vista perdida la mayor parte del tiempo, al que nunca había escuchado emitir ningún sonido, y un hombre algo mayor que se pasaba el día leyendo periódicos y revistas viejas y con quien tampoco había hablado. Definitivamente era un lugar para dejar a quienes no entendemos y a quienes no podemos controlar, un agujero negro donde, junto con la razón, se perdía cualquier atisbo de dignidad. Sin embargo, yo no podía imaginarme en ningún otro lugar. Miré al frente y vi la foto en el marco de mi espejo...bueno, sí...podía imaginarme en Nueva York. La doctora C desapareció un mes, al igual que Javier, Marina e incluso Bárbara. Se fueron turnando y fueron marchándose de vacaciones uno a uno. Incluso tuvimos una sustituta en el gimnasio. En un mundo paralelo a éste, todas las personas que pululaban por estos pasillos tenían familias, madres, padres, esposas, esposos e hijos, gente que dividía su mundo en dos, el trabajo y el hogar. Me imaginé que irían a la playa, o incluso puede que algunos prefiriesen algún lugar frío donde

veranear, después de todo, esta ciudad ya es como unas eternas vacaciones de verano casi todo el año. Si yo hubiera podido marcharme a algún lugar seguramente hubiera buscado algún rincón fresco de este país, el aire fresco despeja la mente.

El tan esperado curso de cocina no se organizó. No había muchos internos, como la doctora Lázaro nos llamaba, nada de pacientes o enfermos, ella decía que había que pensar en este lugar como en un taller de reparaciones del que un día saldríamos para enfrentarnos con el mundo de nuevo, aunque lo cierto es que en algunos casos dudo mucho que eso fuera a suceder. A parte del aula de autismo, las sesiones de terapia de grupo de externos y los de siempre, ninguna novedad. Igual el mundo por fin se estaba volviendo cuerdo. La cocinera, además, nos dijo que hacía demasiado calor y como las cocinas estaban en la planta sótano iba a ser casi imposible no marearse en esta época. Así que lo dejaron para el otoño. Después de las vacaciones siempre había alguien más. Yo pasé el mes leyendo en el mirador que daba al mar y hablando secretamente con él. Por las tardes se perdía la línea que separaba el mar del cielo y el atardecer era un espectáculo de azules oscuros y violetas hasta llegar al negro. Entonces volvía a mi cuarto y me disponía a aletargarme hasta el día siguiente.

En realidad el lugar era más pequeño de lo que en principio me pareció. Había una planta debajo del mirador que era a la que todos se referían como “el sótano”, donde estaban las cocinas, el gimnasio y alguna consulta. La planta del mirador era la primera, donde estaban las habitaciones de los internos que pasaríamos más tiempo allí, y otra encima a donde nunca llegué a subir, que se suponía que era para enfermos que pasaban una crisis y que una vez se recuperaban seguían tratamiento ambulatorio. De vez en cuando tenían alguna recaída y volvían unos días, hasta que de nuevo todo estaba bajo control. Había varias consultas y algunas salas de uso múltiple para charlas y terapias de grupo. La última planta, donde yo había pasado los primeros meses cuando llegué aquí, tenía pocas habitaciones y casi nunca se usaba, sólo en las raras ocasiones en que, como en mi caso, el interno era agresivo y había que mantenerle aislado e inmovilizado por su bien y/o por el de los demás. La construcción estaba en alto, en una loma desde la que se veía perfectamente el pueblo a los pies y el mar al fondo.

Este lugar es una metáfora de la vida: se sabe cuándo se entra, pero no se sabe cuándo se saldrá.

El otoño llegó y trajo consigo un poco de paz. Paz porque por fin todo estaba cerrado y corría una brisa fresca que permitía dormir plácidamente, al menos a quienes pudieran conciliar el sueño. Paz porque los días ya no eran tan largos y casi te daban ganas de meterte en la cama a las ocho de la tarde, harta ya de oscuridad. Paz porque todos habían vuelto a su sitio y por fin a mi alrededor estaban los que habían estado siempre desde que abrí los ojos aquí por primera vez.

Finalmente, Encarna, que así se llamaba la cocinera jefe del hospital, decidió que lo del curso de cocina iba a ser imposible. No había internos que se encontraran en situación de llevarlo a cabo. “Pero si quieres, te dejo ser mi pinche hasta que aprendas todo lo que yo sé”. ¡Qué ilusión me hizo oír aquello! Por fin tendría algo diferente que hacer. Pondría en práctica lo que sabía y seguro que aprendería mucho más. Así que allí estaba yo por la mañana temprano un día cualquiera de Octubre esperando a la cocinera para empezar a trabajar. Cambié mi hora de ejercicio, que era obligatoria, a la tarde, a las seis, aunque la doctora Lázaro me pidió que siguiera yendo a terapia por las mañanas.

Cuando Encarna llegó a la cocina, después de saludarme y ponerse un delantal blanco, me tendió otro a mí y me dijo que ningún cocinero lo es si no lleva puesto el delantal. Primera lección del día. En realidad, la primera lección fue ver cómo esta mujer de cincuenta y tantos, después de poner a hervir dos ollas grandes, una con caldo y otra con leche, se entregaba a la delicada tarea de preparar el café para los trabajadores del hospital. Aquel primer día, cuando desenroscó la enorme cafetera italiana que tenía entre los cacharros de la cocina, llenó el depósito de café y lo espolvoreó con canela que ella misma acababa de moler. Cuando el olor se extendió por el pasillo, por encima del olor del caldo y la leche que también estaban al fuego, la cocina se convirtió en un ir y venir de gente con sus tazas y sus vasos para degustar el delicioso brebaje de Encarna. Por desgracia los internos no podíamos tomar ninguna bebida

excitante, así que yo me conformaba con el olor. Algunos días le rallaba un poco de nuez moscada, a veces anís estrellado, otras veces vainilla o chocolate. Todos adoraban el café de Encarna.

Además de preparar el menú de los internos, que dicho sea de paso, era bastante simple, Encarna preparaba el menú de la cafetería donde solían comer todos los que trabajaban en la residencia. Por un módico precio podían elegir entre tres primeros y tres segundos, dos postres y además bebida, pan y café. Casi todos comían o cenaban allí.

Empezamos preparando platos básicos de la cocina española, como la tortilla de patatas, la paella, varios tipos de arroz con verduras y carne o pescado, estofados y pucheros de la abuela a base de garbanzos, lentejas y verduras o carne, sopas de picadillo, castellana, de cebolla o de ajo, migas de la sierra, cocido madrileño o montañés, callos con garbanzos, carnes y pescados en salsa o en verbena, gazpachos, ajoblanco y picadillos de frutas, ensaladillas de todo tipo con varias salsas preparadas por ella misma, albóndigas, croquetas, carne y pescado empanado, adobos de carne y pescado, hasta pasteles, bizcochos y magdalenas para el postre o la merienda, arroz con leche, natillas caseras o mousse de chocolate, crema catalana y filloas, y un largo etcétera que nos mantuvo ocupadas con la cocina española un par de semanas o más. Luego fuimos improvisando especialidades de distintos países, empezando por comida italiana: pastas, sopas y cremas, lasagna de verdura y de carne, canelones de carne, albóndigas, mascarpone, tiramisú. No faltaron otros platos de otros países como pasteles de carne, bistecs empanados, goulash húngaro, chile con carne, burritos mexicanos, cus-cus con carne y verduras, tallín al estilo del desierto de Marruecos, dátiles rellenos, jeringos y pañuelos. ¡Llegamos a preparar hasta comida japonesa!

El personal del hospital me felicitaba por los pasillos y agradecían que me hubiera dado por aprender a cocinar para que Encarna resucitara todos los platos que estaba preparando en las últimas semanas. A mí, lo más importante que me aportó ir a clases de cocina fueron dos cosas: una rutina diaria que me permitía concentrarme en algo que no fuera el motivo por el que estaba en ese lugar y una tremenda paz interior que provenía de tener que cortar, rallar, licuar, triturar o cualquiera que fuera el proceso por el que transformaba los alimentos de una cosa en otra que hacía que tuviera que estar pendiente de todo lo que hacía con las manos. Bendita rutina, bendita paz. Si puedo decir que alguna vez tuve algún atisbo de felicidad mientras estuve en aquel hospital, fueron los días que compartía con Encarna, preparando los ingredientes, elaborando las listas que les entregábamos a los proveedores, y sobre todo cocinando. ¿Quién lo hubiera dicho de mí? Yo solía comer cualquier cosa que me encontraba en la nevera o en los armarios y que no estaba caducada. A veces compraba bocadillos preparados o pizzas, cualquier cosa que no fuera muy complicada y que llenara el estómago rápido para poder seguir con lo que estuviera haciendo. Había aprendido que cocinar no es mezclar ingredientes, que eso lo puede hacer cualquiera. Cocinar, para Encarna era como una especie de brujería ancestral para la que todo el mundo no está preparado. Además, cortar, lavar, pelar...se habían convertido en mi quehacer cotidiano y me permitían no tener mucho tiempo libre para pensar.

Después de todo el verano sin terapia con la doctora Lázaro y sin tener que haber acudido a ninguno de los doctores sustitutos al no haber presentado ninguna crisis, llegó el temido momento de volver a empezar a remover mi memoria. Ella ya me lo había advertido, saldría de allí cuando decidiera que era el momento, ni una hora antes ni una hora después.

Una vez en el diván, con la doctora equipada con una grabadora, empezamos a charlar como habíamos hecho siempre. La única diferencia era que yo cada vez estaba más asustada porque sabía las consecuencias que estas charlas tendrían para mí. Hasta aquel momento no había habido consulta sin crisis, y no creía que eso fuera a cambiar.

“Recuerdo perfectamente la primera bofetada. ¿Cómo no iba a acordarme si nadie antes me había pegado en toda mi vida? Yo estaba en el salón, recogiendo un poco, pues aunque podíamos permitirnos alguien que nos echara una mano con las tareas del hogar él nunca había querido contratar a nadie

con la excusa de no querer extraños en casa. La niña, que por entonces ya se sentaba y se mantenía erguida, estaba jugando en un corralito que habíamos colocado para ella junto a la mesa del comedor. Habíamos discutido pero eso no era una novedad, discutíamos casi siempre que nos veíamos. Yo daba gracias cada vez que tenía guardias o urgencias porque así no tendría que verle durante un tiempo extra. Por primera vez en nuestra relación se me ocurrió plantear en voz alta la posibilidad de una separación. Primero me miró como si estuviera diciendo la tontería más grande del mundo, pero después se fue acercando a mí, y reconozco que por primera vez tuve miedo. Miedo real, no a que diera un golpe a la puerta y la rompiera, como ya había sucedido en varias ocasiones, si no a que esta vez el blanco fuera yo.

-¿Quieres separarte? ¿Y a dónde coño vas a ir? No tienes donde caerte muerta. Bueno, sí, ese piso en el que vivías. Por eso lo has conservado todo este tiempo, siempre has pensado en dejarme – me gritaba.

-Por favor, Luis, somos dos personas civilizadas, podemos hablar de esto...

-Yo no tengo que hablar contigo de nada. Tú no eres nadie.

-Soy la madre de tu hija, para empezar.- le contesté. No quería retroceder porque quería demostrarle que no le tenía ningún miedo, que me daba igual las puertas que rompiera porque ya estaba cansada de gritos, portazos y puñetazos a los muebles.

-¡Nadie! ¿Me oyes? ¡No eres nadie!

Y me dio una bofetada. Así, tal cual, como si lo hubiera hecho durante toda su vida. Por un momento no supe qué hacer ni qué decir. En décimas de segundo pensé que si seguía gritando volvería a pegarme o podría maltratar al bebé. La niña empezó a llorar probablemente asustada ante tanto barullo y él se quedó totalmente inmóvil. Yo no quería llorar, no porque no me hubiera dolido físicamente, la cara me ardía y notaba cómo se iba hinchando por momentos. Por no hablar de la decepción que suponía que él, la única persona que tenía en el mundo aparte de mi hija, me hubiera pegado. Lo que quería era demostrarle que no me importaba y que no iba a poder conmigo, mucho menos por la fuerza. Sin decir una palabra, con la mano en la mejilla, me fui hacia donde estaba la niña y la saqué del corralito para calmarla. Luis, creo que tan sorprendido como yo, salió dando un portazo. Recuerdo que lo primero que hice fue ponerme una crema que tenía para ponérsela a la pequeña en caso de que se cayera o se diera un golpe porque no podía imaginar cómo explicaría lo que me había pasado si alguien lo notaba. Luego me quedé sentada, llorando por fin, con la niña abrazada. Entonces decidí que esto no podía continuar. Ya había sufrido bastante con sus gritos y sus insultos, con su indiferencia y sus miradas de “no vales nada”. Esto había sido lo último que yo hubiera esperado de él. Cogí a la niña y la coloqué tal y como estaba en su carrito, nerviosa, temblando...recuerdo que tiritaba como si tuviera frío, pero no era frío, era haber descubierto que alguien que dice no querer estar sin ti es capaz de hacerte algo así. Salí al ascensor y subí con el carrito. La niña estaba por fin tranquila. Le había dado el pecho mientras la abrazaba intentando decidir qué camino tomar y ahora estaba relajada y feliz porque si había algo que le gustaba era pasear. Por fin había tomado una decisión que debí haber tomado cuando mi cabeza me decía que Luis ya no era la misma persona de la que me había enamorado. Buscaría un abogado y lo solucionaría, luego me iría a mi piso y no volvería a verle más.

Cuando el ascensor se abrió pensé que por fin podía respirar tranquila y hasta suspiré...hasta el momento en que él apareció en la puerta. El corazón casi se me paró y la respiración se me cortó. Entró en el ascensor y pulsó de nuevo el número de nuestra planta. No dijo absolutamente nada durante el trayecto, ni siquiera me miró. Yo, por mi parte, estaba tan asustada por la niña que no sabía qué hacer. Probablemente debí haber salido de allí gritando como una loca y pidiendo auxilio. No lo sé. No sé si las cosas habrían sido distintas. El caso es que entramos de nuevo en el piso y yo coloqué el carrito con la niña que ahora estaba dormida, junto a la ventana, al fondo del salón. Él se

acercó a mí y yo instintivamente me iba retirando del bebé para que no captara su atención, porque presentía que algo terrible iba a suceder. Primero intenté hablarle, pero parecía en trance, así que simplemente no dije nada más. Cuando por fin estuvimos frente a frente, me dijo:

-¿A dónde ibas, hija de la gran puta? – Y me dio otra bofetada sujetándome las manos con la suya.

-Luis, por favor... - quise suplicarle, pero no me dio tiempo antes de recibir una tercera. Me lanzó contra el centro del salón con tan mala suerte que perdí el equilibrio y para intentar no caerme al suelo me cogí a la librería...la maldita librería que nunca habíamos atornillado a la pared porque a nadie se le iba a ocurrir agarrarse a ella, no al menos hasta que la pequeña anduviera. Me caí de espaldas justo sobre la mesa del salón, una pequeña cuadrada de cristal con las patas de bronce, que hice añicos con mi espalda y la librería me cayó encima. Juro por mi vida que si no hubiera tenido tanto miedo en aquel momento me hubiera reído de la ironía. Quizás aquella caída tan aparatosa, quizás el llanto de mi hija que se había despertado y debía estar terriblemente asustada, me salvaron la vida. Sí, porque milagrosamente alguien, un vecino, llamó a la puerta para ver si todo iba bien, y Luis, como transformándose de repente en un marido ejemplar, levantó la estantería y me tendió en el sofá para luego ir a abrir la puerta. El hombre, ya mayor, de unos setenta años, se acercó a mí y me dijo:

-¡Ángel del cielo, criatura, qué te ha pasado! – y yo no podía dejar de llorar, entre otras cosas porque estaba rota por el dolor que sentía en aquel momento. Luis, mientras el señor se acercaba al carrito a poner el chupete a la niña, llamó al hospital para pedir una ambulancia. No podía moverme. Tenía la cintura completamente rígida, y me costaba mucho respirar. También me di cuenta de que me dolía terriblemente un brazo y de que debía de estar sangrando por algún sitio, porque estaba manchando el sofá. Al menos la niña estaba tranquila. Luis llamó también a sus padres para que vinieran a quedarse con ella y les dijo que yo había tenido un accidente. Yo no quería separarme de mi hija, pero tampoco podía moverme, así que me limité a quedarme allí tendida, con un dolor insostenible y pensando que de ahora en adelante debía ser más lista si quería que esto no se repitiera.

Una vez en el hospital, Raúl, uno de los médicos del equipo de mi marido, me atendió. Luis estaba aturdido, afectado, no sé si de veras o si estaba fingiendo, la verdad, después de todo lo que me había pasado en apenas unas horas no estaba demasiado lúcida. Estaba confundida. Después de ponerme unos calmantes y hacerme una radiografía el resultado fue un brazo roto, afortunadamente el izquierdo y un par de costillas rotas. Raúl me dejó en la sala de curas con una enfermera para que me sacara de la espalda los trozos de cristal que se me habían incrustado al caer sobre la mesa. Mientras la mujer hacía su trabajo, yo me limitaba a intentar pensar pero no podía. Tenía mucho sueño, pensaba en mi pequeña y quería irme a casa pronto para estar con ella y para darle el pecho, estaba tan confundida... Raúl entró de nuevo y me preguntó:

-Miriam, ¿hay algo de lo que te gustaría hablar conmigo?

-No. – contesté haciéndome la ignorante, pero sabía muy bien a qué se refería. Ciertamente todo había sido producto de una aparatosa caída, pero había indicios, como moratones en mis brazos al haberme sujetado para pegarme, y zonas hinchadas de la cara, que probablemente le habían llevado a pensar que podía haber pasado algo más. Raúl sabía muy bien lo que decía, no en vano había atendido varios casos de maltrato en el servicio de urgencias y había tenido que llamar a los servicios sociales. No se fue. Esperó. Parece ser que a veces, aunque al principio se nieguen a decirlo, las víctimas de malos tratos recapacitan y se atreven a denunciar. Yo estuve a punto de echarme a llorar de nuevo y pedirle que no me dejara marchar con él, pero mi hija estaba en mi casa, con mis suegros, y yo sólo quería irme con ella.

-Raúl, no pasa nada, de verdad. Por favor, deja que me vaya a casa con mi niña. Te prometo que guardaré reposo y enseguida estaré bien.

Desde mi perspectiva tumbada boca abajo en la camilla, este joven de 1,90 de estatura me parecía

casi un gigante. Sus enormes ojos verdes me miraban como si intentaran traspasarme, como si quisiera decirme lo que sus labios no eran capaces de pronunciar por trabajar junto a Luis y por evitar chismes en el hospital, estando delante una de las enfermeras. Finalmente dio la vuelta y se fue, no sin antes decirme que si alguna vez necesitaba decirle algo, no dudara en hacerlo.

Así, con una especie de faja, algunos puntos en la espalda y el brazo enyesado y en cabestrillo, regresé a mi casa al cabo de un par de horas y por fin pude volver a tocar a mi niña. La madre de Luis no dejaba de hablar de lo peligroso que era lo de tener una librería tan grande completamente suelta: “Imagínate que se la hubiera echado encima la pequeña cuando hubiera empezado a caminar. ¿Cómo se os ocurre?” Yo sólo quería meterme en mi cama con mi niña para darle el pecho y ese trocito de carne calentita contra mi cuerpo. Luis, cual marido ideal, me acompañó esta vez a nuestro dormitorio, no al de la niña, y me ayudó a meterme en la cama con ella. Luego volvió a entrar trayendo consigo su cunita y la colocó junto a la cama con la barrera bajada por si quería soltarla, pero aquella noche no pude hacerlo, no podía casi moverme y los calmantes me habían dejado completamente fuera de juego. Así que me quedé dormida allí con la niña abrazadita a mí.

No sé en qué momento se marcharon sus padres, ni cuándo se recogió la librería con todo lo que contenía, ni cuándo se retiraron los cristales rotos. Cuando yo desperté eran las doce del día siguiente y Matilde, la asistenta de mis suegros, estaba en casa recogiendo y entrando de vez en cuando a mi dormitorio a ver si me había despertado. La niña estaba acostumbrada a estar enredada entre los pliegues de mi cuerpo y a mamar cuando le apetecía, así que ni siquiera había protestado un poquito. Al abrir los ojos, vi a Matilde mirándome desde la puerta y me sonrió:

-¿Quiere algo, señora? ¿Le traigo algo de comer? – me dijo tan servilmente como cuando se dirigía a mis suegros.

No tenía hambre, pero eso no importaba. Si yo no comía, no produciría suficiente alimento para mi bebé, así que sí, quería comer algo. Después de pedirle que no me llamara “señora”, le pedí unas tostadas y un café con leche y la mujer se fue a la cocina a preparármelo. Cuando volvió cogió a la niña y allí mismo, sobre mi cama, le quitó la ropita de la noche y le cambió el pañal, luego la aseó con un guante empapado en agua templada y jabón mientras tarareaba una canción. Le puso un trajecito rosa y se puso agua de colonia en las manos para luego pasarlas por la cabeza de la niña antes de devolvérmela:

-Aquí está, limpita para su mamá.

Entonces aquella mujer me miró con una compasión y una tristeza que me hicieron pensar que ella sabía lo que había pasado. No sé por qué, pero por primera vez sentí que alguien leía en mi interior.

-No se preocupe. El cuerpo curará pronto. Lo peor es la cabeza. No hay que provocarles demasiado... no se saben controlar.

En aquel momento no entendía muy bien a qué se refería, pero intuí que lo que realmente quería decir era que sabía lo que me había pasado, que sabía lo que había provocado estas heridas.

Sonreí, no sé por qué, supongo que me sentía afortunada de estar con mi hija, y sobre todo de estar viva. Si yo le faltaba a ella, ¿qué sería de mi pobre niña? Era tan pequeña. Después he pensado en más de una ocasión que si hubiera muerto aquella noche, si me hubiera aplastado la cabeza la maldita librería, nada de lo que ocurrió hubiera sucedido.

-Nunca me has dicho el nombre de tu hija, Miriam. ¿Me lo quieres decir?

-Laura, como mi madre. Me pareció que cada vez que la nombrara, la recordaría.

-Hemos terminado por hoy. Puedes marcharte.

Me levanté del diván y me dirigí a la puerta, pero me di la vuelta y me coloqué de nuevo frente a la doctora, que estaba a punto de volver a su mesa.

-¿Cuándo será más fácil?- le dije mientras los ojos se me llenaban de lágrimas.

Por su expresión pude adivinar que ella no tenía la respuesta a esa pregunta. Su mirada era descorazonadora, como si quisiera decirme: “Nunca”. Yo ya sabía la respuesta, sólo quería que alguien me dijera que estaba equivocada, que un día ya no sentiría que era un desastre y que había sido responsable de perder a mi familia. Ella solamente me puso la mano en la mejilla y me dijo:

-Todos hacemos lo que podemos, Miriam, te lo aseguro. A veces me sorprende que asimiles toda la medicación que te damos. Sé que ahora te parece imposible, pero algún día te sorprenderás a ti misma viviendo de nuevo, puede que dentro de unos años, con proyectos, con una nueva familia, ¿por qué no? Eres tan joven...Entonces sabrás que por fin todo está en su sitio.

Por primera vez desde que empecé la terapia no tuve un ataque. Cuando salí de allí, me limpié las lágrimas con las manos y opté por poner en práctica la única estrategia que parecía estar dándome resultado, guardé todo en un cajón de mi mente, bajo llave, de forma que no volvería a salir a la superficie hasta que la doctora lo volviera a abrir. Por lo que a mi respectaba, no había pasado nada. Pero una cosa era segura, el dolor estaba ahí, la culpa estaba ahí, la frustración por seguir viva estaba ahí...mis cajones eran una caja de Pandora de la que se podía esperar cualquier cosa.

Cuando pasé por el mostrador del pasillo, Marina, la enfermera, estaba tecleando en el ordenador y me atreví a preguntarle algo que jamás le había preguntado a nadie pero que me intrigaba sobremanera, sobre todo desde que empecé a estar un poco más lúcida.

-¡Miriam! ¿Vienes de tu terapia? – me preguntó sorprendida.

-Sí.

No me dijo nada más sobre el tema, pero probablemente también habría caído en la cuenta de que era la primera vez que regresaba de la terapia por mi propio pie.

-¿Puedo hacerte una pregunta? – le dije en voz baja.

-¡Claro!

-¿Esta residencia es privada?

-Sí.

-O sea, que yo estoy aquí porque alguien se ocupa de mí...

-Lo siento, no puedo responderte a eso. Yo no tengo esa información.

-¿Estabas tú aquí cuando me trajeron?

-Yo trabajaba aquí, sí, pero creo recordar que fue durante el turno de Javier. Desde luego yo no estaba.

¿Por qué te preocupa eso ahora?

-Por nada – dije intentando parecer convincente – Es sólo curiosidad.

El carrito de la limpieza de Bárbara estaba en el pasillo y la puerta de mi cuarto estaba abierta de par en par, así que supuse que estaría limpiando allí.

-¿Bárbara? – dije entrando mirando al suelo por si estaba mojado.

-Alguien se ha perdido su sesión matinal de música hoy...- dijo con voz cantarina.

-Lo sé, y no creas que no lo siento. Ya sólo me quedan los días de terapia para poder verte por las mañanas...con lo de la cocina...

-Me alegro de que hayas venido sola...y despierta...

Bárbara siempre decía las cosas tal y como las pensaba. Seguramente la doctora y Marina estarían ahora mismo comentando con los demás que por fin había respondido a la terapia sin que me provocara el habitual ataque, pero ella me lo dijo directamente.

-Gracias – le dije mirando la foto sostenida por el marco del espejo.

-¿Funciona?

-Al menos me hago la ilusión de que tengo un proyecto para cuando salga de aquí, si es que salgo algún día.

-Los únicos que estamos siempre aquí somos los que trabajamos en la clínica, créeme, todo el mundo se acaba marchando.

-¿Tú sabes quién me trajo aquí?

-Yo no sé nada del funcionamiento de la clínica, sólo limpio. ¿Por qué?

-Porque esto es una residencia privada y yo no tengo dinero para pagarla.

-Si te están atendiendo es porque están recibiendo la mensualidad, eso te lo aseguro.

Decidí esperar a que llegara Javier para preguntarle a él. Si había alguien en la clínica que sentía verdadero cariño por mí era él. Nunca me lo había dicho, pero yo lo notaba en sus gestos, en su mirada. Había una ternura en él, sobre todo ahora que era padre, que no se molestaba en disimular. Ya desde que recuerdo todo el mundo decía que era muy buena persona, que se preocupaba más allá de su trabajo por todo lo que pasaba en la clínica, y que a veces se volcaba especialmente en algunos internos por motivos que los demás desconocían y simplemente achacaban a que era un buen tipo.

El día que tenía terapia no bajaba a la cocina, ya que era por la mañana. Bajé al comedor y después de tomar la medicación al volver, me tumbé en la cama y me quedé dormida. Por fin tenía un horario de sueño medianamente normal, es decir, dormía de noche y pasaba el día despierta, a pesar de los ansiolíticos, supongo que mi organismo ya estaba acostumbrado a su presencia y había adquirido cierta tolerancia. Sin embargo no me habían aumentado la dosis, tampoco de los antidepresivos. La verdad es que el tiempo no cura nada, una simplemente se hace a la idea de que hay cosas que sucedieron y que no se pueden cambiar, de que hay personas que estaban y ya no están, y lo asume, y aprende a mitigar el dolor al evocar imágenes de esas personas. Se aprende a vivir en torno al inmenso hueco que nos han dejado. El tiempo no pasa, pasamos las personas, nuestro error es precisamente ese, creer que es el tiempo el que pasa. Sólo los humanos desarrollamos la habilidad de contar los días, los meses, los años... ¿para qué?

Cuando llegó Javier le escuché hablar con Marina, cosas del cambio de turno, el chico esquizofrénico había sufrido un ataque y estaba sedado. Yo no lo sabía, supuse que porque sería durante mi terapia. En cuanto escuché los pasos de la enfermera retirarse por el pasillo, salí de mi cuarto.

-¡Hola! Me han dicho que a alguien le ha ido muy bien la terapia hoy. – me dijo al verme.

Yo sonreí educadamente y asentí con la cabeza.

-¿Puedo preguntarte algo?

-Sí, mujer, lo que quieras. – hoy parecía especialmente relajado.

-¿Quién me trajo aquí?

Su rostro se ensombreció un poco antes de contestar:

-No estamos autorizados para dar ese tipo de información, Miriam. Lo siento.

-No te preocupes, es sólo que no paro de darle vueltas al hecho de que estar interna aquí durante tanto tiempo deber ser carísimo, y yo no tengo dinero para permitírmelo.

-Si me guardas el secreto, te diré que cuando llegaste en la ambulancia, te acompañaba un señor, alguien de servicios sociales, pero no sé nada más, y desde luego no deberíamos estar hablando de esto. En serio.

-Perdona. No quería ponerte en un aprieto.

-No te preocupes por quién paga esto. Te aseguro que alguien lo paga, de lo contrario no estarías aquí.

Me volví a mi cuarto y esperé pacientemente a que Javier abandonara la recepción como hacía cada tarde durante unos minutos para ir a buscar su café. Sus pasos eran inconfundibles a mis oídos, de hecho podía adivinar quién estaba en la recepción sólo escuchando unos segundos. Javier andaba rápidamente, con caminar decidido, y haciendo que sus zuecos de enfermero sonaran contra el suelo más de lo habitual. Sin embargo, Marina caminaba despacio y casi sin pisar el suelo, de forma que había que prestar más atención para saber si era ella la que ocupaba el puesto.

Cuando dejé de escuchar los pasos de Javier por el pasillo supe que había ido al otro ala, a donde estaba

la máquina de café. Entré en el mostrador de recepción y miré el escritorio del ordenador. Nada. No encontraba ninguna referencia a los internos del hospital. No podía dejar de escuchar atentamente por si Javier daba la vuelta al pasillo, y no quería que me viera allí, sería una traición total a toda la confianza que todos ellos habían puesto en mí, dejándome deambular por el hospital como si fuera mi propia casa. Finalmente encontré una carpeta con unas iniciales que me hicieron pensar que podía ser la que estaba buscando...y allí estaba mi nombre. Pulsé, pero todo lo que vi fueron los meses que había permanecido interna. No había tratamientos, ni tutor, ni nombres que me hicieran pensar que alguien se ocupaba de tenerme allí. Los pasos de Javier se escuchaban ya por el principio del pasillo del otro ala, así que salí de la carpeta y dejé todo tal y como estaba. Antes de que apareciera por el pasillo de la recepción, me coloqué justo en la entrada de mi habitación, como si acabara de salir. Cuando me vio me preguntó:

-Miriam, ¿necesitas algo?

-No – contesté intentando parecer casual.- Sólo creía que había escuchado una voz desconocida.

-Tranquila. Aquí no hay más voces que la tuya, la mía, y la de Pablo – dijo refiriéndose al chico esquizofrénico – y hoy no está por la labor de hablar. Te noto extraña, ¿te ocurre algo?

Me acerqué al mostrador donde él se había sentado delante del ordenador colocando su café justo al lado.

-Mataría por un café.- le dije

-No sé si asustarme, esto es una clínica para enfermos mentales...- se echó a reír y me sentí tan bien, tan relajada, como hacía mucho que no me sentía.

-Eso ha sido muy pero que muy gracioso.

-Si uno puede bromear con la peor situación de su vida, ya no hay nada que pueda hundirle. – Volvió a ponerse un poco más serio y continuó – Escucha, Miriam, sé que no debemos hablar de cosas personales, me sentiría muy mal si algo que yo pudiera hacer o decir te hiciera daño, pero créeme, todo pasará. El único que no va a abandonar este lugar hasta la jubilación seré yo. ¿Me crees, verdad?

-No me preocupa lo más mínimo cuándo saldré de aquí porque cuando lo haga mi peor enemigo vendrá conmigo. Vaya a donde vaya no podré salirme de mi propia piel y dejar de ser quién soy, evitar haber hecho lo que hice. Llevaré mi pasado encadenado a mis pies.

-Ten fe, Miriam, ten fe.- me dijo con una mirada serena en los ojos, con una seguridad que me impedía dudar de sus palabras.

-No tengo fe, Javier. Nunca la he tenido. No creo en el destino, ni en ningún dios...y si lo creyera sería peor aún...No habría un dios que pudiera perdonarme...Tengo suficiente con no poder perdonarme yo.

-Miriam, eres sólo una mujer. No seas cruel contigo misma.

-En el fondo sé por qué me sacaron de mi bañera el día que...bueno, ya sabes, aquel día. Porque no merecía descansar, porque no merecía morir. Hubiera sido tan fácil...Pero estoy aquí para recordar cada segundo de cada minuto que yo sigo viva y mis hijos no.

Sé que le dolieron mis palabras. Era joven, probablemente llevaría poco tiempo casado o comprometido, acababa de tener un hijo por el que ya sabía que sería capaz de todo, y ahí estaba yo para recordarle que las cosas más horribles les suceden a las personas más normales, que las tragedias están pared con pared en nuestras propias casas sin que lo sepamos. Le vi tan abatido que le pedí disculpas y me marché a mi habitación totalmente arrepentida de haber mantenido con él aquella conversación. La doctora C tenía razón, el lugar para esto era su consulta. Sólo que a veces es más fácil hablar con quien uno siente cerca del corazón.

Aquella noche fue horrible. No había soñado o no recordaba haberlo hecho desde que llegué aquí, sin embargo, probablemente por lo que había hablado con Javier, aquella noche tuve una pesadilla horrible. Me había ido a dormir después de la medicación. Había tormenta. Se escuchaban los truenos con una fuerza que parecía que iban a partir el lugar en dos. Un rato antes estuve asomada a la ventana mirando cómo llovía. Definitivamente alguien tendrá que hacer algo con esas plantas en cuanto deje de llover. Las

tormentas siempre me han fascinado, nunca me han dado miedo. Me metí en la cama y me quedé dormida pronto, como siempre, gracias a la medicación. Y entonces me encontré en el río, asomada al puente de troncos que permite pasar por encima. En mi sueño también llovía, y yo estaba totalmente empapada, y tenía mucho frío, pero sentía que tenía que estar allí. Estaba buscando a mis hijos. Les llamé y mi voz era casi imperceptible entre los truenos de la tormenta y el rugido del agua a punto de desbordarse. Les volví a llamar, y esta vez escuché la voz de mi niña que me contestaba, me gritaba que fuera a buscarla y repetía la palabra más hermosa que me han dicho jamás: “Mami”. Entonces me lancé al agua y nadé y nadé, pero no encontré nada. Seguí hundiéndome y saliendo a respirar, y seguía sin encontrarles, pero aún escuchaba sus voces llamándome. Luego empecé a sacar su ropa del río, pero no había ni rastro de ellos. Y volví a ver sus zapatos, sus rebecas, el bolsito de la niña, la gorra del niño. Y supe que jamás les encontraría, a pesar de que les escuchaba alrededor, a pesar de que notaba que estaban allí...jamás les sacaría de aquel lugar.

Me desperté empapada en sudor y encendí la luz para volver a conectarme con la realidad. El corazón parecía querer abandonar mi cuerpo y sentía una presión en la garganta que no me dejaba respirar. Me levanté y salí al pasillo buscando no sé...a alguien, algo que me confirmara que estaba despierta y donde había estado siempre. Marina estaba delante del ordenador y se asustó al verme despierta.

-¡Miriam! ¿Qué ocurre? ¿Te encuentras mal?

Me acerqué al mostrador y ella me ofreció la silla que había a su lado. Estaba consternada ante mi expresión, podía notarlo en su mirada. En aquel momento juraría que estaba pensando si pulsar el botón para llamar a seguridad. Sin embargo, cuando me senté junto a ella y bebí el vaso de agua que me ofreció, se relajó por completo.

-Perdona si te he asustado. He tenido un sueño espantoso. ¿Por qué he soñado incluso tomando tanta medicación? – pregunté más bien al aire que a ella.

-Si tuviera la respuesta estaría sentada en algún despacho de los de abajo, ¿no crees?

-No puedo más – le dije mientras apoyaba mi cabeza en mi mano y cerraba los ojos, dejando caer las lágrimas – Te juro que ya he pagado por mi torpeza, sé que esto es lo que me merezco pero te juro que ya he pagado...

No podía dejar de llorar. No era ira, era culpa, miedo, angustia...era todo, que aquella noche se me vino encima como si el mundo entero se hubiera lanzado sobre mí, ahogándome, haciéndome recordar, revivir...

Marina me abrazó. No era la primera vez. Llevaba tanto tiempo con ellos que debía de ser como de la familia. Sentí el calor de su abrazo y me reconfortó como un bálsamo.

-Nadie puede hacer que las cosas sean diferentes. Todos tenemos nuestros secretos, nuestros miedos. Por supuesto no todos llegan a los mismos extremos, pero ahí están, recordándonos a cada paso del camino lo insignificantes que somos.

Cuando me soltó y me miró a los ojos, me sonrió. Nunca nadie había dicho tanto sólo con una sonrisa. Abrió un cajón y me dio una pastilla.

-Tómatela. Te aseguro que no volverás a soñar.

Y así lo hice. Luego me levanté derrotada, destrozada, a enfrentarme de nuevo con mi cama.

Al día siguiente no quise ni oír hablar de bajar a la cocina, de hecho estuve toda la semana sin aparecer por allí. Me pasé los días tumbada, leyendo, mirando por la ventana y sustituyendo cada pensamiento por una de mis canciones favoritas. Así aprendí a no pensar. Cada vez que un recuerdo amenazaba con surgir, yo desconectaba inmediatamente y lo sustituía por cualquiera de las canciones que me gustaban. Me las sabía de memoria, no sólo las letras, sino cada acorde, cada coro...y si me equivocaba, empezaba de nuevo, hasta que estaba perfecta en mi mente. Por eso la música significa tanto para mí, porque me ayuda a sobrevivir.

En todo ese tiempo, jamás me detuve en la sala de espera, quizás por la decepción de saber que ninguna

de aquellas personas venía a verme a mí. Siempre había gente muy arreglada y perfumada. A veces entraban, otras veces el familiar interno salía y paseaba con ellos, incluso fuera, por el pueblo. Ya sabía qué tipo de clínica era aquella y había dejado de sorprenderme el aspecto estirado de los visitantes. En el fondo hasta había tenido suerte, si es que cualquiera de las circunstancias que rodean a mi internamiento puede considerarse afortunada, pues había dado con mis huesos en este lugar, en vez de en cualquier hospital público en el que tantas comodidades son imposibles. Un día, al volver del gimnasio reparé en una mujer que debía rondar los sesenta años, luego pensé que quizás era más joven y sus arrugas y el cansancio de su mirada se debían a la edad de su espíritu, no a la de su cuerpo. Me llamó la atención su soledad en aquella inmensa sala de espera vacía. Habría más de veinte asientos colocados en filas de cuatro mirando a un pequeño mostrador donde una recepcionista con un auricular parecía hablar sola mientras tecleaba hábilmente un ordenador, y justo en mitad de una de las hileras de asientos estaba ella, mirando fijamente la pared que tenía enfrente. Parecía catatónica, con la mirada perdida y los ojos muy abiertos. Supongo que mi aparición la distrajo de lo que estaba pensando pues enseguida dirigió su mirada hacia mí. Se levantó y se me acercó con gesto interrogante.

-¿Usted trabaja aquí? – me preguntó.

Me limité a negar con la cabeza, y ella insistió:

-Entonces está de visita, ¿verdad?

Volví a negar con la cabeza y ella me miró con algo de asombro, pero no se atrevió a decir lo que estaba pensando.

-Es un alivio que los enfermos de aquí puedan tener su aspecto.

-Internos – la corregí yo.

-¿Perdón?

-Se refieren a nosotros como internos, la palabra enfermo engloba muchas cosas, no les parece adecuada.

-Bueno, pues lo dicho, me alegra saber que una persona se puede recuperar tanto.

No le pregunté nada, simplemente permanecí allí de pie, intentando averiguar en qué momento no sería de mala educación marcharme y seguir con lo mío. Sin embargo, la mujer empezó a hablar.

-Espero que mi hija se ponga tan bien como usted. La pobre acaba de ingresar y aún no sé dónde la han ubicado. Su hermano está con ella. Tuvo un accidente muy grave con una moto hará cosa de un mes.

Su conversación me parecía un poco desordenada, y no se me ocurría qué tendría que ver el accidente y el ingreso de la chica aquí hoy. La mujer empezó a llorar y yo reconocí la escena, era pura desesperación.

-¡Es tan bonita! – Me dijo mientras se sentaba y me hacía un gesto con la mano para que me sentase a su lado – Ha pasado ya por demasiadas cosas, y eso que es casi una niña, veinte años tiene. Es tan dulce y tan risueña...y tan ingenua.

Sacó un pañuelo del bolso y se secó las lágrimas que no dejaban de brotar. Luego suspiró y volvió a tomar aire para seguir hablando.

-No es bueno que los niños sean tan inocentes. Cuando se hacen un poco mayores hay que espabilarlos para que aprendan a defenderse de otros que, con su misma edad, han vivido demasiado. Mi Paula sólo tenía quince años cuando conoció al malnacido que la ha convertido en lo que es.

Otro malnacido...otro demonio... Si hasta este momento la había escuchado por pura compasión, ahora había despertado mi curiosidad.

-Él no era mucho más mayor, un par de años, pero había caído en todo lo malo que se puede caer. Venía de un barrio humilde, aunque no marginal, y traía consigo una pandilla de amigos borrachos y drogadictos que entraron en nuestras vidas como los Jinetes del Apocalipsis, arrasando y destruyendo todo a su paso. Todos ellos eran guapos y manejaban dinero, así que mi hija y sus amigas cayeron en sus redes. Sin embargo, mi hija fue la más tonta de todas. No solamente probó todo lo que él le dio a probar sino que encima se quedó embarazada. Yo no quería perderla más de lo que ya la había perdido, así que la acogí

en mi casa y la ayudé durante el embarazo y el parto...en fin, soy su madre, ¿qué otra cosa podía hacer? La mujer estaba en un carrusel de emociones, de pronto lloraba, de pronto sonreía, incluso se quedaba mirando al vacío en silencio durante unos instantes.

-Él entraba y salía de mi casa... y ella también. El niño se quedaba a mi cargo mientras ellos desaparecían durante días. Poco a poco mi niña dejó de ser quien era y se transformó en una chica escuálida, ojerosa, pálida...más parecía un cadáver que una joven de su edad. A veces volvía herida porque él le había pegado. Una vez le pegó una paliza con la cadena de su moto.... ¿puedes imaginarte el dolor? Entonces ella juraba que se había acabado y que no volvería más con él y, por unos días yo recuperaba a mi pequeña Paula, que dormía, comía, reía y jugaba con su hijo. Pero cuando se le acababa el suministro y el mono amenazaba con aparecer, Paula desaparecía durante días. Se iba a buscarlo y todo volvía a empezar. El mes pasado tuvieron el accidente de moto del que te he hablado y mi niña ha estado muy malita. Creíamos que la perdíamos. En el hospital lo han pasado muy mal para sacarla adelante por culpa del mono, pero la han limpiado y la han salvado. ¿Y qué crees que hace desde que salió del coma? ¿Preguntar por él! Por eso la hemos traído aquí, porque si vuelve con él la próxima vez no sobrevivirá. Aún no puede moverse por los daños que tiene en la columna, así que no ha podido negarse. Y cuando salga de aquí la enviaré al extranjero si hace falta...pero ese...ese ya no la encuentra.

Por fin dejó de hablar y miró hacia la puerta, supongo que esperando noticias, pero nadie apareció. La observé un instante: traje de chaqueta de firma, bolso y zapatos a juego también de marca, joyas, pelo rubio muy bien recogido en un moño...Dinero, pensé. Lo irónico del asunto es que las desgracias, como la mayoría de sucesos importantes de la vida, no discriminan a nadie. Tu dinero o tu posición no son nada cuando esa sombra invisible entra en tu casa en forma de hombre, mujer o enfermedad.

-¡Ay, perdona que te haya soltado todo esto! Necesitaba desahogarme y tú...tú parece entender de qué te hablo. ¿Llevas mucho tiempo aquí?

-No demasiado – contesté.

“¿Cuándo será demasiado?” me preguntó una voz en mi interior. No respondí. La ignoré y volví a prestar toda mi atención a la señora elegante que de nuevo miraba al vacío.

-Se pondrá bien – dije al fin – Es joven y la tiene a usted. Seguro que lo superará.

No sé si creía realmente lo que acababa de decirle, pero reconocí en su mirada el brillo de la esperanza y supe que al menos la había hecho sentirse un poco mejor. Me tomó de las manos y me dijo:

-Tú también, ya verás.

Me disculpé y me levanté para marcharme.

-¿Cómo te llamas? – me preguntó.

-Miriam – le contesté.

-Gracias, Miriam, por escucharme. Todo saldrá bien, suerte.

Me marché antes de que las lágrimas que amenazaban con aparecer pudieran hacerlo y al salir me encontré con un muchacho que, sin percatarse siquiera de mi presencia, se lanzó hacia la mujer y la abrazó con fuerza. Mientras salía pude oír cómo le decía que la chica estaba ingresada “arriba” y que tenían que esperar para verla.

“Arriba” es una unidad de tiempo en mi cerebro, significa que aún hay un largo camino por recorrer hasta llegar “abajo” al mundo de los cuerdos, de los que no están rotos, de los que aunque lo hayan estado encontraron la manera de recomponerse solos, sin tener que acudir a un lugar como éste.

Bárbara pasaba una enorme mopa por el pasillo justo cuando yo me dirigí a mi habitación. Me miró, pero no dijo nada, acostumbrada como estaba a mis altibajos emocionales. Yo seguí caminando hasta entrar en mi cuarto, donde por fin me sentí a salvo.

No volví a saber nada de aquella chica, Paula, ni de su familia. No porque no tuviera oportunidad, sino porque no quise saber. Supongo que pasaría unos meses “arriba” y luego sería trasladada a otra planta, que acudiría a terapia de grupo para espantar a sus demonios, y que algún día volvería al mundo real,

donde la esperaba su familia, dispuesta a cambiar toda su vida para que ella pudiera ser feliz. Por aquellos días yo misma era mi peor carga, no muy buena compañía para alguien en pleno proceso de recuperación.

Lo que sí estaba claro era que la doctora C no me iba a perdonar su consulta. Lo hubiera hecho en el caso de que hubiera estado enferma físicamente, pero sabía que eso no era así. Por lo tanto, el martes a las once, como cada martes a las once cuando ella estaba en su consulta, bajé y me senté de nuevo en el diván.

-Me han dicho que no estás teniendo una semana muy buena, Miriam.

-Le han informado bien. Me encuentro débil, no tengo ganas de hacer nada, sólo de estar tumbada lejos de todos...Será el invierno.

-¿Serán las fechas que se aproximan? – se refería, por supuesto a la Navidad.

Estas fechas no perdonan, no entienden de hijos muertos o de vidas destrozadas. Sus luces y sus villancicos se empeñan en hacer creer al mundo que es feliz, aunque sólo sea por unos días, disfrazando las calles e incluso a la gente. Pero no con disfraces cualquiera, no, con disfraces de Papá Noel, de renos, de reyes magos, con luces de colores que transforman por completo las ciudades. Afortunadamente para mí, sólo era una fecha más.

-No. Ni siquiera había sido consciente de la fecha hasta que lo ha mencionado. Además, me siento así casi siempre, esta semana sólo se ha visto acentuado por una pesadilla.

-Es normal.

-Es normal, claro, es normal.- dije con tono irónico mirando hacia otro lado.

-No me malinterpretes, Miriam. Los sueños son un reflejo de lo que hacemos durante el día, de lo que pensamos, de lo que recordamos. Es normal que todo lo que hay en tu cabeza quiera liberarse de alguna manera. Tu mente quiere exorcizar lo que no la deja funcionar. Tu corazón quiere expulsar el peso que lo oprime.

La doctora hizo una pausa para mirarme, no sé si esperando una respuesta, o simplemente observando mi reacción. Entonces continuó:

-¿Recuerdas lo que hablamos la semana pasada?

-Sí, claro.

-¿Quieres seguir hablando de ello?

-Me dio la impresión de que a Luis le gustó la situación. Yo no podía moverme, y Matilde estaba pendiente de todo. Además, mi actitud era tan dócil y tan sumisa como a él le gustaba. No quería provocarle porque dependía totalmente de él y de sus cuidados, así que todo cuanto hacía o decía me parecía bien. Por supuesto no me pidió perdón, de hecho ni siquiera mencionamos el tema. Yo tenía demasiado miedo de que se volviera a repetir y él tenía lo que quería. Pasaron casi dos meses hasta que estuve recuperada de las heridas físicas, y comprendí a qué se refería Matilde con lo de la cabeza. La pobre mujer no había sabido expresarlo mejor, era casi analfabeta, pero hablaba del odio que acumulas, del aborrecimiento hacia la persona con la que decidiste compartir tu vida, más allá del miedo y la rabia, de la humillación de estar completamente anulada y sin salida, de la terrible vulnerabilidad de saberte sola, nadie, nada... Las heridas del alma son muy difíciles de curar. ¿Cómo iba a poder seguir viviendo con alguien que había sido capaz de hacerme esto? ¿Y si algún día le pegaba a mi niña? ¿Y si volvía a pegarme a mí y no podía cuidar de ella? Me sentí tan mal en el hospital, la noche en que había ocurrido todo. Tenía la impresión de que todos los que allí estaban sabían lo que había pasado y cada uno me juzgaba desde su propia perspectiva, desde su desconocimiento, desde la fortuna de no haber sido elegidos para tal destino. Sí. Porque hay gente que piensa que se llega a estas situaciones voluntariamente, y que no se arreglan porque no se quieren arreglar, pero es mucho más profundo que todo eso. ¿En qué te conviertes cuando tu mente ha sido acosada hasta la saciedad a base de insultos, menosprecio y miradas de desdén? Cuando tu miedo y tu

soledad te han impedido salir corriendo y te has dejado vapulear como un trapo viejo, ¿en qué te conviertes?

¿Hay un miedo peor al maltrato físico y mental al que yo estaba sometida? La respuesta es sí. La primera vez que Luis me susurró al oído que si quería, cuando me recuperase podía marcharme... sola. "Ningún juez te va a dar la custodia de la niña. ¿Con qué la vas a mantener? Mis padres tienen contactos en todas partes debido a su posición. No van a perder a su única nieta, eso te lo aseguro, así que ya sabes, recapacita o márchate, pero no te llevarás a Laura." Mi cadena perpetua quedó firmada con esas palabras apenas audibles que entraron directamente al torrente de mis venas y me helaron la sangre. La misma mujer que había estado reflexionando sobre su vida mientras curaba sus heridas, decidida a salir corriendo a la primera oportunidad en busca de ayuda, la misma pantera dispuesta a coger a su bebé en la boca y marcharse sigilosamente, se convirtió en un ratón asustado al que no fue nada difícil manejar de ahí en adelante. ¿Y si era yo la que tenía que cambiar, la que tenía que actuar como él quería, pues así había sucedido mientras estuve convaleciente y todo había ido sobre ruedas? Mi actitud le proporcionó la seguridad de saberme completamente a su merced.

Durante meses acaricié la idea de volver a la universidad, pero no sabía cómo decírselo, no sabía cómo iba a reaccionar. Un día, después de cenar, una vez hube acostado a Laura, me atreví a insinuarlo y no pareció disgustarle demasiado.

-¿Quieres volver a trabajar? ¿Por esa miseria de sueldo?

-No me importa el dinero, por suerte no lo necesitamos. Me apetece verme envuelta en libros y clases, acabar mi tesis, dejar de ser sólo madre y esposa y hacer algo que verdaderamente me guste. Sólo quería acabar lo que empecé, si no te importa. Total, en la facultad siempre estoy sola en medio de mis papeles, o en alguna clase abarrotada de casi adolescentes para los que paso totalmente desapercibida. Seguro que a tus padres les encantaría...Esperaré a que Laura entre a la guardería. Por favor.

Parece ser que usé las palabras adecuadas, o tal vez el momento adecuado, no lo sé, pero me dijo que podría solicitar la beca de nuevo cuando empezara el curso siguiente y supe que por lo menos conseguiría volver a contactar con la realidad que empezaba a parecerme, todo sea dicho, menos real que mi vida en mi particular prisión.

Pero quedaban aún meses para eso, así que durante ese tiempo seguí siendo la criatura dócil que a él le convenía...y a mí también. Eso significaba hacer el amor con él cuando le apeteciera, sintiéndome infinitamente vacía, negándome a reconocer que el miedo a una nueva paliza me paralizaba y me impedía rebelarme incluso en un momento tan íntimo. Una sola vez hice un pequeño intento de negarme y cuando se aplastó contra mi cuerpo en la cama y me sujetó a ella con sus manos, con una fuerza que de ninguna manera yo hubiera podido contrarrestar, supe que no me convenía rechazarlo, no si quería tener la oportunidad de salir de aquí y ver qué me deparaba el destino. Afortunadamente él nunca fue muy exigente ni el cómo ni en el cuánto.

Cuando me llamaron de la universidad para decirme que podía empezar con el nuevo curso estuve llorando un buen rato. Recuerdo perfectamente que había dado de comer a Laura, que tenía ya un año, y la había dejado un momento en su corralito para ir al servicio. Me miré al espejo y no me reconocí. No sólo no reconocí mi rostro, pálido, sin vida, sin color en las mejillas y con los bordes de los párpados hinchados y enrojecidos, casi sin pestañas, y las pocas que conservaba a penas visibles debido al color rojizo. Había perdido mucho pelo entre el embarazo, la lactancia y el estrés de lo que ocurría en mi casa y en mi cuerpo. El que me quedaba se empeñaba en aparecer como un viejo estropajo de esparto, indomable, áspero, sin vida. Los labios aparecían casi blancos, agrietados, con una herida de un herpes que nunca acababa de cicatrizar. ¿Esto era lo que él quería? Yo no era ni mi sombra. Si se hubiera molestado en mirar alguna de nuestras fotos de cuando nos conocimos, o de nuestros primeros años no me hubiera reconocido. ¿Se podía estar enamorado de este fantasma que

me devolvía el espejo? ¿Por qué puede querer un hombre tener a su lado a una sirena moribunda, incapaz de caminar, de aportar una idea o una opinión propia? ¿Qué trastorno mental empuja a alguien a querer tener a otro ser humano a su lado a base de golpes e insultos, alguien que sabes que no te quiere, que te tiene miedo? En definitiva, a un prisionero.

Estaba tan delgada que todo lo que me ponía me quedaba enorme y tuve que salir a comprar algo de ropa al menos para poder ir a trabajar vestida adecuadamente. Yo jamás dejaba a la niña a solas con él, nunca le había hecho nada, nunca la había amenazado, pero después de lo que me hacía a mí y de la facilidad con que sabía que podía convertirla en un arma en mi contra, estaba totalmente convencida de que estaba loco y era capaz de cualquier cosa si algo no salía como esperaba. De cualquier modo, yo no solía salir nunca, no tenía ganas ni fuerzas suficientes, y el solo hecho de acarrear al bebé y todo lo que necesitaba sólo para dar un paseo y volver en cuanto el miedo a estar entre la gente hiciera su aparición, prefería quedarme en casa. Mi mente era una contradicción constante. Quería salir, trabajar, conocer a gente, intentar encarrilar mi vida y mi carrera de nuevo, pero el único lugar donde me sentía segura era en casa, en la que era mi celda personal, mi cuarto, con la niña en mis brazos y las persianas subidas sólo a medias, en penumbra. Él pasaba mucho tiempo fuera, en el hospital, en la consulta de su padre, en reuniones, y yo me sentía mucho mejor cuando no estaba. Le pedí a Matilde que me acompañara a un centro comercial para que se quedara con la pequeña mientras compraba lo que necesitaba. Ni siquiera me atreví a conducir. Sólo pensar en ponerme al volante me hacía sudar las manos, así que fuimos en el autobús. Matilde me miraba de hito en hito, cuando pensaba que no me daba cuenta, y a veces movía la cabeza negando lentamente y bajando la vista. Jamás podré agradecerle que viniera aquella tarde conmigo. Cuando bajamos del autobús y entramos en el centro comercial, el aire se tornó espeso, irrespirable, el lugar me pareció inmenso y empecé a temblar hasta el punto de que tuve que soltar el carrito donde llevaba a mi hija. Matilde lo agarró y me llevó despacio hasta una esquina apartada del lugar. Me había puesto blanca como una pared y me temblaban las piernas.

-Eso son los nervios, señora. Tiene que tranquilizarse y respirar hondo.

Mi primer impulso fue salir corriendo hacia la parada de taxis más cercana para que me llevaran a casa junto con mi hija y no volver a salir jamás. Afortunadamente hice caso a Matilde y después de unos minutos me calmé:

-¿Cómo no va a estar nerviosa? ¿Cuánto hace que no sale a la calle?

De nuevo me volvió a sorprender esta mujer simple, sencilla, que parecía guardar en su cabeza y en su corazón más de lo que su inteligencia le permitía expresar con palabras. Si alguien más se había dado cuenta de mi encierro, todos habían disimulado a la perfección, incluso mis suegros, que apenas aparecían por casa supongo que para no ser testigos de lo obvio. De todas formas no aguanté mucho rato en aquel lugar tan grande y tan abarrotado de gente. Cogí algunas prendas que creí que me quedarían bien, algunos zapatos, unas cremas y cosméticos para intentar arreglar mi pelo, pagué y salí del centro comercial como alma que lleva el diablo en busca de un taxi que me devolviera a mi casa, donde me sentía segura, donde, si no estaba Luis, nada amenazaba con hacerme daño.

Cuando llegó el fin de semana anterior al día en que iba a empezar en la universidad de nuevo, estaba tan nerviosa que le pedí a Luis que me diera algo para relajarme, y lo que me dio me hizo sentir tan bien que me las ingenié para conseguirlo entre sus cajones repletos de medicamentos que le daban los comerciales de los laboratorios. Aquella pequeña pastilla blanca me había proporcionado la tranquilidad que necesitaba para enfrentarme a aquel nuevo reto y había abierto una puerta que debió de haber permanecido cerrada. Al principio era una de vez en cuando, para enfrentarme a la universidad, a los alumnos, pero después, cuando llegaba a casa, después de comer, me tomaba otra para descansar, para poder dormir y no pensar. Nunca dije que fuera fuerte, nunca lo fui, tampoco tenía nada a qué agarrarme, ya ni siquiera la posibilidad de marcharme de aquel piso, Al menos, no

con mi hija.

La suerte me acompañaba en lo tocante a otro embarazo. Tenía tanto miedo de volver a quedarme embarazada que me compré unas pastillas anticonceptivas por mi cuenta. Me sentaron fatal. Me producían taquicardias y dolores de cabeza que no me dejaban levantarme de la cama. Probé con otras marcas y algunas fueron incluso peores, pues se me hinchaba todo el cuerpo, desde los párpados hasta los tobillos...Al menos mientras probaba unas y otras, el temido embarazo no llegó.

Al contar con el apoyo de mis ansiolíticos, pude volver a salir a la calle y a relacionarme con gente. Y buscando a alguien que pudiera ayudarme con el tema de los anticonceptivos, me acordé del compañero de Luis, Raúl. Una mañana me levanté muy temprano, y mientras Luis se duchaba, cogí su teléfono y busqué el de Raúl. En cuanto él se marchó para el hospital, yo me fui a la universidad y desde una cabina le llamé. Ni siquiera era capaz de usar mi propio teléfono de casa ni el móvil, por el miedo que tenía a dejar algún rastro que Luis pudiera seguir. Le pedí que viniera a tomar un café a la facultad para poder hablar con tranquilidad. Llegó con un gesto entre serio y preocupado. Creo que pensó que por fin había decidido abandonar a mi marido y quizás necesitara ayuda legal o algo parecido, pues su rostro no pudo disimular la decepción cuando le hablé de algún anticonceptivo más suave que los que yo me había autorecetado.

-¿Me has llamado para hablar de anticonceptivos? – me dijo en un tono que no puedo definir.

-Verás...Luis y yo no estamos en el mejor momento de nuestra relación...

-Miriam – me interrumpió – lo que sorprende a todo el mundo es que todavía no le hayas dejado. ¿Crees que la gente no ve cómo te trata? ¿Crees que aquella visita tuya al hospital pasó desapercibida? Todos conocemos a Luis...bueno, parece ser que todos menos tú.

-Por favor, Raúl, necesito tu ayuda. Tengo un descontrol hormonal que ya se me ha escapado de las manos, no puedo acudir a nadie más...Tengo que conseguir más tiempo para poder ahorrar algo... para poder pensar en algo.

Tras una charla que se extendió más de lo que yo hubiera deseado, conseguí algunos consejos y algunas marcas, otras posibilidades a las que podía recurrir si no funcionaban, un abrazo que no esperaba porque no recordaba que estaba ante alguien que había sacado de apuros a muchas otras en mi situación. Debí meter la pata, algún comentario debió de traicionarle o alguna mirada, porque estoy segura de que si dijo algo fue por mi bien, o en mi defensa. Lo cierto, lo único que yo sé, es que aquella noche, mientras yo estaba algo más relajada por haber conseguido lo que necesitaba, mientras al menos el buitre negro de quedarme de nuevo embarazada ya no planeaba sobre mi cabeza, Luis supo que había hablado con Raúl. Llegó sin hablar, abrió la puerta y la cerró con llave. No me extrañó, era algo habitual en él, era un carcelero. Y me dio la paliza más brutal que creo que una mujer haya recibido. No fue una bofetada. No fue un accidente. Fueron patadas por todo el cuerpo, bofetadas a mano abierta y a puño cerrado, en todas partes, como si quisiera acabar con lo que había empezado antes de que la ira que se había apoderado de él le abandonara, o le hiciera más débil. En cuestión de minutos yo no pensaba, casi no podía respirar, no quería gritar porque creía que eso sería peor. Todas mis posibilidades pasaron delante de mí tan rápido que las vi todas y no tuve tiempo de reaccionar. Cuando quise darme cuenta estaba temblando, como cuando te invade el frío más horrible que hayas sentido en tu vida. Los dientes me castañeaban y no podía controlar mis espasmos. Y ya no recuerdo nada más hasta que desperté en la cama. No sé cuánto tiempo permanecí así, entre medicamentos para el dolor y sedantes. Sólo sé que por las noches él me quitaba la ropa mientras yo permanecía inmóvil, como un conejo al que van a sacrificar, y me frotaba el cuerpo con una esponja enjabonada de las que dan en los hospitales, y me embadurnaba de cremas, y después me daba más medicamentos. Yo no podía moverme y tampoco era capaz. Él no iba al trabajo y no llevaba a la niña a la guardería, lo sé porque yo escuchaba el ruido de los dibujos de la televisión desde mi cuarto. Luego porque la niña se acunaba en mi regazo por las noches y él lo permitía, como si fuera una especie de

premio a mi silencio, a mi ausencia de reproches. El verdadero problema surgió cuando yo no dejaba de sangrar por la vagina. Cuando por fin tomé conciencia de lo que había pasado y me mantuve más o menos despierta, lo achaqué al desorden que yo misma había provocado con tanta pastilla anticonceptiva. Pasaron los días y la hemorragia no cesaba, así que Luis me llevó al hospital, donde un médico de urgencias me hizo un legrado porque se trataba de un aborto. El médico era casi un niño que no dejaba de mirarme porque era imposible no darse cuenta de lo que estaba viendo. Mis piernas y mis brazos amarrotados, mis labios hinchados... toda yo era un amasijo de carne inflamada y muda que le delataba. Pasé la noche en el hospital bajo la atenta vigilancia de Luis, que se encargó de que nadie hiciera preguntas inoportunas. A la mañana siguiente nos marchamos a casa, donde volví a enclaustrarme en mi dormitorio con la maravillosa recompensa de volver a ver a mi hija, que había pasado la noche con Matilde. No necesitaba nada más, no quería nada más, ni siquiera quería ser libre, ya no sabría serlo. Y además, ¿de qué iba a vivir? ¿Cómo iba a soportar no poder ver esta carita todas las mañanas al despertarme? Él lo había dejado muy claro, si me iba no sería con la niña. No sé cuánto tiempo dormí, ni si desperté a la mañana siguiente o en la de otro día más lejano, pero era de día cuando volví a abrir los ojos. La niña no estaba en mi regazo y eso me provocó una terrible sensación de angustia. Me incorporé en la cama y miré a mi alrededor totalmente desubicada. Afortunadamente, antes de que el pánico me invadiera por completo, la puerta se abrió y apareció Matilde con una bandeja en la mano y la niña agarrada a sus piernas. Laura se lanzó hacia mí y no sé de dónde saqué la fuerza para abrazarla, ni las risas para hacerle unas cosquillas que provocaron sus carcajadas. La mirada de Matilde en ese momento era como esa mirada piadosa que tienen las imágenes de las santas de las iglesias, una mirada que no juzga, que se compadece infinitamente y que no culpa. Aparte de mi habitación en penumbra y de mi hija, la mirada de Matilde era lo único que me proporcionaba un poco de paz. Habían pasado dos días de los que no recordaba absolutamente nada y en los que nadie me había visto. Dudo mucho que hubiera dormido tanto tiempo de forma natural, pero lo agradecí enormemente. Después de aquel letargo todo había vuelto a la normalidad. Estábamos solas mi niña, Matilde y yo. No estaba esperando otro hijo del que no podría hacerme cargo casi con toda seguridad, y mi carcelero estaba en su clínica, sonriendo cínicamente y haciendo ver a los demás lo intocable que era.”

Cuando abrí los ojos, la doctora C me ofrecía un vaso de agua que debió juzgar conveniente tras la dura sesión de hoy. Yo bebí unos sorbos mientras me sentaba y recuperaba el sentido de la realidad. Después de todo, a estas alturas me parecía que volvía de varios mundos de distancia cada vez que hablaba con ella de aquella época, a pesar de que había transcurrido poco más de un año.

Salí de la consulta y volví sobre mis pasos a mi planta, negándome cualquier tipo de pensamiento o reflexión acerca de lo que acababa de contar, viéndome a mí misma como si en realidad todo esto le hubiera sucedido a otra persona. Antes de llegar a mi habitación, de la sala que todos llamaban polivalente, surgió un llanto que me resultó familiar por lo ahogado, por lo silencioso, como si existiera la capacidad de llorar desesperadamente y a gritos sin que nadie pudiera percibirlo. Me asomé a la ventana redonda que había en la puerta y vi a varias mujeres sentadas en círculo. Las dos que tomaban apuntes eran la nota discordante de este escenario. Pero yo sí supe lo que era. Era una sesión de terapia de grupo. Yo no había asistido a ninguna quizás por lo especial de mi situación, pero había sido testigo mudo de alguna precisamente desde este mismo punto en el que me encontraba. Me asomé por el cristal redondo de la ventanilla de la puerta sin abrirla. No lo necesitaba. Podía entender perfectamente lo que estaban diciendo estas mujeres sin oírlas, podía incluso ponerles voz a sus historias, como hacen en las películas al doblarlas, sin ninguna necesidad de conocerlas. La que hablaba era morena de piel y pelo, alta y delgada, y probablemente estaba contando a cerca de aquel día que llegó a su casa llena de golpes, a su casa de toda la vida, la de sus padres, buscando el consuelo de un abrazo y quizás el empujón que necesitaba para abandonar aquella miserable vida de violencia. Pero en lugar de eso, su madre sólo

podía repetir: “¿En qué lío nos has metido? ¿Cómo vamos a explicar esto a la familia, a las amistades? Todas las parejas discuten y no van por ahí denunciándose”. Y una larga retahíla de palabras que ella no necesitaba oír pues se las había estado repitiendo a sí misma durante años.

No son las caras, ni las cicatrices, ni su aspecto externo lo que las distingue, es la mirada perdida de quien ya no tiene fe, es el temblor en los labios y las lágrimas perfectamente contenidas porque antes habían sido vapuleadas sólo por llorar, es el cuello perdido entre los hombros y los brazos cruzados delante del pecho, en gesto de protección o de búsqueda de calor, aunque sea el propio. Esto es lo que las distingue a mis ojos. Igualmente sé con absoluta certeza que una pregunta parpadea en sus mentes, dura e imposible de lanzar al viento: ¿Por qué lo permití? ¿Por qué no detuve antes todo esto? No se preguntan: ¿Por qué a mí? Se consideran culpables de su situación cuando en realidad no son más que rehenes sin esposas ni mordazas físicas, incapaces de hablar o de huir porque no hay mejor atadura que el miedo. El miedo a la situación que vives, a la próxima discusión, que acabará en la próxima bofetada o paliza, el miedo a que si te marchas será peor pues te encontrará y te matará allí donde estés como tantas veces te ha dicho y vivirás tu ansiada libertad con una terrible espada de Damocles sobre tu cabeza hasta que llegue el día. El miedo a perder a tus hijos porque no tienes medios para mantenerles, de perder tu casa, en definitiva, el miedo a perder todo aquello cuanto conoces y que has aprendido a llamar “tu vida”.

No. No abrí la puerta. Conozco demasiado bien sus historias. Me marché a la cocina deslizándose suavemente el cerrojo de la puerta de mis recuerdos para que mis días siguieran con el halo de normalidad con que había conseguido adornarlos.

En mi siguiente sesión con la doctora C le hablé de mi segundo embarazo. Ella nunca me cuestionó, ni siquiera me preguntó cómo había sido posible que me hubiera vuelto a quedar embarazada. Tampoco sé qué le hubiera contestado si me lo hubiera preguntado.

“Mi única razón de vivir era mi hija y mis únicos meses de paz fueron durante mi embarazo, así que la idea de tener otro hijo siempre me rondó por la cabeza, aunque yo no hubiera querido que fuera con él. Él también quería tener más hijos. Así que el embarazo no tardó en llegar, y no me había equivocado, vino acompañado de un simulacro de familia ideal que todo el mundo se creyó. Todos menos Matilde. Ella siempre me ayudaba. A veces me daba pena que estuviera ocupada llevando y trayendo a Laura del colegio, cuando en casa de mis suegros tenía tareas que le eran más sencillas y conocidas. A las consultas acudía con Luis, como siempre. El día que la ecografía confirmó que sería un varón fue la primera vez en años que vi en su rostro una sonrisa de orgullo sincero. Aquel niño era su deseo hecho realidad, y el de su padre, otro doctor Calderón para perpetuar la saga familiar y profesional. Aquel día yo supe que nunca podría marcharme. No con mis hijos. Puse en práctica todo lo aprendido y conseguí que las cosas transcurrieran con cierta normalidad, pero a medida que se acercaba el parto un miedo atroz me invadió. Cuando el bebé naciera y de nuevo llegara la rutina volverían también los insultos y los golpes, igual que ocurrió cuando nació la niña. Laura tendría tres años y medio cuando naciera Diego, que así se llamaría el bebé en memoria del abuelo materno de Luis, tal y como su madre había decidido. Pronto recordaría, si es que no lo hacía ya, los sucesos que acontecían a su alrededor. Y yo no quería que supiera de mi situación, de mi miedo, de mi vergüenza ni de la parálisis absoluta con que me enfrentaba a mi propia vida. ¿En qué clase de mujer la iba a convertir? ¿Qué le iba a transmitir? ¿Qué así es la vida de una mujer?

Pero si ya antes era difícil escapar, ahora ya sería imposible. A veces conseguía engañarme a mí misma pensando que todo cambiaría, que seríamos una familia normal. Sólo había una cosa que ya no creía, y era que yo siguiera queriendo a mi marido. Y esa verdad era más dañina que su maltrato porque contribuía a que me sintiera más culpable por no ser capaz de marcharme.

Y Diego llegó un día, hermoso, sano y tranquilo, buscando mi pecho como ya hiciera antes su hermana, y mi calor, y me devolvió el sentimiento de ser necesitada por alguien. Aunque Laura estaba siempre conmigo ya iba haciendo otras cosas, tenía sus amigos de la guardería, sus fiestas de

cumpleaños, al fin y al cabo estaba haciendo lo que hacen las niñas de su edad. Todo esto daba a nuestras vidas cierto aire de normalidad de cara a los demás que yo misma casi me llegué a creer. Volvimos a ir a comer a casa de mis suegros con cierta frecuencia, salíamos a pasear con los dos críos, aunque yo nunca me alejaba de casa con la excusa de darle el pecho al pequeño con total tranquilidad. No soportaba la idea de no tener cerca el refugio que mi casa suponía para mí. Necesitaba saber que simplemente podía aligerar el paso y encontrarme allí en unos minutos. De todas formas Luis tampoco tenía mucho tiempo libre, así que salíamos en contadas ocasiones. Desde que supe que estaba embarazada de Diego dejé de tomar ansiolíticos. Al principio, entre la revolución hormonal que supone un embarazo y la ausencia total de mis pastillas, lo pasé muy mal. Tomé infusiones y preparados recomendados por el ginecólogo y poco a poco me fui sintiendo algo mejor, aunque había perdido la seguridad que las píldoras me proporcionaban, sobre todo a la hora de abandonar la casa.

¿Sabe? Siempre pensé que si alguna vez dejaba a mi marido sería después de una paliza, aunque en el fondo sabía que no sería capaz de marcharme jamás. Si no lo había hecho ya, después de todo el infierno por el que había pasado, no se me ocurría ninguna razón que me empujara a tomar esa decisión. Hasta aquella noche. Diego tendría unos seis meses. Le encantaba jugar con su hermana y conmigo en el suelo. Le habíamos comprado un sillón en el que podía mantenerse erguido e ir cogiendo juguetes de la alfombra mientras Laura bailaba al ritmo de la música de los programas infantiles de la televisión. Así nos encontró Luis cuando llegó del trabajo, con su habitual gesto torcido. Cerró la puerta con llave, como siempre, y soltó las cosas en el sofá para acercarse a Diego, que era a quien primero saludaba siempre. Le cogió en brazos y le levantó en el aire haciéndole carantoñas. Luego le dio un beso a Laura y finalmente me besó casi sin rozarme siquiera la mejilla. Era un beso que yo esperaba como quien espera un salvoconducto pues significaba que todo iba bien, al menos hoy, y que si yo seguía así, las cosas no tenían por qué cambiar. Era un beso que me helaba la sangre en las venas si no tenía lugar, pues era señal de que algo había cambiado. Por supuesto que había habido malas caras, malos modos e insinuaciones que me habían ido dando pistas sobre cómo actuar para no provocar su ira, pero el maltrato físico aún no había vuelto a aparecer. Recuerdo que me fui a la cocina a prepararle un sándwich mientras él se cambiaba y en un par de minutos escuché a Laura llamarme llorando y gritando desde el salón. Cuando llegué Luis estaba sacudiendo a Diego y dándole golpecitos en la parte alta del estómago. Me quedé paralizada ante la imagen. No sabía lo que estaba pasando. Laura lloraba y repetía que Diego se había tragado algo. Fui a ver si podía hacer algo, totalmente aterrorizada, y antes de poder tocarle pude ver que escupía un objeto y empezaba a llorar. Luis le miró por todas partes y comprobó que estaba bien antes de entregármelo a mí, que hice lo mismo instintivamente, para luego acurrucarle en mi regazo y calmarle poniéndole su chupete. Entonces Luis se colocó en cuclillas delante de la niña y empezó a gritarle haciendo aspavientos, culpándola de lo que había sucedido mientras ella se ponía a gritar asustada. La tomó por los bracitos y empezó a zarandearla con fuerza. Le pedí que la soltara, le grité que no hay que sacudir a los niños, pero él siguió haciéndolo, hasta que me enfrenté a él y pude quitarle a Laura de las manos. Todo fue muy caótico, muy rápido, y sin embargo, ahora mismo puedo ver las imágenes como a cámara lenta, con todo lujo de detalles: el llanto histérico de Laura, los gritos de Luis, la mirada de incompreensión de Diego...y entonces miré hacia otro lado y vi que el objeto que había en el suelo, el que el niño acababa de expulsar, no era un juguete ni una pieza de uno, sino un pequeño pomo del cajón del mueble del salón que se había soltado y que probablemente había caído cerca de Diego sin que nos diéramos cuenta. Se lo señalé a Luis con la mirada y le dije:

-¡No ha sido culpa de Laura!

Y lo repetí varias veces mientras permanecía sentada en la alfombra abrazando a los dos niños que no paraban de llorar. Supuse que acababa de ganarme mi próxima paliza y me preparé mentalmente para

ello. Iba a ponerme en pie para retirarme de los niños cuando Luis se levantó y cogió su chaqueta para después marcharse dando un portazo. Lloré y lloré aliviada porque se hubiera ido y aún en shock por el zarandeo al que mi niña había sido sometida y por el incidente con la pequeña pieza que casi ahoga a Diego. Lloré hasta que no me quedaron ganas ni fuerzas, y me di cuenta de que los niños se habían quedado dormidos en mi regazo allí mismo, en la alfombra. Sin quitarles si quiera la ropa les metí en sus respectivas camas y al cerrar la puerta de su cuarto me apoyé derrotada contra ella. ¿Cuánto tardaría en repetirse la escena? ¿Cuándo volveríamos a sacarle de quicio? ¿Cuánto faltaba para la primera bofetada de Laura? ¿Qué pasaría cuando volviera? Lo que menos me preocupaba era que la tomara conmigo, a eso ya sabía cómo enfrentarme. Entonces, temblando, con un terrible escozor en los ojos de tanto llorar y con un miedo que ahora mismo no podría comparar con nada, cogí una pequeña maleta y metí dentro algunas cosas, sobre todo de los niños: pañales, ropa, juguetes, y todo lo que en aquel momento se me antojó que pudiera necesitar. Volví al cuarto donde ellos dormían plácidamente y saqué primero a Diego, que ni siquiera se despertó. Le coloqué en el carrito y le tapé con su mantita. Después desperté a Laura con toda la calma que fui capaz de reunir y le puse su abrigo mientras ella me preguntaba soñolienta a dónde íbamos y si ya era de día. Y sin más salí de la casa para siempre. Nada de lo que pudiera pasarme a partir de ahora sería peor que el miedo que me invadía ante la sola idea de que pudiera pegar a alguno de los niños. Al bajar a la calle hacía mucho frío y había mucha humedad. Le apreté bien fuerte la bufanda a la niña y cubrí el carrito de Diego con su plástico para la lluvia. Finalmente me aventuré por primera vez más allá del miedo, en busca de mi antiguo piso, que no quedaba muy lejos de allí. No tuve tiempo de pensar demasiado, tampoco es que hubiera podido pensar con claridad tal y como estaba. En unos minutos llegué al piso y abrí la puerta. Me recibió una bocanada de aire aún más frío que el de la calle, seguramente porque hacía meses que no se había abierto. Entré, cerré la puerta y dejé las llaves puestas para que nadie pudiera entrar. Llevé a Laura a la que fue siempre mi cama, le quité el abrigo y la arropé, tumbándome a su lado. Ella se acurrucó junto a mí y se quedó dormida enseguida. Yo la abrazaba fuerte como si quisiera protegerla de todo mal. Diego dormía aún en su carrito ajeno a todo cuanto sucedía a su alrededor. Le dejé en la misma habitación y me dispuse a buscar mi radiador de mi época de estudiante. Estaba donde siempre, en un armario que había justo al entrar, frente a la puerta, y con un poco de suerte aún funcionaría. Lo llevé al cuarto donde estaban los críos y lo enchufé alegrándome enormemente de que siguiera en plena forma después de tanto tiempo. Ahora al menos el frío no sería uno de mis problemas. Por fin me senté en el salón y me senté en el sofá empezando a tomar conciencia de lo que había hecho. Hacía tanto frío, y me aterraba tanto la idea de que Luis volviera a casa y descubriera que me había marchado llevándome a los niños...Me sentí tan sola y tan indefensa...Luis sabía que ese era el único lugar donde yo podía estar. No tenía amigos ni ningún otro sitio al que acudir. ¿Y si venía a buscarnos? Yo no pensaba abrir la puerta y si la aporreaba o armaba algún escándalo alguien saldría...o eso creía yo. Luego se me ocurrió que probablemente Luis no volvería a casa aquella noche, se habría ido al hospital a dormir en su consulta o a hacer algún turno de guardia, que era lo que había hecho en otras ocasiones. Seguramente no volvería a casa hasta la mañana siguiente y hasta entonces no descubriría que nos habíamos marchado. Miré el reloj. Las once de la noche. Pensé que con un poco de suerte Matilde estaría aún despierta y cogería el teléfono en casa de mis suegros. La imagen de mi ángel de la guarda, bonachona y algo desmañada, me tranquilizó un poco. No tenía a nadie más a quién pudiera acudir. Saqué el móvil del bolso y marqué el número de la casa de mis suegros. Y al otro lado, la voz inocentona y cálida que tanto necesitaba oír, me contestó. Casi sin dejarla hablar le dije:

-Matilde...necesito ayuda. Me he ido de casa con los niños. –el llanto y los hipos no me dejaban continuar. Afortunadamente, ella no necesitaba oír nada más.

-¿Dónde estás? ¿Estás en tu piso? –me preguntó preocupada.

Después de un sí casi inaudible pude distinguir el sonido del teléfono al colgarse. Me repetí a mí misma que ya no estaba sola, que ella aparecería de un momento a otro y al menos tendría a alguien con quien desahogarme. Tenía tanto miedo como un animal en un bosque en llamas. ¿A dónde correr? Me senté en el sofá del salón a esperar deseando que alguno de los niños se despertara para distraerme con algo que no fuera la idea que en aquel momento me rondaba por la cabeza. Si volvía ahora a casa, Luis ni se enteraría de que me había marchado. Sería como si nada hubiera pasado y no se hubiera abierto ante mí aquel enorme agujero negro que se me antojaba ahora mismo el día siguiente. Incierto, frío, solitario. Sin embargo, el mero recuerdo de las sacudidas a las que Luis había sometido a Laura me hizo entrar de nuevo en razón, y agradecí que los niños estuvieran dormidos ajenos a todo lo que estaba sucediendo.

Cuando sonó el timbre, el estómago me dio un vuelco. Estaba segura de que sería Matilde, pero por primera vez sentí el terror que precedería a ese mismo sonido en cualquier otro momento, cuando no estuviera esperando a nadie, cuando hubiera una sola posibilidad de que fuera él.

Me alegré tanto al abrir la puerta y verla al otro lado, con una bolsa y un paraguas, envuelta en un enorme chal de lana gruesa, que me lancé a sus brazos sin poder parar de llorar.

-¡Ya, ya! No llores más, Miriam. -me decía mientras me abrazaba fuerte intentando tranquilizarme.

-Casi pega a la niña...la ha sacudido tan fuerte...- seguía gimiendo yo.

Nos sentamos juntas en el sofá y mientras me limpiaba las lágrimas le pedí consejo. No sabía qué hacer. Cuál no sería mi sorpresa cuando Matilde sacó un monedero de su bolso y de éste una tarjeta que me entregó. "Mar Ramírez. Abogada", seguido de un teléfono y una dirección que casualmente no quedaba muy lejos de aquí. La miré a los ojos con esa pregunta que una no es capaz de pronunciar por si la respuesta es aún más sorprendente y ella simplemente me dijo:

-Te ayudará. Procura estar allí temprano, antes de que él tenga tiempo de venir a buscarte.

-¿Sabes lo peor? Hasta he pensado en volver antes de que se diera cuenta de que me había marchado.

-Ni se te ocurra- me dijo con tono firme.-Hace mucho tiempo que debías haberle dejado, cariño. Es igual que su padre. -dijo con la mirada perdida mientras yo no podía imaginarme a mi suegra pasando por el calvario que estaba pasando yo. Ella tan arrogante, tan segura, tan rica. No pude por menos que exclamar:

-¡Matilde! ¿Su padre también maltrata a su madre?

Pero la mujer no me contestó y yo intuí que quería ser fiel a las personas que al fin y al cabo la mantenían y la hacían sentirse parte de una familia. Como volviendo de un lugar lejano al que su mente la hubiera transportado, me miró y sonrió.

-Tengo que irme, hija. Será mejor que nadie sepa que yo estoy al tanto de todo esto. En esta bolsa te dejo algo de leche y pan, una botella de aceite y unas galletas. Mañana te traeré más cosas.

Le cogí las manos y se las envolví con las mías. No sabía cómo agradecerle que hubiera venido. Mientras la acompañaba a la puerta le di las gracias. Cuando por fin se fue, volví dentro, a la cocina, y calenté un poco de leche que sin duda fue lo que me ayudó a descansar un poco aquella noche. Me desperté varias veces al escuchar el ascensor, o unos pasos en la escalera. ¿Esto era lo que me esperaba para el resto de mi vida? ¿Vivir pendiente de cada ruido, de cada persona que se me acercara demasiado? ¿Esta carne de gallina constante?

La noche se me hizo eterna. Ni siquiera Diego se despertó a tomar el pecho como hacía cada noche. Y yo temía dormirme y no despertar a tiempo de ir a visitar a la abogada, lo que tampoco ayudó. Cuando por fin vi que el día empezaba a clarear me sentí muy aliviada. Por fin podía actuar y dejar de pensar. Preparé a los niños y volví a agradecer mentalmente a Matilde que nos trajera algo de comer, pues Laura se despertó con mucha hambre. Cuando consideré que estábamos todo lo preparados que podíamos estar dadas las circunstancias, me lancé a la calle con mis hijos en busca de un poco de esperanza.

¡Es horrible moverse por la ciudad con un carrito! Por suerte había dejado de llover y no hacía viento. Cuando un par de autobuses y unos cuantos pellizcos en el estómago más tarde me encontré delante del edificio de la abogada, no podía creer que hubiera llegado sola hasta allí con las dos criaturas. Una chica joven me abrió la puerta y me invitó a pasar a lo que resultó ser la sala de espera de la oficina. Le dije que necesitaba urgentemente hablar con la abogada y que Matilde me enviaba. La chica entró a uno de los despachos y volvió a salir para decirme que la abogada me estaba esperando. Entré empujando al carrito y con Laura agarrada a uno de los lados del mismo. Una mujer me esperaba de pie al otro lado de la mesa. No muy alta, menuda, de unos cincuenta años y con gesto afable. De repente todo lo que había ensayado para el encuentro se había esfumado de mi mente y no se me ocurría qué decir.

-Buenos días. –me dijo la mujer tendiéndome la mano en señal de saludo y con un gesto interrogante que parecía querer invitarme a hablar.

-Buenos días. – le contesté yo.

Entonces miró a los niños y volvió a mirarme a mí, y su cara se transformó, como si hubiera caído en la cuenta de algo, como si se hubiera percatado de mi situación de repente. Salió de detrás de la mesa y se acercó a mí, saludando a Laura y al pequeño. Me ofreció asiento y un café que no supe cuánto necesitaba hasta que di el primer sorbo.

-Así que te envía Matilde... ¡Cuánto tiempo sin saber nada de ella!- sonrió la mujer.- Espero que esté bien.

-Sí, lo está. – fue mi respuesta.

-Y dime, ¿en qué puedo ayudarte?

Hoy sé que toda yo me delataba, mis gestos, mi temblor, la posición de mis brazos, la imposibilidad de resumir en una frase el infierno que me había traído hasta aquí. Mi cuerpo era un lienzo en el que mi vida de los últimos años había quedado plasmada, quizás para siempre. Entonces no me daba cuenta, y cuando aquella mujer me preguntó si quería contarle algo “especial”, “importante”, me pareció casi una adivina. Empecé a balbucear:

-Yo... yo... me fui anoche de mi casa... bueno, de nuestra casa... me llevé a los niños...

La abogada se limitó a mirarme y a dejarme continuar.

-Sólo quiero vivir en paz, que no me quite a mis hijos... Quiero separarme, pero tengo miedo...

Intentaba mantener la calma para no lanzarme a los pies de aquella mujer y suplicarle que me sacara de aquella situación. Entonces ella me dijo:

-Tranquila, nadie va a quitarte a tus hijos.

-Pero él... estoy segura de que me va a denunciar... tuve que irme o le hubiera pegado a la niña...y mi compostura se fue al garete. Afortunadamente pude mantenerme más o menos serena, aunque me eché a llorar. Ella me dijo que tenía que preguntarme unos detalles para ponerse en marcha y le contesté a todo lo que me preguntó. Por más que me miró a los ojos no consiguió derribar el muro que yo había construido a mi alrededor para no hablarle de todo lo que había pasado. No quería complicar las cosas, sólo quería separarme y olvidar, hacerlo todo lo más fácil posible para que Luis se olvidara de mí. Yo no sabía en aquel momento que ella estaba acostumbrada a trabajar en casos como el mío, y que por lo tanto yo era un libro abierto para ella. Me dijo que contactaría con su abogado y que me llamaría en cuanto tuviera alguna novedad. Y me marché de allí algo más tranquila que cuando llegué.

Por fin en la calle, mi hija me preguntó si estábamos de vacaciones pues no habíamos ido al colegio, y me eché a reír, consiguiendo liberar mi estómago del nudo que lo tenía aprisionado desde la noche anterior. Hice algo que jamás había hecho: entré en una cafetería y desayuné con Laura un chocolate con churros. Di el pecho a Diego y ambas jugamos un poco con él. Estaba muy simpático aquella mañana y Laura no paraba de hacerle gestos que le hacían reír a carcajadas. ¡Ojalá el tiempo se

hubiera detenido! Durante unos minutos sólo estábamos nosotros tres, y yo respiraba aliviada. Si el paraíso pudiera escogerse yo volvería sin dudarle a aquel instante, al primer día en que supe que las cosas por fin iban a cambiar. Si cierro los ojos casi puedo tocarles...”

La doctora Lázaro tenía una sorpresa para mí que había guardado para el final de la sesión y que me soltó de sopetón.

-Miriam, vas a volver a salir a la calle.

Y lo dijo sonriendo, a sabiendas de que ni siquiera había pasado del balcón, de que corría cuando pasaba junto a la puerta de la entrada por si una fuerza desconocida me arrastraba al exterior. Habían pasado todas las estaciones ya, de hecho llevaba allí más de un año. Seguramente había superado más cosas de la que era capaz de reconocer, pero estaba convencida de que no podría salir, no ya a actuar como una persona normal, sino simplemente posar los pies en un suelo que no fuera el del interior de la clínica.

-Tienes que convencerte de que puedes hacerlo, Miriam. Si quieres podemos empezar aquí, hay estrategias para que no tengas que lanzarte a la calle inmediatamente, aunque yo estoy segura de que estás preparada. No hay nada ahí fuera que pueda hacerte daño. Al contrario, sentir el sol, el viento y la lluvia harán que vuelvas a desear una vida normal. No estarás sola, iré contigo.

Mientras volvía a mi cuarto me imaginé a mí misma atravesando el umbral de la puerta y sentí un miedo atroz que me hizo dar un respingo cuando Javier se cruzó conmigo en el pasillo y me preguntó qué tal había ido la sesión.

-Perdona – se disculpó enseguida al darse cuenta de que me había asustado – No quería asustarte.

-Es culpa mía, estaba distraída. ¿Sabes? La doctora Lázaro me ha dicho que vamos a empezar a salir a la calle.

-¡Eso es genial, Miriam! Pronto estarás ahí fuera, en el mundo real, luchando de nuevo.

Él estaba sinceramente emocionado, pero su expresión cambió cuando vio que mi cara no era precisamente de alegría.

-¿Quieres que te acompañe? – se ofreció.

Sólo entonces se me ocurrió que si había alguien con quien podría soportar si quiera imaginar que salía de aquel hospital, era él. Le miré a los ojos y le pregunté:

-¿Lo harías?

-Por supuesto. Será un placer devolverte a la vida. ¿Sabemos cuándo vas a empezar?

-No. La doctora sólo me ha dicho que vaya haciéndome a la idea y que me acompañaría ella misma. Pero creo que me sentiré más relajada contigo. Creo que después de ella tú eres el único que ha visto la peor parte de mí. Y se te da tan bien quitarle hierro a las cosas...

-Vaya, eso no me lo habían dicho nunca. Es todo un halago.

Una semana. En sólo una semana me encontré de pie frente a la puerta que me daba tanto miedo. Era un precioso día de junio, hacía un sol radiante y hasta algo de calor, aunque no demasiado. Javier se había colocado a mi lado, con las manos cruzadas a la espalda esperando el movimiento de mi pie. Un par de pasos más y la puerta de la clínica se abriría para mí. No había posibilidad de vuelta atrás, así que metí todo lo que me daba vueltas en la mente en el cajón desastre que tengo en la cabeza para ese fin y di los dos pasos. La puerta se abrió. Javier seguía a mi lado en silencio. Aguanté la respiración y adelanté el pie derecho. Ya casi estaba fuera. La duda se hizo insoportable, tanto que lancé el otro pie rápidamente y di otros dos pasos. Esta vez la puerta se cerró tras de mí. Respiré hondo y miré a Javier que esperaba a que soltara el aire y dijera algo. Lo único que se me ocurrió fue:

-Pues por aquí fuera las cosas no han cambiado demasiado.

Javier soltó una carcajada ante mi exagerado comentario. Por fin yo también me reí porque había sido mucho más duro imaginarlo que llevarlo a cabo, como suele suceder. Mi enfermero me ofreció su brazo y señaló al ventanal desde donde la doctora Lázaro y la limpiadora nos observaban y aplaudían y me dijo:

-¿Qué tal si bajamos esa cuesta y les enseñamos a aquellas fisgonas cómo se hacen las cosas?

Mi primer impulso fue volver al interior lo más rápido que pudiera, pero no lo seguí. Me agarré a su brazo y empezamos a caminar cuesta abajo con el sol sobre nuestras cabezas, un sol que no había sentido sobre todo mi cuerpo desde hacía... ¿cuánto? ¿Un año? ¿Año y medio? Sí. La última vez fue una tarde de abril algo más cálida pero en la que una brisa suave con olor a primavera mecía perezosamente unos cipreses. Me paré en seco.

-Volvamos – dije dándome la vuelta.

Javier me miró desconcertado y supo lo que había pasado. La Miriam que había estado dispuesta a caminar hacia el exterior ya no estaba. Él las conocía muy bien a las dos, a la vital que tenía ganas de perdonarse y darse una segunda oportunidad y a ésta, oscura y resentida, que disfrutaba auto flagelándose y escondiéndose en un rincón. Se limitó a caminar a mi lado cuesta arriba, ya cada uno por nuestro lado hasta que volvimos dentro. Él se detuvo en el mostrador sin mediar palabra y yo continué hasta mi habitación pasando junto a la doctora también en silencio. Una vez dentro me acerqué a la ventana y observé el jardín en flor fresco y lleno de color. Esto es lo que sucede con los cajones de nuestra mente, que a veces rebosan porque ya no les caben más recuerdos, y algunos se escapan al exterior y nos atormentan. Una parte de mí estaba satisfecha con haberlo conseguido, pero otra se negaba a dejarme disfrutarlo. Y otra vez volví a dejarla ganar, aunque sólo por aquel día, pues al día siguiente volví a recorrer el mismo camino, esta vez sola. Sin embargo, durante los escasos minutos en que permanecí fuera no pude dejar de preguntarme si alguna vez sería capaz de llevar una vida normal, si podría pasear sin sentir el impulso de correr a esconderme en algún lugar seguro, o mezclarme con la multitud como una más. Ni siquiera creía que fuese capaz de dejar alguna vez la medicación.

La doctora Lázaro sólo tenía algunas respuestas.

-Podrás hacer lo que quieras, más bien lo que te permitas hacer. Esa parte de ti que cree no merecer nada positivo tiene que dejar de llevar la voz cantante. Puede que no llegue a desaparecer del todo pero al menos podemos quitarle protagonismo, ¿no crees? En cuanto a la medicación, deja que yo me encargue de eso.

Nuestras últimas sesiones no se llevaban a cabo en el diván, sino alrededor de una pequeña mesa, sentadas cada una en un sillón, justo junto al tragaluz que dejaba entrar la luz del exterior. A veces incluso tomábamos un té mientras hablábamos. La doctora Carmen Lázaro hacía tiempo que había dejado de ser simplemente la persona que me trataba y se había convertido en la única que me comprendía y me aceptaba tal y como era y con la carga de lo que había hecho.

“-¿Cómo se tomó Luis la separación?”

-Mal, como era de esperar. Pero yo dejé todo en manos de mi abogada para que la cosa terminara cuanto antes. Por supuesto no le hablé nunca de los malos tratos. Tenía miedo de que si le ponía a Luis algún impedimento para ver a los niños, o le denunciaba, nunca me dejaría en paz. Sólo quería no tener que verle nunca más. Él aceptó la separación y yo no volví a verle. Los niños serían recogidos por su padre en un punto de encuentro bajo la supervisión de un trabajador social cada quince días un fin de semana, más un mes durante las vacaciones, que podría repartirse en distintas épocas. Con lo que nos pasaba de pensión pudimos encarrilar un poco nuestras vidas. Los críos habían vuelto a su rutina, Laura al colegio de siempre y Diego seguía pasando los días conmigo, pues podía permitirme no llevarle a una guardería y pasar mucho tiempo con él. Todo fue tan rápido y tan pacífico que no podía creérmelo ni dejar de preguntarme por qué no había hecho esto antes. Llegué a pensar que Luis tenía a otra mujer en su vida y que quizás la separación incluso le había venido bien, y francamente, no me importaba. Yo tenía lo que quería, estaba en mi casa, sola, con mis hijos, como jamás creí que volvería a estar.

Con el tiempo empecé a dar clases de inglés en mi casa, al principio a algunos niños del bloque, luego llegó un momento en el que tuve que rechazar a varios alumnos pues me era imposible atenderles. Seguía sin salir mucho ya que no me encontraba cómoda en la calle y estar entre la gente llegaba a

producirme falta de aire. Empecé a acudir a un psicólogo, pero la terapia no funcionó. Finalmente fui a un psiquiatra que me prescribió un tratamiento que me hizo mejorar muchísimo, llegando no sólo a salir otra vez, sino incluso a sentir que lo necesitaba. No sé si por la mediación o por el vuelco que había dado mi vida en tan pocos meses, el caso es que estaba eufórica, exultante, con la sensación de que podría comerme el mundo.

Una noche estaba en el baño a punto de duchar a Laura, con Diego gateando alrededor, cuando me pareció escuchar el sonido de la cerradura. Era imposible. Nadie más tenía llave...ni siquiera Luis, que yo supiera. Un sudor frío empezó a empaparme el cuerpo cuando oí cómo la puerta se abría lentamente. Me lancé a coger al niño y a Laura y a escondernos detrás del mueble del lavabo. Apagué la luz y traté de tranquilizar a la niña diciéndole que estábamos jugando al escondite y que ganaría quien no hiciera ningún ruido. Escuché pasos moviéndose por la casa, cada vez más cerca del baño donde nos encontrábamos. Creí que se había parado en la puerta y que la abriría de un momento a otro. El corazón se me quería salir del pecho. Supliqué al aire que no entrara, que pensara que no había nadie y se marchara, mientras apretaba el chupete contra la boca de Diego. Pasaron unos segundos y la puerta no se abrió. Todo lo contrario, escuché cómo los pasos se dirigían hacia la puerta de la calle, ésta se abrió y el silencio volvía a invadirlo todo. Al principio no me atreví a moverme, segura de que había sido un truco para hacerme salir de mi escondite, pero después de unos minutos que me parecieron horas seguí sin escuchar ningún ruido, así que me levanté y volví a encender la luz. Salí al pasillo con el crío en brazos y Laura de la mano y caminé con ellos por toda la casa lentamente para no asustarles. Abrí y cerré armarios, miré bajo las camas y en cualquier lugar donde hubiera tenido posibilidad de esconderse. Cuando me aseguré de que estábamos solos cerré la puerta con llave y la dejé puesta por si intentaba volver a entrar. Mientras hacía todo esto no podía dejar de preguntarme cómo había podido ser tan confiada y no haber cambiado la cerradura. Luis podía haber cogido la llave de Matilde y haber hecho una copia, ¿cómo no se me había ocurrido? Al cabo de un rato volví a lo que estaba haciendo sin poder dejar de pensar en lo que había sucedido. ¿Había sido Luis? ¿Por qué había entrado en todas las habitaciones menos en la que estábamos? Y llegué a la conclusión de que lo hizo para dejarme claro que estaba a su merced desde el primer día en que me marché, y que no había entrado porque no había querido, ni aquel día ni antes. Pero había venido a demostrarme que seguí allí, en mi vida, en mi cabeza, y que no pensaba marcharse. Después de un buen rato dejé de temblar y de pensar en ello. Por supuesto que no dije nada a nadie de aquella visita, ni siquiera a Matilde. Ojalá hubiera sabido lo caro que me iba a costar mi silencio.”

Seguí ayudando en la cocina como parte de mi terapia y conseguí llegar a la orilla del mar. Primero logré bajar la cuesta, luego me alejé un poco más y me adentré en las callejuelas que conducían a la playa, y finalmente me detuve allí. Cerré los ojos y escuché el sonido de las olas acariciando la arena de la orilla. Fue una mañana muy temprano, cuando acababa de salir el sol. Tuve la tentación de quitarme las zapatillas y meter los pies en el agua, pero no lo hice, no quería sucumbir a ningún placer. De hecho, me marché antes de que el calor del sol me invitara a quedarme.

Dejé de preguntarme quién pagaba mi recuperación. Estaba segura de que nadie iba a decírmelo. Los días transcurrían con cierta normalidad, uno tras otro, acercándose inexorablemente al final del verano, la que siempre fue mi estación favorita. Terapia, ejercicio, cocina, comidas y sueño. En esas palabras podría resumirse mi estancia en la clínica. Pero lo cierto es que había pasado de las puertas de la muerte a la vida, del infierno a una realidad algo menos dolorosa aunque cruel, del abandono más absoluto a cierto grado de autocompasión que me permitía no odiarme demasiado. Había recuperado la rutina que contribuye a distraer la mente, las charlas cotidianas que vacían el cerebro de preocupaciones profundas. Como me dijo mi doctora en una de mis últimas sesiones, había recuperado el sentido de la realidad evitando así perderme en pensamientos oscuros que me robaban las pocas ganas de vivir que había conseguido reunir con tanto esfuerzo. Sin embargo, mi rutina era ficticia y yo lo sabía. Mi vida

transcurría en un ambiente controlado donde no había estímulos negativos que pudieran alterar mi recién recuperada estabilidad. Un nuevo miedo se apoderó de mí. ¿Qué pasaría cuando tuviera que abandonar la clínica? No podía imaginarme mi vida lejos de la zona segura que aquel lugar representaba para mí.

Fue en mi siguiente sesión con la doctora cuando por fin le conté aquella conversación reveladora que mantuve con la madre de Luis, la que me mostró una realidad totalmente desconocida para mí, la de una familia que carecía de la perfección que aparentaba.

“Una mañana de sábado alguien llamó al timbre. Yo no esperaba a nadie, como de costumbre. Los niños aún dormían y yo estaba tumbada en el sofá del salón, sentándome de vez en cuando para dar un sorbo a mi primer café del día. Cuando contesté el telefonillo y oí la voz de la madre de Luis, un escalofrío me atravesó el cuerpo desde los pies hasta la nuca. Abrí. No la había visto desde hacía meses y no esperaba volver a verla, y menos aquí. Su visita me inquietó enormemente, pero quería saber lo que tenía que decirme. La esperé en la puerta y cuando salió del ascensor me pareció que venía en son de paz. Elegante, impecable, con su sonrisa ensayada de siempre, como si el tiempo se hubiera parado el día que esbozó aquel gesto. Caminó segura hasta mí y le dije instintivamente:

-Los niños están aún dormidos.

-No vengo a hablar con los niños. Quiero hablar contigo, si no es mucha molestia.

-No sé de qué podríamos tener que hablar tú y yo.

-De lo único que tenemos en común: mi hijo.

Por qué no le cerré la puerta en las narices en aquel momento es una pregunta que aún me atormenta, supongo que me pudo la curiosidad. Abrí más la puerta y la invité a entrar, sintiendo como si hubiera invitado al mismísimo diablo. Y eso que yo nunca había tenido problemas con ella, hasta ese punto nos habíamos evitado durante años. Le ofrecí asiento y simplemente me preguntó:

-¿Cómo estás?

-Bien. Todo lo bien que puedo estar. Afianzándome en mi nueva vida.

-Sé que ha pasado tiempo...Quizás debí haber venido antes, pero me pareció una situación bastante incómoda, no sabía qué decir, qué hacer...

Por fin dijo lo que había venido a decir:

-Luis lo está pasando muy mal con todo esto.

Me encogí de repente. Todos mis músculos se petrificaron.

-Sé que tiene un carácter difícil, que no sabe gestionar sus emociones y a veces hace cosas que están fuera de lugar...

Algo tuvo que apoderarse de mí, pues no puedo explicarme de otro modo cómo la interrumpí y le dije todo lo que había guardado durante tanto tiempo.

-¿Un carácter difícil? ¿Eso es lo que según tú padece Luis? – dije intentando mantener la calma. No quería gritar. No quería ser lo que no era. Y mis hijos dormían cerca de nosotras, en su cuarto, así que me propuse no levantar la voz para no asustarles.

-Una persona con un carácter difícil no te da una paliza.- le dije.

Sus ojos se clavaron en mí, y por un instante creí que se levantaría y se iría, viendo que no tenía nada que hacer, pero no lo hizo. Al contrario, suavizó el gesto y en tono condescendiente me dijo:

-Mujer...palizas...

Aquella fue la gota que colmó el vaso. Ya no pude contenerme más y lancé al viento todo lo que me había estado callando durante tanto tiempo:

-¡Deja ya de hacerte la tonta! ¿No ves que eso no sirve para nada? Es imposible que no lo supieras. Dejabas de invitarnos y visitarnos justo después de uno de esos episodios, y cuando las cosas parecían medianamente normales volvías a aparecer de nuevo. ¿Crees que soy tonta?

Esta mujer jamás dejó de sorprenderme. Tuvo la desfachatez de mantener su actitud, de mirarme como si le estuviera contando algo que ella no sabía.

-¿Acaso no permitías a Matilde atenderme cuando no podía sacar mis huesos de la cama después de que me hubiera pegado? Tú sabías perfectamente lo que estaba pasando, lo que tu hijo estaba haciendo conmigo, y no te importó lo más mínimo. Sólo querías mantenerlo en secreto para no alterar tu mundo.

Se atrevió a seguir hablando, sin inmutarse:

-Sabía que pasaba algo entre vosotros, que teníais problemas, pero eso son asuntos de pareja, no quería inmiscuirme.

-Aquello no eran asuntos de pareja, era sangre, dolor y lágrimas. ¡Tú me dijiste que podría contar contigo siempre y me abandonaste a mi suerte! Pero cómo ibas a mover un dedo por mí si no fuiste capaz de hacerlo ni por ti misma.

Entonces su gesto cambió y parecía sinceramente sorprendida ante lo que le había dicho.

-¿Por mí? ¿De qué estás hablando?

-Lo sé. No finjas más. Sé que tu marido también te maltrataba, o aún lo hace.

Esperé unos segundos a que me dijera lo que yo esperaba oír, pero lo que salió de sus labios no hizo sino confundirme aún más:

-¿Mi marido? ¿Crees que mi marido me maltrata? ¿De dónde has sacado esa tontería? Primero, jamás se le ocurriría. Perdería todo lo que tiene porque todo es mío. Acabó la carrera porque mi padre se la pagó, la clínica que regenta era de mi padre y ahora es mía, las casas que tenemos son mías. Y segundo, si en algún momento me hubiera puesto una mano encima, sólo lo hubiera hecho una vez, porque no hubiera vuelto a tener otra oportunidad.

Ahora era yo la que estaba confusa. ¿Por qué Matilde había insinuado algo que a todas luces no era cierto?

-Créeme, si se hubiera atrevido a pegarme ahora no estaría conmigo.

-Justo lo que hice yo con Luis. Y sí. Mi error fue no marcharme la primera vez que me tocó, o quizás desde fuera se ven las cosas mucho más sencillas de lo que son. El caso es que esa es la verdad, y que me marché antes de que pudiera hacer daño a los niños, si no lo sabías ya lo sabes. Yo también me pregunto qué me llevó a aguantar tanto tiempo.

-Miriam – continuó en tono conciliador – No quería discutir contigo. Sólo quería que os dieseis otra oportunidad. Luis te quiere y puede cambiar.

-Márchate, por favor. No quiero decir o hacer nada de lo que pueda arrepentirme.

Mis palabras fueron firmes y mi gesto casi amenazante, así que ella se levantó tan solemnemente como se había sentado, se dirigió hacia la puerta y se marchó sin mirar atrás. Yo cerré con llave justo cuando se marchó y me fui al cuarto de los niños esperando que estuvieran despiertos para abrazarles, porque nadie en el mundo ha necesitado un abrazo más que yo en aquel momento. Pero ellos seguían dormidos, como dos ángeles. Les miré durante un buen rato, y como no sabía qué hacer, me puse a recoger un poco. Mientras lo hacía no paraba de darle vueltas a la conversación que acababa de mantener. ¿Por qué Matilde había insinuado algo que no era verdad?

Ella solía venir a veces a ver los críos y a merendar con nosotros. Le teníamos mucho cariño. Era una mujer tan dócil, tan sencilla, tan dispuesta a darlo todo por cualquiera que lo necesitara, que era imposible no quererla. Así que la siguiente tarde que vino a casa, después de darle muchas vueltas, y justo cuando ambas recogíamos los platos de la merienda, le pregunté:

-Matilde...una vez me dijiste que el padre de Luis maltrataba a su madre...

Ella me interrumpió sorprendida:

-¿Yo le he dicho eso? No creo. Nunca he visto nada raro entre ellos.

Sin embargo, se había empezado a poner nerviosa, colocaba las cosas donde no les correspondía y le tembló la voz al hablar.

-Sí. Tienes que acordarte. Una de las veces que hablamos me dijiste que Luis era igual que su padre.

Entonces ella me miró y me dijo:

-Eso sí puede que te lo haya dicho. Pero ese hombre jamás levantaría un dedo en contra de su mujer. No porque la quiera mucho, sino porque ella sabe de él cosas que no sabe nadie...le gusta la buena vida, el dinero, las mujeres...y eso sólo puede costárselo ella.

Me hubiera gustado verme la cara en un espejo en aquel momento.

-Pero a Luis no le gustaban otras mujeres... ¿no? Yo nunca he sospechado nada. Al contrario, a veces me hubiera gustado que así fuera y que me hubiera dejado por otra.

Justo cuando esas palabras abandonaron mis labios me sentí sumamente avergonzada. Hasta ese extremo había llegado mi miedo, mi falta de autoestima.

-No, Miriam. Pero le gusta pegar a las mujeres, le gustaba pegarte a ti. Y a su padre también. Lo que pasa es que su padre tenía en casa a la víctima perfecta: inculta, simple, fea, y sin nadie en el mundo.

De pronto fue como si se hubiera abierto el telón de una obra de teatro y yo pudiera contemplar lo que no había sido capaz de adivinar hasta entonces.

-¡Matilde!-exclamé abrumada- ¿Cómo no me has contado antes esto?

Ella adoptó su habitual actitud resignada para decirme:

-¿De qué hubiera servido? Nunca se lo he dicho a nadie. No tenía a quién. Ni recuerdo cuándo o cómo empezó. El caso es que tenía su dinero para fiestas y para putas y a mí en casa para pagar todas sus borracheras y sus frustraciones.

Yo seguía mirándola anonadada, incrédula. ¿Por qué jamás se me había ocurrido algo que ahora me parecía tan obvio?

-¿Y ella no hacía nada?

-¡Ay, cariño! Esa mujer es un verdadero misterio para mí. Lo sabía, claro que lo sabía. Me permitía no aparecer cuando estaba demasiado dolorida para trabajar, y hasta iba a ver qué tal estaba y hablaba conmigo como si tuviera una gripe. Yo simplemente le seguía el juego porque no tenía ningún sitio a dónde ir. No tenía casa, ni familia, ni conocía a nadie que no fueran las personas que venían a la casa. Así que no hice nada. Me conformé con lo que me había tocado vivir y agradecí cada día en que no aparecía por casa.

Estábamos sentadas la una junto a la otra en el sofá y la abracé. Sentí como si me abrazara a mí misma, como si me consolara el hecho de saber que, después de todo, no era tan diferente.

-No te preocupes, Miriam. De eso hace ya mucho tiempo. Para mi suerte, o para desgracia de alguna otra, aquello pasó durante unos años y luego dejó de pasar igual que había empezado. No sé si ella tendría algo que ver o no. Nadie jamás mencionó nada, ni durante, ni después. Así fue como conocí a la abogada a la que te envié. Ella venía a veces a casa con su marido, invitada a alguna cena, y enseguida notó que algo sucedía. Esa mujer lleva muchos años ayudando a mujeres maltratadas sin recursos, sin cobrarles si quiera, y mis moratones, mis ojeras, los comentarios de él cuando se pasaba de copas, en fin, todo, le dieron pistas de sobra. En un par de meses empezó a hablar conmigo, me invitó a su despacho, intentó sonsacarme, pero yo no podía hablar, no si quería seguir viviendo en la casa. Así que nunca le dije nada. Estuve tentada a veces, incluso la llamé, pero luego soltaba alguna excusa y colgaba... y como con el tiempo todo acabó, ya no hice nada.

A raíz de esa conversación al menos una cosa me quedó clara. Luis no era como yo pensaba, un chico rico y educado que me maltrataba por capricho. Y no le estoy disculpando, ni mucho menos, pero su imagen se suavizó ante mis ojos cuando me imaginé la clase de familia en la que había crecido. Seguramente habría oído o presenciado cómo su padre maltrataba a Matilde, algo sabría también de la vida que llevaba al margen del hogar, y ¿qué pensaría de su propia madre, una mujer capaz de consentir todo a su marido para mantener su apariencia de vida perfecta? Muchas cosas empezaron a encajar en aquel momento en mi mente.”

Sabía que ya no me quedaba mucho más que desgranar de mi experiencia en las consultas con la doctora

Lázaro, y que se acercaba el momento de la verdad. Lo que le había pasado a mis hijos lo había enterrado en el cajón desastre que tengo en mi mente y había tirado la llave al mismísimo infierno para asegurarme de no abrirlo nunca más. Y se acercaba el momento en que tendría que bajar a buscarlas para volver a ser libre, para perdonarme a mí misma, y sobre todo para asumir que ellos no iban a volver, y que era yo la única que les había condenado a aquel fin prematuro con mi silencio. La doctora, siempre que tenía oportunidad, me repetía que todo sucede debido a muchos factores, nunca a uno solo, y que a veces actuamos creyendo que lo que estamos haciendo es lo mejor para nosotros o para quienes queremos, y resulta que les estamos perjudicando. No sé cómo se las ingeniaba para colocar estas palabras en casi cada una de sus charlas conmigo. Creo que quería grabar esa idea en mi cabeza para sustituir la que yo había grabado antes: que yo y sólo yo había sido la culpable de la muerte de mis hijos. ¿Y saben qué? Que ocurrió como cuando te haces un tatuaje que te parece precioso pero se estropea y tratas de borrarlo con otro: que ni el viejo se borra del todo, ni el nuevo se ve tan claro. Nunca llegó a convencerme del todo, nunca.

Después de aquella última sesión no volví a bajar a la cocina y casi no hablé, no por lo que había sucedido en ella, sino porque sabía lo que sucedería en la siguiente. Durante días no dejé de pensar en ello, anticipando mi reacción. Ya no había más historias que contar, ni más sesiones pospuestas por simposios. Lo que una vez ocurrió, lo que en mi mente no había ocurrido nunca porque mis labios no lo habían repetido, sólo tenía la opción de ser por fin. Ni si quiera en mis momentos más íntimos, más a solas, lo había reproducido porque la sola idea era insoportable. Hubiera jurado que nadie, jamás, me haría verbalizar mi dolor. Estaba tan escondido, tan camuflado bajo la rutina tan apacible en que se había convertido mi vida que de veras creí que se quedaría allí.

Una tarde me observé en el espejo atentamente. Mi pelo había vuelto a ser el de siempre, rojizo, largo y rizado, mis ojos habían recuperado la capacidad de concentrarse en algo en lugar de divagar por mundos perdidos llorando, interrogando, acusando, añorando...Eran unos ojos como los de la mayoría de los mortales, que callaban, observaban y evitaban. Mi piel, blanca y suave, totalmente libre de marcas ajenas o auto infligidas era un lienzo que parecía querer ser dibujado de nuevo. Mis labios carnosos y rosados parecían los de cualquier mujer que jamás los hubiera puesto a disposición de la muerte. Y, sin embargo, estos ojos habían visto lo que una madre jamás debería ver, y mis brazos habían acunado lo que es infame para una madre tener que acunar, y estos labios habían besado lo que jamás pensé que llegarían a besar, los rostros y los cuerpos fríos y sin vida de mis hijos. No hay castigo más cruel para una madre que ver yacer inertes los cuerpos que ella misma parió para llenarlos de besos y caricias, para acunarlos hasta que les venciera el sueño, para ser adorados por otros como lo fueron siempre por ella. Yo quería llenar sus mentes de risas y sueños, de ilusiones y fantasías para luego adentrarles lentamente en el mundo de los adultos y quedarme tranquilamente observando desde mi casa, con mis velas y mis gatos, cuán rápido pasa la vida, como diría Manrique. Ellos se hubieran hecho mayores, ¿Quién sabe en qué se hubieran convertido? ¿Quién sabe qué clase de personas hubieran sido o qué hubieran podido aportar al mundo? De vez en cuando me hubieran visitado y quizás hasta me hubieran pedido algún consejo. Lo que yo quería era ser madre, que era para lo que había nacido.

Y hasta aquí soy capaz de remover mi mente sin empezar a sentir un terrible vértigo que me hace temblar las piernas y me provoca un profundo nudo en la garganta que amenaza con ahogarme. ¿Contarlo? Hay cosas que no están hechas para ser vividas, ¿cómo van a ser contadas?

Unos golpes en la puerta de mi cuarto me sacaron de aquel lugar de mi cabeza que a veces me llama como un dulce canto de sirena que me prometiera que allí y sólo allí, el dolor jamás podría alcanzarme.

-¡Adelante! – contesté casi volviendo de un trance, y salí del baño para ver quién me había devuelto a la realidad.

Javier abrió la puerta y su sonrisa infundió algo de calor a mis huesos.

-¡Buenos días! – Dijo con cara de niño travieso- No voy a mentir. Vengo como espía de la cocinera.

-¿Espía? – dije con media sonrisa.

-Esa mujer debe pensar que soy el fisgón oficial del hospital.

-¿Lo eres?

Javier frunció el ceño.

-¡Pues claro! – dijo rompiendo a reír. – En serio, te echan de menos por aquellos lares.

Me senté sobre la cama y me miré fijamente los pies:

-Miriam – me llamó en tono interrogante.

-¿Sí?

-¿Estás bien?- preguntó sentándose a mi lado.

-No.

Creo que pocas veces he sido tan categórica en una respuesta y él no pudo evitar un gesto de sorpresa.

-No, Javier. Siento que después de tanto tiempo aquí no he avanzado nada.

-Vamos, no puedes estar hablando en serio. Recuerdo una Miriam sedada y con la cabeza rapada que te abofetearía por decir eso.

Parecía haberse molestado en serio y yo no sabía cómo reaccionar.

-No sé cómo explicarlo. Creo que podría marcharme ya, porque no voy a avanzar más de lo que lo he hecho.

-No seas cobarde. Sólo tienes miedo a recordar, a reconocer que después de todo sí has sido capaz de salir de aquel pozo. Te estás menospreciando, como siempre. No te voy a decir que sé lo que estás sufriendo porque no lo sé y no quisiera saberlo nunca, pero sé que has recorrido un camino largo y tenebroso y que si no sales de él aquí, jamás podrás empezar de nuevo.

Una sonrisa irónica me traicionó y se reflejó involuntariamente en mi rostro.

-¿Empezar de nuevo? ¿Te refieres a vivir de verdad, otra pareja, otra familia? Eso no sucederá jamás.

-Me refiero a que salgas de aquí y respires con libertad, a que te ganes la vida con tus clases, a que tengas amigos y te emborraches alguna vez, a que sientas que no le debes nada a nadie y que estás donde tienes que estar.

-Nunca tuve la sensación de estar donde tenía que estar. Me abruma la fe que todos tenéis en mi. Yo ni siquiera me imagino viviendo fuera de este hospital.

-Piensa en todas las cosas de las que te has creído incapaz desde que estás aquí.

Javier señaló con la mirada un foulard que se dejaba caer perezosamente sobre la cómoda.

-Piensa en la mujer que compró ese foulard.

Me guiñó un ojo y salió de mi habitación.

La mujer que había comprado ese foulard había sido yo, en mi último paseo por el pueblo. Ya me había acostumbrado a salir de la clínica y moverme entre la gente. El pueblo era bastante grande, rebosando de tiendas de regalos y artículos de playa para los veraneantes. La gente, acostumbrada a tratar con extraños, como en todos los pueblos turísticos de la costa, era amable y abierta. Aquella tarde, para no salir otra vez con el conjunto de deporte que usaba en el hospital, le había pedido a Bárbara que me trajera algo de ropa y ella me compró unos vaqueros y una camiseta preciosa de un tono rosa algo particular. Eso y mis gafas de sol fue lo que usé para pasear por el pueblo. Me paré frente a un escaparate y vi prendas preciosas decoradas con mariposas, bicicletas antiguas, monumentos...y aquel foulard turquesa llamó mi atención. No sé si por el color, o por las flores lila, o por las mariposas de colores, el caso es que me enamoré de él en cuanto lo vi. Entré en la tienda y lo compré con la pequeña asignación que me daban cada vez que salía por si quería comprar algo, o por si necesitaba un taxi para volver. Estábamos a principios de noviembre, pero hacia una temperatura propia de una primavera cálida más que de otoño. La dependienta me ofreció ponerlo en una bolsa, pero le dije que quería ponérmelo. Me lo puse en el cuello y ella sacó un spray de debajo del mostrador y me preguntó si le ponía un poco de perfume. Por supuesto, le dije que sí. Los únicos perfumes que usaba eran el del gel y la colonia fresca de la clínica y

el aroma a frutos rojos que me rodeó de repente, me recordó a una excursión por el campo. Volví tan contenta que ni siquiera pensé que en realidad volvía a un hospital mental. En mi mente, volvía a casa. Todo el mundo se percató de la presencia del foulard y de lo contenta que estaba, y recibí cumplidos desde que puse el pie en el hall de la clínica hasta que llegué a mi cuarto. Antes de quitármelo aspiré varias veces su aroma. Me sentía como una niña con zapatos nuevos. Creo que era feliz. Y hasta el momento en que Javier me lo recordó, no me había dado ni cuenta. Pero esta Miriam aparecía cuando quería, y estos días no estaba por la labor. Así que cuando, unos días después me dirigí a la consulta de la doctora Lázaro, sabiendo que había llegado el momento de hablar de lo único de lo que jamás hubiera querido tener que hacerlo, me sentí como un preso camino de la horca.

Como hacía habitualmente, me senté frente a ella junto al tragaluz. Ella no mostró de ninguna forma que este encuentro fuera diferente a los anteriores. Nos saludamos, intercambiamos unas sonrisas educadas y fue ella, como siempre, quien empezó a hablar.

-Miriam, ¿recuerdas lo que pasó los días previos a tu llegada aquí?

Me pareció una forma muy aséptica de hacerme afrontar algo que para mí era toda mi vida, y creo que hasta se lo agradecí. Hubiera jurado que aquel día no sería capaz de pronunciar ni una palabra, pero sorprendentemente no pude dejar de hablar. Supongo que siempre somos capaces de más de lo que llegamos a imaginar, y que por eso no somos capaces de decir cuándo ha sido demasiado.

“Aquel día llegué al punto de encuentro a la hora acordada, las siete de la tarde. Yo no quería tener que volver a ver a Luis, y él al menos se dignaba en marcharse para cuando llegara. El lugar estaba en una plazoleta del centro, a espaldas de la avenida principal. El mismo edificio albergaba Servicios Sociales y otros más. Entré, saludé y lo primero que observé fue que la asistente social estaba sola por primera vez. Siempre me habían recibido los niños, saltando y corriendo hacia mí contándome lo que habían hecho durante el fin de semana. Me dijo que aún no habían llegado, pero que seguramente no tardarían. No me alarmé, supuse que Luis se habría retrasado por trabajo. Aunque era domingo, a veces tenía que acudir a guardias o urgencias. La mujer me invitó a sentarme y charlamos de cosas triviales. Pasaron diez minutos y luego quince...y entonces por fin le pedí que llamara a Luis a ver qué pasaba. Tenía que duchar a los niños y darles la cena antes de acostarles pues al día siguiente había colegio y tenían que madrugar. Ella sacó una agenda y marcó el número de Luis, pero después de varios tonos, nadie contestó. Esperamos unos minutos y ella volvió a marcar. Aún nada. La situación ya estaba empezando a ponerme nerviosa, no porque pensara que había sucedido algo grave si no porque creía que Luis lo estaba haciendo a propósito para molestarme. Al cabo de unos minutos, la asistente llamó a la madre de Luis, que le dijo que no sabía nada y que no le había visto en todo el día. Tras una breve conversación, la asistente colgó el teléfono. Ya había pasado más de media hora, y yo ya había preparado mi discurso para cuando viera entrar a Luis con los niños. Tenía que asegurarme de que algo así no se volviera a repetir. La asistente me dijo que, por lo poco usual del retraso, y habiendo pasado tanto rato, quizás deberíamos notificarlo a la policía para que se personaran en su domicilio a averiguar qué pasaba. Me pareció un poco exagerado, e incluso le pregunté si no iba a parecer una histérica. Finalmente la mujer llamó a la policía y, tras unos minutos de conversación, colgó. Me dijo que ya irían de camino a su casa a hacer las averiguaciones oportunas y que lo mejor que podía hacer yo era marcharme a casa tranquila y ellos llevarían allí a los niños en un rato. Y así lo hice. Me marché con un enfado tremendo, deseando encontrarme con Luis en mi breve recorrido hasta el coche, cosa que no sucedió, para decirle todo lo que había ensayado en mi cabeza. Ya en casa me puse a recoger nerviosa, intentando no sacar las cosas de quicio, pero fue en vano. Primero, porque el instinto natural de una madre es ponerse en lo peor para estar preparada para proteger a sus hijos de todo mal. Luego, porque había visto tantas historias en televisión sobre padres que huyen con sus hijos y los separan para siempre de sus madres. Me tranquilizó pensar que normalmente eso lo hacían los extranjeros, que se llevaban a los niños a sus países de origen. Ese no era el caso de Luis,

que serían incapaz de vivir fuera de su ciudad natal donde era conocido y donde estaba todo su mundo, por reducido que éste fuera. Respiré hondo y me asomé a la ventana del salón con la esperanza de ver algún coche de policía que viniera por fin a traerme a mis niños. Nada. Era una noche clara de primavera, domingo por la tarde, la calle estaba completamente vacía. Me imaginé a esas madres dando la cena a sus hijos, o duchándoles, o preparando las mochilas para la semana escolar. Había pasado demasiado tiempo, más de dos horas, y de pronto sentí la urgencia de verles, como si no les hubiera visto en años, y ya no pude concentrarme. Apagué la tele y cogí un libro, no recuerdo cuál, pero tampoco pude leer. Otra eternidad pasó hasta que por fin sonó el timbre. Corrí hacia la puerta y al abrir sentí como si alguien me hubiera dado una patada en el estómago. Sólo había dos policías, un chico y una chica, ni rastro de los niños. Miré por el lateral, por si estaban detrás, y luego les miré a ellos interrogante. El chico me dijo que mejor entráramos para hablar y así fue cómo pasamos al recibidor. La compasión infinita que emanaba de la mirada de la chica ya me había hecho pensar que no eran buenas noticias, aunque no me imaginaba aún lo que había sucedido, a pesar de haber percibido en ella la posibilidad de lo irreparable. Cuando me colocó la mano en el hombro, como para transmitirme algo de tranquilidad o de consuelo, di un paso atrás. Las buenas noticias, ni siquiera las menos malas, no empiezan así. Entonces me dijo:

-Hemos recibido un mensaje de la guardia civil. Nos han comunicado que el coche de su exmarido se salió de la carretera y cayó al río.

-Mis niños, por favor...mis hijos.- fue todo cuanto pude articular.

Esta vez fue el chico el que, con todas las fuerzas que pudo reunir, me dijo:

-Lo siento mucho. Los cuerpos de los niños han sido rescatados del agua...sin vida. Están buscando al padre aún.

Las piernas me flaquearon, el corazón se me disparó y el estómago se me colocó en la garganta. Me arrodillé en el suelo porque no me sostenía en pie. Sólo podía repetir:

-No puedo vivir con esto...No puedo vivir con esto...

Una y otra vez, hasta que enronquecí y ya no pude decir nada más. Los policías me ayudaron a levantarme y me preguntaron a quién podían llamar para que me acompañara en estos momentos. La soledad más aterradora me invadió cuando caí en la cuenta de que no tenía a quien llamar. Mi cabeza empezó a dar vueltas como si estuviera en el tirabuzón infinito de una gran montaña rusa. A partir de aquí ya no recuerdo nada. Vino una ambulancia y yo trataba de apartar a los médicos a empujones con la poca fuerza que me quedaba. No quería que nadie me ayudara. Después creí ver a mis niños, sonriendo y llamándome, y me proporcionó tanta paz pensar en ir con ellos que en aquel momento concebí la idea del suicidio pues cualquier otra alternativa era mucho más dolorosa de lo que podía soportar. Escuchaba gente hablando a mi alrededor y de entre todas las voces una me hizo volver en mí. Era la voz de mi Matilde. Ni siquiera en esos momentos tan terribles recibí una visita de los padres de Luis. Según me dijo Matilde más tarde, ellos estaban muy ocupados esperando que el cuerpo de su hijo fuera también rescatado del agua. Los niños habían sido muy fáciles de localizar, pues estaban sujetos a sus sillitas por el cinturón de seguridad.

Cuando logré asimilar que no había posibilidad de error, que aquellos dos cuerpos que habían sacado de un río eran los de mis hijos, pedí verles, quería asegurarme y ver con mis propios ojos sus cuerpos sin vida, para matar una chispa de esperanza que aún brillaba en lo más hondo de mi ser.

Salí del box donde había permanecido en observación y donde me habían medicado, y, del brazo de mi buena Matilde, me dirigí al sótano, donde se encontraban las instalaciones forenses del hospital. A duras penas podía mantenerme erguida, los pasillos se estrechaban a mi paso y las puertas se alejaban. Tenía una sensación tan fuerte de vértigo que no sé cómo no me caí. No podía coordinar mis pensamientos, la cabeza llena de las sonrisas de mis niños y de golpes de Luis, de baños en agua templada con ellos jugando y riendo, y gritos e insultos de su padre...Por fin alcanzamos la puerta y

entramos y allí, en dos camillas, se vislumbraban dos pequeños bultos tapados con sábanas. Una enfermera que nos había acompañado hasta allí se acercó a ellas, y el médico forense me dio el pésame. Ya no había vuelta atrás, una vez que les viera la verdad se me arrojaría a la cara como acero candente para marcarme para siempre. Levanté la sábana con una mano mientras Matilde me apretaba la otra sin dejar de sollozar; era la sábana que más se extendía, así que sabía que lo próximo que vería sería el rostro de mi pequeña Laura. Y allí estaba, hinchada, pálida, con los labios morados...mi niña, la razón por la que había luchado tanto. Me eché sobre su pecho queriendo gritar pero mi garganta se negaba a emitir sonido alguno. Matilde apoyó sus manos sobre mis hombros sin dejar de llorar. Afortunada ella que tenía el consuelo del llanto. Yo no quería separarme de mi Laura, porque sabía que después ya no volvería a verla, pero tenía que ver a mi niño, así que me coloqué entre las dos camillas y destapé a Diego. Era aún casi un bebé, no había cumplido los tres años, y aún conservaba ese aspecto angelical que tienen los niños muy pequeños. Le revolví el pelo con mis dedos, y estaba aún húmedo y pegajoso. Cogí sus manos y las besé, primero la de Laura, luego la de Diego, llevándomelas al pecho. Por fin mi dolor encontró desahogo cuando conseguí gritar. La peor pesadilla de cualquier madre se había hecho realidad para mí, aquellos cuerpos que parí, amamanté y acaricié con un amor que jamás antes había sentido, ya eran de la muerte. Matilde intentaba separarme de ellos, pero yo no estaba dispuesta a marcharme ni a soltarles. Pedía a gritos que fuera una pesadilla, que alguien me despertara y estuviese en casa, en mi cama, junto a ellos, como cualquier domingo por la mañana. Pero nadie me despertó, y eran demasiados para luchar contra todos, así que no tuve fuerzas para resistirme.

Matilde me acompañó a recoger mis cosas y me llevó a casa en un taxi, una casa en la que ahora definitivamente nadie me esperaba. Cuando por fin me dormí en el sofá, me tapó con una manta y se fue al que había sido el dormitorio de los niños. Creo que sabía que aquella noche dormiría en paz por última vez en mucho tiempo gracias a la medicación, y quiso dejarme descansar, pero no me dejó sola. Al abrir los ojos me la encontré sentada en uno de los sofás, mirándome como si quisiera despertarme con la mirada. En cuanto abrí los ojos me señaló la taza de café. Cuando me incorporé en el sofá me invadió el silencio, un zumbido hueco que me recordaba que no habría más risas en esta casa, ni más juegos y canciones infantiles, ni más carreras por los pasillos. Mis brazos echaban de menos el peso de sus cuerpos y sólo habían pasado unas horas desde la última vez que les acaricié. Di un sorbo a la taza y otra sensación nueva y fría me invadió. Por primera vez en mi vida no me sentí reconfortada por el aroma y el calor del negro líquido.

Matilde me contó que el cuerpo de Luis seguía sin aparecer, pero que ya habían encontrado objetos personales y ropa. En lo más profundo de mi mente yo sabía que él jamás aparecería, estuviera o no en aquellas aguas, para martirizarme, para no dejarme descansar, para seguir teniéndome encerrada en su puño, esperando, preguntándome. En definitiva, para seguir siendo lo que siempre quiso ser: el centro de mi vida. Creo que fue en aquel momento cuando se me ocurrió por primera vez que podría no estar muerto, que quizás todo esto había sido un plan urdido para quitarme lo único que me quedaba en esta vida, o para vengarse de ellos y de mí por haberle abandonado. Rechacé estos pensamientos y los achaqué a mi mente cansada y febril por los acontecimientos de las últimas horas. Ella siguió hablando de lo que había escuchado en casa de los padres de Luis, que estaban desesperados ante la falta de noticias. Pensé que, después de todo, ellos también habían perdido a su hijo y a sus únicos nietos y no pude evitar sentir algo de compasión, aunque me resultara un poco contradictorio. No quería saber nada más de Luis, ni de sus padres, ni siquiera me importaba si aparecía su cuerpo o no, a estas alturas lo único que yo quería era que me dejaran enterrar a mis hijos en paz para poder marcharme con ellos lo antes posible y liberarme del peso enorme que sentía sobre todo mi ser, como si un bulto negro e infinito me oprimiera y no me dejara respirar.

El terrible momento, deseado por otra parte para emprender mi marcha, llegó. ¡Oh, ninguna madre

debería tener que enterrar a sus hijos! Es tan antinatural, tan terrible e inhumano que no se me ocurre nadie que pueda merecer tal castigo. Casi me resultaba irreal todo lo que estaba sucediendo y sólo tenía clara una cosa, que morir sería por fin despertar. El cariño de la gente, sus miradas y gestos compasivos, los murmullos ahogados a mi paso eran como un eco que me repetía que yo nunca había formado parte de esto y que ahora mi única salida era marcharme, dejar de ser. Siempre fui diferente a los demás y después de la muerte de mis padres esta sensación se acentuó, me sentía como un bicho raro entre la gente y no me identificaba con nadie, hasta que apareció Luis y pensé que por fin formaba parte de algo, de alguien. En el momento en que mis padres murieron me sentí parte de un triste y doloroso círculo, de algo antinatural, igual que ahora, tras la muerte de mis hijos había vuelto a ser señalada por la vida. Así que cuando por fin estuve sola hice lo único que sabía que acabaría con mi dolor. Y ya sabe el resto. No se me pasó por la cabeza que la puerta pudiera estar abierta. Simplemente llené la bañera de agua templada y me corté las venas de las muñecas en cuanto me metí en ella. En alguna parte había leído que era una buena forma de morir, y lo es. Cerré los ojos y pensé en mis hijos jugando en el campo una tarde de primavera, en un campo lleno de trigo y flores amarillas, no sé por qué. Y mientras, notaba cómo la vida iba abandonando mi cuerpo poco a poco, dulcemente. Vi a los niños con una claridad tal que se me antojó que estaba yendo hacia ellos y grité sus nombres. Probablemente eso alertó a quiénes me trajeron aquí”

Durante toda la sesión había permanecido con los ojos cerrados, echada contra el respaldo del sillón. Parte de la historia había fluido serenamente, y parte había sido un grito ahogado. Cuando abrí los ojos sentí como si hubiera vuelto de otro mundo, y la imagen de la doctora C que apareció ante mí me hizo compadecerme de ella. Sus ojos estaban enrojecidos y húmedos, las lágrimas aún recorrían sus mejillas y una incluso amenazaba con gotear hasta su regazo. Jamás olvidaré su rostro. Ella sabía mi historia, pero una persona en esas circunstancias no es sólo una historia clínica, es piel, es sangre y es llanto, es dolor y amargura y soledad, es el deseo de arrancarse la piel a tiras para dejar de sentir. Y ella lo vio durante mi relato de lo sucedido. Se acercó y me levanté para quedar frente a ella, y entonces hizo lo menos profesional que, según ella misma, había hecho en su vida. Me abrazó tan fuerte como pudo, como si quisiera hacerme sentir que los cuerpos no son obstáculo cuando un alma comprende a otra, y eso fuimos por unos instantes, dos almas abrazadas sin necesidad de hablar.

No me derrumbé, no me desmayé, no hubo cajones que se abren y se cierran durante aquellos momentos, pero me juré a mí misma que jamás se repetiría pues no podría soportar revivir aquello de nuevo, dolía demasiado. Si quería que mi paso por este lugar hubiera merecido realmente la pena, tenía que recoger mis despojos y ponerlos donde nunca nadie pudiera volver a verlos. Entonces se me ocurrió que quizás fuera el momento de pensar en serio en marcharse a vivir a otro lugar, en inventarse a una Miriam normal, otra más, que no pareciera el ser destrozado y gris en el que me había convertido. Ya en mi cuarto miré durante un buen rato la foto de Nueva York que me había dado Javier y no me pareció imposible marcharme tan lejos a empezar de nuevo, sin volver a sacar a la luz a la Miriam que lo había perdido todo. Pero el motivo de esta nueva esperanza no era haber superado lo que me había pasado, sino más bien pagar por ello, vivir en un eterno purgatorio hasta el último de mis días. Viviría sin amor, sin ninguno de los placeres de la vida, sin propósito. ¿Puede haber algo peor? Convertiría mi vida en un infierno personal que me recordara constantemente lo que había hecho, o mejor, lo que no había hecho: proteger a mis hijos. Condenaría el resto de mi existencia a no vivir, no merecer, no disfrutar, no sentir. Y así me quedé dormida, pensando que si tal vez conseguía vivir así, sólo tal vez, podría pagar mi deuda con ellos.

Poco después acabaron las sesiones y solamente veía a la doctora Lázaro para ajustar mi medicación. En un par de meses decidió que ya era hora de que esta mariposa negra se enfrentara de nuevo a la vida. Mi marcha no fue un alta cualquiera, fue un triunfo colectivo. Celebramos una comida allí mismo que preparamos entre todos. Todo el personal me acompañó. Javier y la doctora Lázaro me dieron sus

números de teléfono insistiendo en que les llamara si les necesitaba. Durante la comida, él había estado sentado a mi lado, como el guardián de mi alma que siempre había sido.

-Esto no va a ser igual sin nuestra pelirroja correteando por aquí. – me dijo.

-Tendréis que buscaros otro espíritu que levantar, porque éste ya se va.

Me miró con la sinceridad con que siempre lo había hecho y me dijo:

-Miriam, ¿me creerías si te dijera que sé que te esperan cosas maravillosas?

-Me conformo con que lo desees.

-Nunca mires atrás. Cuando sientas que el mundo se derrumba a tu alrededor, ponte tus auriculares con tu música bien alta y simplemente sigue adelante.

-¡Qué no hubiera dado por haberte conocido en otras circunstancias, en otro tiempo!

-Creo que todo llega en el momento oportuno. ¿Sabes? Tenemos la falsa idea de que somos cuerpos que contienen un alma, cuando en realidad somos almas que van cambiando de cuerpo, de tiempo y de lugar. Y en cada vida, nos cruzamos cuando es necesario.

Le di un beso en la mejilla como el que le hubiera dado al hermano que nunca tuve, o al padre al que perdí, porque él era tanto para mí...

Inma empezó a hablar de celebrar su fiesta de jubilación que sería en unos meses y todos le decían la suerte que tenía de poder descansar al fin y dedicarse a sus plantas. ¿Quién hubiera dicho que a esta enfermera pequeña y cascarrabias se le daban bien las plantas? Y allí, miránoles hablar, brindar y reír supe que no volvería a verles nunca más. Mis ángeles de la guarda que habían conseguido que quisiera vivir a mi pesar no deberían volver a aparecer en ningún momento de mi futuro. Su propósito se había cumplido en este tiempo y en este lugar.

Una vez que todos se habían dispersado, la doctora Lázaro me pidió que la acompañara a su despacho. Sacó un sobre de un cajón y, antes de dármelo, lo acarició un momento.

-Miriam, sé que siempre te has preguntado quién se ha hecho cargo de tu estancia en la clínica, y creo que ya es el momento de que lo sepas. Toma.

Por fin iba a averiguar quién me había cuidado, para quién mi vida había sido tan importante, y al mismo tiempo, quién me había abandonado a mi suerte entre aquellos desconocidos. Abrí el sobre y saqué unos documentos bancarios por una cantidad que me pareció inferior a lo que debía costar estar aquí ingresada un mes. Era una transferencia a mi nombre, de parte de... Matilde Roldán. Me llevé el sobre al pecho y susurré: "Mi Matilde". Nunca había pensado que pudiera ser ella y creí que algo terrible tenía que haberle pasado para que desapareciera así de mi vida. Ni siquiera quise preguntar para no tener la certeza de que había pedido a otro ser querido más. Miré a la doctora con los ojos bañados en lágrimas.

-Está muy lejos, Miriam. Los padres de Luis se marcharon a Sudamérica a intentar superar todo lo ocurrido, sobre todo querían dejar de ser el centro de atención, y se la llevaron con ellos. Vino a verte cuando aún no reconocías a nadie y verla no te hacía ningún bien pues de alguna manera tu mente sabía que estaba ligada a ti y a tus hijos. Empeorabas durante días cada vez que ella venía, así que dejó de hacerlo. Pero ella te conocía bien y sabía que algún día abandonarías este lugar, y me pidió que te dijera que recibirías una asignación mensual mientras ella viviera o hasta que tú dijeras lo contrario. Ella lo sabía, Miriam, sabía que lo lograrías.

-¿No puedo contactar con ella?

-Yo sólo tengo estos datos bancarios. Siento no poder decirte más.

-Doctora, jamás podré agradecerle suficiente lo que ha hecho por mí, aunque eso haya supuesto que vaya a seguir viviendo. – Quise que aquello sonara a broma, pero demasiado sabíamos las dos que no lo era.

-Es mi trabajo.

-No. Atender pacientes es su trabajo, pero luchar por alguien como si le fuera la vida en ello va más allá de sus obligaciones.

Ella me tomó las manos entre las suyas y me miró a los ojos:

-Tú eres mi logro, mi trofeo de batalla, Miriam. Sal ahí y haz que todo por lo que has luchado valga la pena. Saber que estás ahí fuera en algún lugar, luchando como todos los seres humanos, es suficiente para mí. Esa es la verdadera recompensa de esta profesión.

A la mañana siguiente, en cuanto me asomé al pasillo y vi que no había nadie por allí, salí sujetando mi pequeña maleta en dirección a la puerta. No me despedí de aquel lugar, después de todo no contaba con la garantía de no tener que volver. Justo frente a la playa había una pequeña marquesina de autobús por donde pasaban varias veces al día hacia Málaga. Me senté a esperar por poco tiempo, con mis auriculares puestos y mi música sonando, temblando, aunque seguramente no sería perceptible para el resto de los pasajeros. Me bajé en la estación del Muelle Heredia, sin siquiera haber prestado atención al trayecto que conocía desde siempre. Crucé buscando la céntrica calle Larios, sólo por el gusto de saber si era capaz de soportar estar rodeada de tanta gente. ¡Ay, mi Málaga, cuánto tiempo! ¡Qué distintos estos ojos que hoy te miran de los que te vieron por última vez! Es tan fácil perderse entre las callejuelas empedradas y los escaparates de las tiendas. Hay bares y restaurantes por todas partes, casi siempre llenos de gente, turistas y gentes de aquí que disfrutan de este clima espectacular. Hoy hace un buen día para sentarse a leer en cualquier banco o terraza. Ahora mismo no hay mucha gente, es demasiado temprano, así que me senté en la primera terraza que me pareció acogedora y pedí un desayuno. Me atreví a no pedir un descafeinado, me recordaba demasiado al hospital. No. Hoy me tomaría mi primer café de mi nueva vida.

Sin darme cuenta di el primer sorbo, como si lo hubiera hecho a diario, y su aroma, su calor, me hicieron detenerme un instante a disfrutarlo. ¡Cuánto tiempo bebiendo es mezcla innombrable de agua y algo negro que decían que era café! Cerré los ojos para dar el segundo sorbo. Una simple bebida puede reconfortar tanto...Tenía que pensar en mis objetivos del día. Lo primero hacerme con un teléfono, y lo segundo conseguir un lugar donde vivir. Javier me había dicho que eso no sería problema, pues había muchas viviendas en alquiler en toda la zona centro. Eché un vistazo a mi alrededor, ya era completamente de día. Cogí el periódico que había encima de la mesa y me fui directamente a los clasificados en busca de mi nuevo hogar. En efecto, la oferta era muy amplia, pero yo no quería vivir cerca de la zona donde había vivido antes de que...bueno... antes de que mi vida se volviera del revés. Me detuve en un anuncio donde se ofrecía un piso en alquiler cerca de la plaza de la Merced. Eso no quedaba muy lejos de donde estaba ahora, si acaso unas calles más arriba, pasando por la catedral. No era muy grande, un apartamento y un baño, y cocina office, pero para mí eso era más que suficiente. Tenía todos los electrodomésticos, así que mejor aún, no tendría que comprar nada. Levanté la vista un momento para ver qué tiendas había alrededor, buscando alguna donde adquirir un móvil, creí que sería tarea difícil, sin saber que son tan abundantes en realidad. Así que justo en la esquina de enfrente había una y fue allí donde conseguí el dichoso artilugio que tantos momentos de relax me iba a proporcionar, aunque aún no lo sabía. En la tienda me regalaron mis primeros auriculares. Volví a la cafetería y tomé un sándwich mientras conseguía quedar con una mujer para ver el apartamento en cuestión. La vida estaba siendo amable conmigo, para variar, pero con todo se me antojaba imposible lograr todo lo que me había propuesto. Lo primero que quería hacer era encontrar a Matilde y darle las gracias. Había sido casi una madre para mí, lo más parecido a una que puedo recordar. Quería volver a verla y sobre todo quería que ella viera lo que había conseguido con tanto sacrificio, pues era una mujer humilde, con pocos recursos, y quizás devolverle todo lo que me había dado en todos los sentidos. Para lograr todo esto, necesitaba por encima de todo un trabajo.

Una señora me esperaba para enseñarme el apartamento justo en la puerta de la entrada del bloque, que estaba casi al principio de una de las calles que desemboca en la plaza. Era un edificio amarillo, con contraventanas de madera de color verde. La mujer era bastante joven, unos cuarenta y pocos diría yo, y se veía viva y dinámica, como si tuviera mil cosas que hacer y no tuviera tiempo suficiente. Me llevó hasta él tras entrar en el bloque y subir un par de pisos de escaleras y por fin pude ver que tenía incluso

más de lo que necesitaba. Además de los muebles y todos los enseres de la casa, era silencioso, luminoso y tenía una preciosa terraza desde la que, cuando te asomabas, lo primero que se veía era un cine de los de antes, no uno de esos grandes inventos modernos donde acudimos ahora a ver películas. No digo que estos estén mal, ni que no me gusten, pero supongo que soy de otro tiempo. Era un cine pequeño, blanco y con un enorme cartel encima de la puerta de entrada. También podría observar el bullicio que tanto me atraía quizás por el miedo que me daba adentrarme en él. El siguiente paso fue comprar algunas cosas para comer y limpiar, y sobre las ocho de la tarde por fin me tumbé en el sofá para descansar un poco. En ese momento tuve tiempo de observar el apartamento sin la premura de tener que abastecerme de todo lo necesario para empezar mi nueva vida. Estaba pintado por completo de un blanco casi beige y tenía unas preciosas cortinas de flores y un visillo que le daba un cierto aire romántico al salón. El sofá era rojo y había un sillón. Justo enfrente había un mueble con un televisor de pantalla plana, y a mi derecha, el balcón. El baño no era muy grande, pero estaba alegremente alicatado con gresite en tonos blancos e infinidad de azules que dibujaban una especie de fondo marino lleno de conchas y peces. La cocina también era pequeña, pero no le faltaba de nada: microondas, horno, lavavajillas y una encimera donde la dueña había colocado ordenadamente una cafetera, una tostadora y una plancha para asar. Toda la pared estaba cubierta de armarios y estanterías, excepto un hueco que quedaba libre para una ventana. Al asomarme descubrí el tendedero de la ropa justo debajo. Y por fin el dormitorio. Un romántico cabecero blanco de forja y una preciosa colcha de flores en tonos pastel, dos mesillas de noche blancas también y una cómoda del mismo color con un espejo. Las cortinas que cubrían el balcón eran de organza a juego con la colcha. En un rincón, un perchero y en la pared a la derecha de la entrada un armario empotrado blanco con preciosos pomos imitando rosas antiguas, como oxidadas. Y allí me quedé. Me tumbé sobre la cama y me dormí sin darme cuenta.

No desperté hasta el día siguiente. La casera vivía justo en el piso de abajo y no debí parecerle muy rara cuando me dejó quedarme con la promesa de pagarle la fianza y el primer mes al día siguiente, una vez hubiera ido al banco, cosa que hice en cuanto me duché y me vestí. Luego puse un anuncio en el mismo periódico en el que yo había encontrado este pisito, para vender el mío.

La primera semana pasó muy rápido, supongo que porque estuve muy ocupada yendo y viniendo al banco, al mercado, a comprarme algo de ropa, y todo ese tipo de cosas que se hacen a diario cuando uno se hace cargo de su propia vida. Dormir fuera de la clínica fue mucho más fácil de lo que había pensado, y el barrio era tan bonito y tan vivo que no me sentí una extraña entre sus gentes. Me acostumbre poco a poco a pasear por las calles adyacentes, luego llegar a la plaza, recorrer las calles que conducían al mercado, que tanto me había gustado siempre, con su enorme mural encima de la puerta de la entrada.

Sin embargo, un día, mientras compraba algo de fruta, noté que dos mujeres que había en el puesto de al lado me miraban y cuchicheaban. No le di importancia, después de todo no conocía a nadie, pero al pasar a su lado me detuvieron, como si me conocieran. Eran mayores, de unos setenta años. Una de ellas me preguntó directamente si yo era aquella pelirroja que había salido en televisión. Yo, sorprendida ante la pregunta, contesté que no, que yo nunca había salido en la tele. Las mujeres se dieron la vuelta y, cuando ya creían que no las oiría, una de ellas dijo:

-Te lo he dicho, ésta no es la de los niños muertos.

Me quedé petrificada. De hecho casi pude sentir cómo el corazón se me paraba, por un instante creí que me caería al suelo, pero respiré hondo y seguí caminando como pude para alejarme lo más rápidamente posible de ellas. Jamás se me había ocurrido que alguien podía acordarse de mí después de tanto tiempo, y menos aún que hubiera salido en televisión. ¿Cómo me habían reconocido? Debe ser este maldito pelo rojo. Tendré que pensar en teñírmelo. Una terrible sensación de angustia me invadió y me empujó a salir del mercado como alma que lleva el diablo. Afortunadamente enseguida pude refugiarme en mi casa. Respiré hondo varias veces y me calenté una taza con agua en el microondas para prepararme una infusión. ¿Y si alguien más me reconocía? ¿Y si alguien más murmuraba a mi paso o me preguntaba

abiertamente? ¿Podría salir corriendo siempre?

Por suerte esta situación no volvió a repetirse. No sé si alguien más me reconoció, pero jamás nadie volvió a dirigirse a mí de aquella manera.

Mi casera tenía una hija adolescente, Alejandra, que estaba literalmente loca por la música en inglés, conocía a muchísimos grupos y escuchaba música en casa cada vez que tenía ocasión. Yo aprovechaba esos momentos para recoger o leer mientras el sonido de voces y melodías desconocidas para mí invadía mi pequeño apartamento. El caso es que la chica tenía buen gusto y lo mismo escuchaba pop, rock o baladas. Una tarde me la encontré en la escalera y le pregunté cómo podía conseguir la música que ella escuchaba y simplemente sonrió y me pidió el móvil.

-¡Mola, eh!- dijo.

-Sí...es muy bonita. Me gusta.

-Pasa, mamá está en la cocina. – Y antes de que pudiera decir nada gritó - ¡Mamáaaaa, la pelirroja de arriba está aquí!

Pensé que efectivamente tendría que teñirme para no ser siempre simplemente “la pelirroja”. La madre salió de la cocina y le dio a su hija una colleja medio en broma medio en serio:

-Se llama Miriam, so bruta.

Luego se dirigió a mí y me preguntó si necesitaba algo. Le dije que la niña iba a pasarme algo de música y me invitó a pasar. Nos sentamos en el salón, me invitó a un refresco y durante un buen rato estuvimos hablando de cosas triviales. Fue una suerte para mí que ella tuviera tantas cosas que contar, pues no me preguntó absolutamente nada de mi vida. Me dijo que estaba divorciada y que era funcionaria en una oficina de la Seguridad Social, que tenía otro hijo, pero que vivía con su padre. Sólo pude decirle que yo era profesora de inglés pero que en aquel momento no tenía trabajo. Ella me dijo que a su hija le encantaba el inglés y que quería estudiar en el extranjero en cuanto tuviera la oportunidad. Sonreí porque me recordó a mí a su edad, todo el día escuchando mi música en inglés y soñando con viajes a Londres, Nueva York, Los Ángeles...Trece años tenía Alejandra, la edad justa para ser feliz, para soñar, para ir a los primeros conciertos, a fiestas de pijama, para pasarte horas al teléfono con las amigas, para los amores platónicos...y de todo ello me habló la madre, que por cierto se llamaba Victoria, detalladamente.

-¿Tú tienes hijos, Miriam?

La pregunta retumbó en mi cerebro, no sé si por lo doloroso de la respuesta o por la sorpresa, y como siempre en estos momentos el mundo se detuvo a mi alrededor. Por un instante no pude contestar, pero finalmente pude soltar un “no” casi inaudible.

-Tengo que irme – le dije, levantándome apresuradamente.

-¿Tan pronto? ¿No esperas ni por la música?

-No importa, que la suba Alejandra a casa cuando esté lista.

Creo que le di la sensación de que me había molestado, y supongo que mi reacción no fue la más adecuada, pero era una pregunta que yo no esperaba, aunque por otra parte reconozco que era de lo más natural entre dos mujeres de nuestra edad. Subí a mi apartamento y me tumbé un rato en el sofá. Es curioso cómo las cosas más cotidianas para muchos son un verdadero infierno para otros. Pensé que tenía que estar preparada para este tipo de conversaciones y quizás inventar alguna que otra cosa sobre mí para no tener que hablar con nadie de lo que no quisiera. Alejandra interrumpió mis pensamientos en pocos minutos cuando vino a devolverme mi teléfono repleto de buenas canciones, ninguna de las cuales conocía. Una de ellas me pareció escrita para mí. Se titulaba **Begin Again**, y según aparecía en mi móvil era de un grupo llamado **Measure**, que yo no había escuchado en mi vida.

Empieza de nuevo,

No eres un calendario

Ni un plan concreto.

No desperdices tu tiempo

Esperando que alguien

Te diga cuándo empezar de nuevo.

Su letra me caló tan hondo que sentí un empujón para hacer cosas nuevas, como si alguien me hubiera sacudido y me hubiera dicho que ya estaba bien de vivir sin rumbo. La música siempre tuvo ese efecto en mí, el de hundirme el ánimo o elevármelo, el de hacerme bailar como una posesa o el de hacerme llorar como a una niña pequeña. Me pareció que sería maravilloso empezar de nuevo.

Pasó el primer mes, y el segundo, y seguía sin encontrar trabajo, de hecho no había recibido ni una respuesta a los CV que había enviado a academias, colegios privados y grandes superficies. Había solicitado trabajo incluso en restaurantes.

Nada te avisa de que un día va a ser decisivo en tu vida, de que un día va a ser tan distinto al resto que marcará tu destino para siempre. Te levantas de la cama como el resto de los días, repites tu rutina: café, ducha, ropa, recoger, comprar...y de repente algo sucede, algo que no esperabas y que probablemente no tiene ninguna razón para ello, pero que da un giro completo a tu existencia. De hecho yo podría escribir largo y tendido sobre el tema, pero es algo que no quiero ni mencionar.

Una radiante mañana de Junio salí a dar un paseo por la zona del centro, lo típico, ver escaparates, pasear tranquilamente, observar a la gente, como si fuera una turista más disfrutando de esta maravillosa ciudad... A eso de las once la mañana pensé que sería buena hora para desayunar algo. Como aún no hacía demasiado calor me senté en una terraza y pedí un café y una tostada. Mientras esperaba, alguien me tocó el hombro y al girarme me encontré con el último rostro que hubiera esperado ver, el de mi amigo Antonio. Me levanté para saludarle y los dos nos perdimos entre un intento de abrazo y de los dos besos de rigor, sin saber qué hacer, cómo siempre que dos personas se reencuentran después de años y secretos. Finalmente nos pudo el recuerdo y nos abrazamos a pesar de que hacía años que no nos veíamos ni sabíamos nada el uno del otro. La verdadera amistad suele consistir en estas cosas extrañas, que no ves a alguien durante una eternidad y cuando le vuelves a ver sientes que fue ayer la última vez que os encontrasteis. Cuando nos separamos y nos miramos a los ojos supe que yo estaba en franca desventaja pues su mirada decía que él sí lo sabía todo de mí, a pesar de no habernos visto. Creía ver también un atisbo de culpabilidad por no haber intentado saber de mí, hasta me pareció intuir una disculpa. Me miraba como quien ve un fantasma cuando me dijo al fin:

-No puedo creerlo. Jamás pensé que volvería a verte, Miriam. No sé quién me dijo que después de... aquello, te habías marchado al extranjero.

-Bueno, es una forma de decirlo. Estuve ciertamente más allá de todas partes durante un tiempo. - intenté sonreír y quitarle hierro a la situación, que se había vuelto un poco incómoda tras la mención de "aquello". Por fin le pedí que se sentara a mi lado:

-Cuéntame cosas, porfa. ¿Qué novedades hay en tu vida? ¿Casado?

-No. Parece ser que los compromisos de por vida no son lo mío. Sigo soltero.

-Yo también vivo sola. ¿Trabajo?

-Sí, eso sí. ¿Y tú?

-Bueno, yo estoy en ello, pero está siendo un poco complicado.

-Encontrar trabajo cada vez es más difícil. Hay que arriesgar y eso no nos gusta, queremos el sueldo fijo a fin de mes, el trabajo cerca de casa, y las cosas ya no están como para eso.

-No es mi caso. Más bien yo estoy buscando lo contrario. Quisiera marcharme lejos a trabajar en cualquier cosa que me permita no hablar demasiado con los de alrededor. Sobre todo, me encantaría que no me reconociera nadie.

Se quedó pensativo unos segundos y luego añadió:

-Pues igual puedo ayudarte.

Sacó la cartera y de ella una tarjeta que me extendió y de la que me saltaron a la vista unas letras barrocas que decían NOT ONLY.

-¿Y esto?

-Trabajo en una empresa que se dedica a buscar empleados de confianza para famosos y famosillos de todo el mundo.

-¡Vaya!- exclamé. - ¿Para trabajar haciendo qué?

-Para cualquier cosa: contabilidad, abogados, home management...

Ahí le interrumpí pues realmente no sabía si había entendido muy bien este último concepto.

-¿Home management?... O sea...cuidarles la casa y esas cosas, ¿no?

Cuando él asintió no pude evitar reír:

-¿Ahora lo llamáis así?

-Amiga mía, ponle a cualquier cosa un nombre en inglés y la habrás aumentado de categoría automáticamente. Es una idea extranjera y ahora estamos despegando, digamos que ya nos solicitan algún que otro “casting”, por llamarlo de alguna manera.

-No tenía ni idea de que esas cosas funcionaran así. ¿Y podría enviarte mi curriculum?

-Directa como siempre, ¿eh, pelirroja? - me dijo sonriendo.- No puedo prometerte nada, pero al menos podré hacer que alguien lo lea. Pero seguramente el trabajo sería fuera, en el extranjero. Aquí hay menos costumbre de acudir a agencias para estos temas.

-No te preocupes. Me encantaría...quizás si por fin respirase otro aire, viera a otra gente, escuchara otro idioma...

Mi mirada se perdió en algún lugar inexistente, como me sucedía a menudo cuando los recuerdos me amenazaban. Afortunadamente ya he aprendido a volver de ese lugar instantáneamente.

-Pues echaremos un vistazo. Y dime, ¿dónde vives?

Pasamos un buen rato de charla trivial mezclada con algún silencio incómodo por donde se escapaban las preguntas que no se hacen, los comentarios que pudieran resultar hirientes, e incluso algún gesto que pudiera ser malinterpretado. Luego nos despedimos y quedamos en que seguiríamos en contacto. Viéndole caminar de espaldas a mí, me invadió una sensación agridulce. Antonio siempre había sido buen amigo mío. Sabía lo de mis padres, conocía a Luis, estuvo en mi boda y seguramente estaba al tanto de todo lo demás. Sin embargo, yo había estado tan aislada desde poco después de casarme, tan absorta en mis circunstancias, que poco a poco dejé de hablar con él. ¿Qué hubiera podido decirle? Le hubiera amargado la vida con mis llantos y mis angustias, Luis se habría enfadado si hubiéramos seguido manteniendo aquella amistad tan estrecha, sobre todo cuando empezó a querer controlar cada aspecto de mi vida. Lo que hice fue ir desvaneciéndome poco a poco de su vida, como de la de los demás, como de la mía propia, ir confundiéndome con lo que me rodeaba hasta no saber quién era, hasta convertirme en un trampantojo de mi propia realidad. Ahora sé que no debí haberlo hecho, pero entonces hice las cosas como creía que era mejor para todos.

Marcharme de la ciudad me pareció una idea fantástica. Trabajar en una casa me gustaría seguro, siempre me entretuve limpiando y ordenando mis cosas, con mi música alta y sin mirar el reloj. Trabajar en algo así me permitiría exactamente lo que quería, no tener que relacionarme excesivamente con nadie, y si además me iba fuera, hablaría otro idioma, viviría de otra forma... justo lo que necesitaba. Aceptaría cualquier destino con tal de no volver a ser reconocida, de no tener que volver a dejar que nadie atravesara mis barreras, de parecer alguien perfectamente normal.

Estaba caminando tranquilamente hacia mi apartamento, con la cabeza llena de todas estas ideas y planes, cuando sonó el teléfono. Alguien estaba muy interesado en ver mi piso y quería quedar cuanto antes, así que no lo pensé. Le dije que podíamos verlo esa misma tarde. Cuando colgué ya había llegado al portal del bloque donde vivía, y allí, sentada en las escaleras de granito, estaba Alejandra charlando animadamente con sus inseparables amigas gemelas, Elena e Irene, que para mí eran exactamente iguales, a pesar de sus peinados y ropas diferentes. Cuando me vio aparecer, me sonrió.

-Hola - les dije yo - Veo que lo estáis pasando bien. - Señalé con la mirada la bolsa de chuches que atesoraban entre las tres. Ellas también se rieron y me ofrecieron la bolsa.

Siempre me gustaron las chuches de goma, y precisamente por eso dije que no quería. Y mientras yo me perdía en las escaleras ellas seguían charlando y riendo detrás de mí. Recordé mi cita para ver el piso y volví sobre mis pasos para preguntarle a Alejandra si quería venir conmigo, a lo que accedió encantada. No me sentía con ánimo de entrar sola y enfrentarme a los vestigios que, de mi otra piel, pudieran

permanecer allí agazapados, como viejos fantasmas dispuestos a manifestarse en la oscuridad y el silencio más absolutos. Toda mi vida estaba incrustada en el aire, en los cuadros, en las fotos, en la manta que mi madre había tejido para mí, en los pañales que aún quedaban en los cajones, en los peluches de ojos vacíos que se preguntaban a dónde habían ido a parar sus dueños, aquellos que les daban vida.

Por suerte, entre la charla de Alejandra, que pasaba de un tema a otro con una facilidad pasmosa, y las preguntas del señor que estaba interesado en el piso, tuve el tiempo justo para cruzarme con mi pasado de refilón, sin tener que mirarlo a los ojos. Mi sensación era que aquel lugar no me pertenecía y que nada de lo que contenía formaba ya parte de mí. Quizás después de todo ya nada de aquello era mío, era de ella, de la otra Miriam que se niega a ser. El hombre quedó tan encantado con el piso que casi cerramos el trato allí mismo. Mi única condición: que tenía que quedarse con todo lo que había dentro, aunque fuera para tirarlo a la basura. No más recuerdos, no más ataduras.

Volvimos a casa de buen humor, Alejandra porque había pasado la tarde contándome sus cosas, y yo porque tenía la promesa de deshacerme por fin de todo lo que me ataba aquí. Si la niña sabía algo de mi vida porque su madre se lo hubiera contado, jamás lo dio a entender, al igual que mi casera jamás me había hecho ninguna pregunta inoportuna, por lo cual le estaré eternamente agradecida. A estas alturas yo sabía que mi rostro había aparecido en todos los informativos locales y nacionales y que a pocos había pasado desapercibida mi historia.

La llamada de Antonio me cogió totalmente desprevenida por lo rápidamente que tuvo lugar. Me citó en su oficina para mostrarme algunos destinos que creía que me podrían interesar y me volvió a embargar una sensación de vértigo, esta vez provocada por el olor de los vientos de cambio. De alguna forma yo ya sabía que el momento había llegado, que esta nueva mujer en la que me había visto obligada a convertirme, se iba a reconciliar con su destino.

La oficina donde iba a encontrarme con Antonio estaba en una entreplanta en una callejuela cerca del centro. Al entrar, justo a la derecha, una mujer joven, más o menos de mi edad, se levantó para recibirme. -Buenos días - me dijo, extendiéndome la mano.

-Buenos días. Soy Miriam Santa Cruz. Tengo una cita con el director.

-Lo sé. La estaba esperando. Soy Sol, la secretaria.

Cuando me apretó la mano lo hizo firmemente, como si con ello quisiera transmitir algo de su fuerza. ¿Le habría hablado Antonio de mí? ¡Dios, cómo ansiaba quitarme ese peso de mi cabeza! Cómo quería dejar de reconocer esa mirada compasiva que trae a mi memoria en un segundo tantas cosas que me costó años aprender a fingir que olvidé.

Sol tenía unos preciosos ojos azules y una sonrisa poco ensayada para tratarse de alguien que desempeña un puesto como el suyo, de cara al público. Con el tiempo todos esos gestos ensayados se vuelven muecas perfectas y frías, no como su sonrisa, fresca y sincera. Me acompañó al despacho donde quien fuera mi mejor amigo y compañero me esperaba y me senté frente a él una vez nos hubimos saludado.

Más charla trivial, más silencios incómodos, más miradas compasivas, hasta que se centró en el tema que nos ocupaba y me mostró unas cuantas fotos de distintas casas, mansiones, palacetes y pisos donde podrían presentar mi curriculum. Espacios demasiado amplios, zonas demasiado abiertas, nada parecido a lo que yo esperaba. Hasta el momento en que se detuvo en la imagen de un enorme bloque de pisos blancos de la ciudad de Nueva York, de esos que tienen un toldo oscuro en la entrada y un portero que te abre la puerta del coche. Cuando se tomó la foto debía de estar amaneciendo y la luz del sol iluminaba los cristales con un tono cobre brillante que me resultó acogedor. Luego vi más fotos de la zona, por Central Park, con muchos árboles, un lago, preciosas avenidas de tiendas y cafés. Lo que no vi fue al matrimonio para el que podría trabajar. Al parecer, era normal que no se informara al empleado de ello, más allá de que eran personas más o menos ricas y de su fiabilidad. Y como a mi nada de aquello me importaba demasiado y se adaptaba tanto a aquella imagen que Javier me regaló en su día y que me

infundió un poco de deseo de vivir en una época en la que vivir era lo último que me preocupaba, le pedí que hiciera todo lo posible por enviarme allí, y con su promesa de hacerlo volví a mi apartamento de alquiler a seguir esperando.

Al dar la vuelta a la esquina hacia mi bloque, una imagen se apoderó de todos mis sentidos, Alejandra y sus dos inseparables amigas estaban en la puerta aquella preciosa tarde de Junio. El sol brillaba y la música emanaba de uno de los móviles de las crías. Alejandra dirigía el baile y sus amigas seguían sus pasos: cruce, salto, cruce, pose. No sé por qué recuerdo este momento como si alguien me lo hubiera proyectado a cámara lenta, no como si lo hubiera presenciado. El pelo alborotado de las niñas, los pantalones vaqueros cortos y las camisetas chillonas, las bambas de tonos imposibles y sus piruetas me atraparon por unos instantes. Era como contemplar a tres mariposas de colores revoloteando en torno a una flor. Sentí una punzada en el pecho y pensé en los bailes que mis hijos ya nunca bailarían, en las risas que jamás escucharía de sus gargantas, en las emociones que su prematura muerte les había robado. Sentí una especie de vértigo y una terrible necesidad de esconderme en algún rincón, sensaciones que hacía tiempo que no me invadían. Entonces, sonó el teléfono y la voz de Antonio me pareció música cuando me dijo:

-¿Nueva York está lo bastante lejos para ti?

Me embargó una emoción totalmente distinta, de esperanza y deseos de abandonar del todo mi vieja piel, y por primera vez supe que sí, que sería perfectamente capaz de transformar en una horrible pesadilla la experiencia más aterradora que una mujer puede vivir, para seguir adelante. Porque el único camino siempre es hacia adelante, hacia atrás sólo hay oscuridad y tristeza, y en el horizonte se vislumbraba un poco de paz.